4ª edición

BELL HOOKS

El deseo de cambiar

Hombres, masculinidad y amor

TRADUCCIÓN DE JAVIER SÁEZ DEL ÁLAMO

BELLATERRA EDICIONS | SERIE GENERAL UNIVERSITARIA

BELL HOOKS

El deseo de cambiar

Hombres, masculinidad y amor

TRADUCCIÓN DE JAVIER SÁEZ DEL ÁLAMO

4ª edición

BELLATERRA EDICIONS | SERIE GENERAL UNIVERSITARIA

El deseo

de cambiar

Director de colección

Lucas R. Platero Méndez

Consejo editorial

María Eugenia Aubet

Barbara Biglia

Elvira Burgos Díaz

Manuel Cruz Rodríguez

Manel Delgado

Josep M. Delgado Ribas

Mari Luz Esteban

Oscar Guasch Andreu

Antonio Izquierdo Escribano

Dolores Juliano, in memoriam

Raquel Osborne

Maria Rodó-Zárate

Oriol Romaní Alfonso

Carmen Romero Bachiller

María Rosón Villena

Javier Sáez del Álamo

Amelia Sáiz López

Verena Stolcke

Meri Torras Francés

Francisco Vázquez García

Olga Viñuales Sarasa

BELLATERRA EDICIONS | SERIE GENERAL UNIVERSITARIA | 272

BELL HOOKS

El deseo de cambiar

Hombres, masculinidad y amor

TRADUCCIÓN DE JAVIER SÁEZ DEL ÁLAMO

CUARTA EDICIÓN

Bellaterra Edicions
Serie General Universitaria

Diseño de la colección: Dani Rabaza (Munster Studio)

Diseño original: Joaquín Monclús

Ilustración de la cubierta: Dani Rabaza (Munster Studio)

Título original: The will to change. Men, Masculinity, and Love

Título: El deseo de cambiar. Hombres, masculinidad y amor

Primera edición de Bellaterra Edicions, noviembre de 2021

Segunda edición de Bellaterra Edicions, octubre de 2023

Tercera edición de Bellaterra Edicions, enero de 2025

Cuarta edición de Bellaterra Edicions, octubre de 2025

Corrección de Sabino Márquez

Traducción de Javier Sáez del Álamo

© Gloria Jean Watkins

© Javier Sáez del Álamo, de la traducción

© Edicions Bellaterra (Cultura21, SCCL), 2021

Publicado en 2020 por Manchester University Press Altrincham Street, Manchester M1 7JA

www.manchesteruniversitypress.co.uk [ISBN 978 1 5261 4698 4

paperback]

Edicions Bellaterra (Cultura21, SCCL)

C. de la Foneria, 5-7, bajos, 08243 Manresa

www.bellaterra.coop

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87639-54-9

Déposito Legal: DL B 18056-2021

Impreso por Cevagraf, SCCL

Índice

Prefacio. Acerca de los hombres

El deseo de cambiar

1. Se busca: hombres que amen

2. Comprender el patriarcado

3. Ser un chico

4. Detener la violencia de los hombres

5. La naturaleza sexual de los hombres

6. El trabajo: ¿qué tiene que ver el amor con eso?4

7. Hombría feminista

8. Cultura popular: la masculinidad mediática

9. El espíritu masculino curativo

10. Reivindicar la integridad del hombre

11. Hombres cariñosos

«Al transformar alquímicamente el plomo en oro verdadero, los hombres tienen la oportunidad de arder, de ser tocados por un fuego interior, de vivir una vida rica, de ser cambiados por completo».

Este libro está dedicado a la memoria de mi abuelo, Gus Oldham – ardiente, un corazón en llamas, cuyo amor, más fuerte que la muerte, ilumina.

En nuestra sociedad, que cambia tan rápidamente, solo podemos contar con dos cosas que nunca cambiarán. Lo que nunca cambiará es el deseo de cambiar y el miedo al cambio. Es el deseo de cambiar lo que nos lleva a buscar ayuda. Es el miedo al cambio lo que nos lleva a rechazar esa misma ayuda que buscamos.

Harriet Lerner, The Dance of Intimacy

Prefacio.

Acerca de los hombres

Cuando el libro de Phyllis Chesler About Men se publicó por primera vez hace más de diez años, estaba emocionada. Entonces pensé que, por fin, una pensadora feminista explicaría este misterio: los hombres. En aquella época nunca había compartido con nadie los sentimientos que tenía hacia los hombres. No había podido confesar que no solo no entendía a los hombres, sino que los temía. Estaba segura de que Chesler, con su habitual atrevimiento de «no andarse con rodeos», no se limitaría a nombrar este miedo, a explicarlo, haría mucho más: haría que los hombres fueran reales para mí. Los hombres se convertirían en personas con las que podría hablar, trabajar y amar. Su libro fue decepcionante. Lleno de citas de numerosas fuentes y de recortes de periódicos sobre la violencia masculina, ofrecía solo fragmentos de información; no había ninguna explicación, o muy pocas, ninguna interpretación. A partir de ese momento comencé a pensar que las mujeres teníamos miedo de hablar abiertamente sobre los hombres, miedo de explorar profundamente nuestras conexiones con ellos, lo que hemos presenciado como hijas, hermanas, abuelas, madres, tías, amantes, objetos sexuales ocasionales, y que temíamos incluso reconocer nuestra ignorancia, cuánto desconocemos realmente acerca de los hombres. Todo lo que no sabemos intensifica nuestra sensación de miedo y amenaza. Y, sin duda, conocer a los hombres solo en relación a la violencia machista, a la violencia infiigida a mujeres y criaturas, es un conocimiento parcial e inadecuado.

Hoy en día me asombra que las mujeres que abogan por la política feminista hayan tenido tan poco que decir sobre los hombres y la masculinidad. En los primeros escritos del feminismo radical se expresaba la ira, la rabia e incluso el odio hacia los hombres, pero no hubo ningún intento significativo de plantear formas de resolver estos sentimientos, de imaginar una cultura de reconciliación donde

mujeres y hombres pudieran reunirse y encontrar puntos en común. El feminismo militante dio a las mujeres permiso para expresar su rabia y su odio hacia los hombres, pero no nos permitió hablar de lo que significaba amar a los hombres en la cultura patriarcal, saber cómo podíamos expresar ese amor sin miedo a la explotación y a la opresión.

Antes de su muerte, Barbara Deming estaba entre esas raras pensadoras feministas honestas que querían crear un espacio para que las mujeres habláramos abiertamente sobre nuestros sentimientos hacia los hombres. Cuando expresaba su preocupación de que la fuente de la ira femenina hacia los hombres hacía imposible que las mujeres expresaran otros sentimientos que no fueran su sensación de que «los hombres son una causa perdida», afirmó: «Me asusta que cada vez más mujeres se sientan de esta manera, que sientan que los hombres, todo ese género, es una causa perdida». Deming no sentía que los hombres fueran incapaces de cambiar, de alejarse de la dominación masculina, pero sí sentía que era necesario que las mujeres dijéramos la verdad sobre lo que pensamos de los hombres: «Creo que la única forma en que podemos lograr resultados es no negándonos nunca a enfrentarnos a la verdad de nuestros sentimientos a medida que surgen en nosotras, aunque desearíamos que no fueran verdaderos. Así que tenemos que admitir la verdad de que a veces desearíamos que nuestros propios padres, hijos, hermanos y amantes no estuvieran allí. Pero esta verdad existe junto con otra verdad: la verdad de que este deseo nos causa angustia». Mientras que algunas mujeres activas en el movimiento feminista se sintieron angustiadas por nuestra incapacidad colectiva para convertir a grandes masas de hombres al pensamiento feminista, muchas mujeres simplemente sintieron que el feminismo les daba permiso para ser indiferentes a los hombres, para alejarse de las necesidades masculinas.

Cuando el feminismo contemporáneo estaba en su punto más álgido, muchas mujeres insistían en que estaban cansadas de entregar su energía a los hombres, y querían colocar a las mujeres en el centro de todos los debates feministas. Las pensadoras feministas, como yo, que querían incluir a los hombres en el debate, generalmente fuimos etiquetadas como identificadas con los hombres y fuimos desacreditadas. Estábamos «durmiendo con el

enemigo». Éramos las feministas en las que no se podía confiar porque nos preocupábamos por el destino de los hombres. Éramos las feministas que no creíamos en la superioridad femenina más de lo que creíamos en la superioridad masculina. A medida que avanzaba el movimiento feminista, se hizo evidente el hecho de que el sexismo, la explotación y opresión sexistas no cambiarían a menos que los hombres también estuvieran profundamente comprometidos con la resistencia feminista; sin embargo, la mayoría de las mujeres aún no expresaban un interés genuino en promover los debates sobre la masculinidad.

El reconocimiento de que era necesario que el feminismo se centrara más en los hombres no llevó a la producción de un conjunto de textos escritos por mujeres sobre los hombres. La falta de estos textos aumenta mi sensación de que las mujeres no pueden hablar abiertamente sobre los hombres, porque hemos estado tan bien socializadas en la cultura patriarcal como para guardar silencio sobre el tema de los hombres. Pero más que silenciadas, hemos sido socializadas para ser las guardianas de secretos graves y serios, especialmente aquellos que podrían revelar las estrategias cotidianas de la dominación masculina, cómo se ejerce y mantiene el poder masculino[1] en nuestra vida privada. De hecho, incluso la visión que tenía el feminismo radical, de todos los hombres como opresores y de todas las mujeres como víctimas, fue una forma de desviar la atención de la realidad de los hombres y de nuestra ignorancia sobre ellos. Etiquetarlos simplemente como opresores y dejarlos de lado supuso que nunca tuvimos que dar voz a las lagunas que había en nuestras visiones, o hablar sobre la masculinidad de forma compleja. No tuvimos que hablar sobre las formas en que nuestro miedo a los hombres distorsionaba nuestras perspectivas y bloqueaba nuestra visión. Odiar a los hombres era solo otra forma de no tomar a los hombres y la masculinidad en serio. Para las mujeres feministas era más fácil hablar sobre criticar y cambiar el patriarcado que hablar sobre los hombres: de lo que sabíamos y lo que no sabíamos, sobre las formas en que queríamos que los hombres cambiaran. Era mejor simplemente expresar nuestro deseo de que los hombres desaparecieran, de verlos muertos y que ya no existieran.

Barbara Deming expresa con elocuencia este deseo cuando escribe

sobre la muerte de su padre: «Fue hace años. Pasaba un fin de semana en el campo y había estado trabajando afuera con un pico y una pala, haciendo una nueva parcela de jardín. Había tenido un ataque al corazón y se había caído en la tierra suelta. Habíamos llamado a un equipo de emergencia y estaban tratando de devolverlo a la vida, pero no pudieron. Yo estaba arrodillada en el suelo junto a él, con mis brazos alrededor de su cuerpo. Me di cuenta de que era la primera vez en mi vida que me sentía capaz de tocar realmente el cuerpo de mi padre. Lo estaba agarrando con fuerza, con mi amor, y con mi dolor. Y mi dolor se debía en parte a que mi padre, a quien amaba, se estaba muriendo. Pero también porque ya sabía que su muerte me permitiría sentirme más libre. Estaba lamentando que esto tuviera que ser así. Es un dolor del que me resulta difícil hablar. Que la única vez que me sentí libre de tocarlo sin sentirme amenazada por su poder sobre mí fue cuando yacía muerto, es insoportable para mí. Y creo que difícilmente puede haber una mujer que no haya sentido un dolor comparable. Así que es una simplificación excesiva decir la verdad de que a veces deseamos que los hombres mueran, a menos que también digamos una verdad que quizás sea aún más difícil de asumir (mientras tratamos de descubrir nuestro propio poder, de ser mujeres a nuestra manera): la verdad de que este deseo es insoportable para nosotras. Nos desgarra». Como joven veinteañera, que aún no había encontrado su propio poder, a menudo deseaba que los hombres de mi vida murieran. El deseo de que mi padre muriera comenzó en la niñez. Fue mi manera de responder a su rabia, a su violencia. Solía soñar que había desaparecido, que estaba muerto y desaparecido.

La muerte era la salida al miedo que me inspiraba la frase «Ya verás cuando tu padre vuelva a casa». La amenaza del castigo era muy intensa, su poder sobre nosotras era muy real. Acostada en la cama que usaba de niña, esperando escuchar el gran enfado en su voz, el sonido invasivo de sus órdenes, solía pensar: «Si se muriera, podríamos vivir». Más tarde, cuando era una mujer adulta y estaba esperando a que mi pareja volviera a casa, un hombre que en la mayoría de los casos era un compañero cariñoso pero que a veces estallaba en violentos ataques de ira, solía pensar: «Tal vez tenga un accidente y se muera, tal vez no vuelva a casa, y seré libre y podré vivir». Las mujeres y las criaturas de todo el mundo quieren que los

hombres mueran para poder vivir. Esta es la verdad más dolorosa de la dominación masculina, que los hombres ejercen el poder patriarcal en la vida cotidiana de formas que ponen en peligro su vida, que las mujeres y las criaturas se acobardan por el miedo y por varios estados de impotencia, creyendo que la única forma de salir de su sufrimiento, su única esperanza es que los hombres mueran, que el padre patriarcal no vuelva a casa. Mujeres, niños y niñas dominados por hombres, los han querido muertos porque creen que estos hombres no están dispuestos a cambiar. Creen que los hombres que no son dominadores no las protegerán. Creen que los hombres son una causa perdida.

Cuando salía de casa e iba a la universidad, si llamaba a casa y mi padre respondía, colgaba. No tenía nada que decirle. No tenía palabras para comunicarme con el papá que no escuchaba, al que nada parecía importarle, que no decía palabras de ternura o amor. No necesitaba al papá patriarcal. Y el feminismo me había enseñado que podía olvidarme de él, alejarme de él. Al apartarme de mi padre, me aparté de una parte de mí. Es una ficción de falso feminismo que nosotras las mujeres podemos encontrar nuestro poder en un mundo sin hombres, en un mundo donde negamos nuestras conexiones con los hombres. Solo podremos reclamar nuestro poder plenamente cuando podamos decir la verdad de que necesitamos hombres en nuestras vidas, que los hombres están en nuestras vidas, lo queramos o no, que necesitamos a los hombres para acabar con el patriarcado, que necesitamos a los hombres para cambiar.

Aunque el pensamiento feminista me permitió traspasar los límites establecidos por el patriarcado, fue la búsqueda de la integridad, de la recuperación personal, lo que me hizo volver a mi papá. La reconciliación con mi padre comenzó con mi reconocimiento de que quería y necesitaba su amor, y que, si no podía tener su amor, al menos necesitaba sanar la herida que su violencia había creado en mi corazón. Necesitaba hablar con él, decirle mi verdad, abrazarlo y hacerle saber que me importaba. Hoy en día, cuando llamo a casa, me deleito con el sonido de la voz de mi padre, con su habla sureña familiar, quebrada en los lugares adecuados. Quiero escuchar su voz siempre. No quiero que se muera este papá al que puedo sujetar en mis brazos, que acepta mi amor y que me da su amor.

Entendiéndolo, me entiendo mejor a mí misma. Para defender mi poder como mujer, tengo que defenderlo. Nos llevamos bien.

El deseo de cambiar: hombres, masculinidad y amor trata sobre nuestra necesidad de vivir en un mundo donde las mujeres y los hombres puedan llevarse bien. Al analizar las razones por las que el patriarcado ha mantenido su poder sobre los hombres y sus vidas, defiendo reclamar el feminismo para los hombres, mostrando por qué el pensamiento y la práctica feministas son la única forma de abordar verdaderamente la crisis de la masculinidad hoy día. En estos capítulos repito muchos puntos para que cada capítulo por sí solo transmita las ideas más significativas del conjunto. Los hombres no pueden cambiar si no hay un plan para el cambio. Los hombres no pueden amar si no se les enseña el arte de amar.

No es cierto que los hombres no estén dispuestos a cambiar. Es cierto que muchos hombres tienen miedo de cambiar. Es cierto que muchísimos hombres ni siquiera han comenzado a observar cómo el patriarcado les impide conocerse a sí mismos, estar en contacto con sus sentimientos, amar. Para conocer el amor, los hombres deben ser capaces de abandonar el deseo de dominar. Deben poder elegir la vida sobre la muerte. Deben estar dispuestos a cambiar.

1 Nota del traductor: Habitualmente se suele traducir «male» por «masculino» cuando se usa como adjetivo (« male power » por ejemplo, en esta frase) pero en realidad «male» significa «hombre, del hombre», se refiere a alguien con una identidad asignada o sentida de «hombre» o «varón» (por ejemplo, « male baby » es un bebé varón, no un bebé masculino). La masculinidad o lo masculino no son cualidades exclusivas de los hombres: hay mujeres y personas no binarias que son masculinas (véase Masculinidad femenina , de Jack Halberstam), y hay hombres no masculinos. Cuando sea posible traduciremos «male» por «de los hombres» o «del varón», pero en ocasiones lo traduciremos por «masculino» por razones de estilo. En todo caso, en esta traducción cuando aparece la palabra «masculino/a» se refiere a «de los hombres» (male), que son el objeto de análisis de la autora en este libro (no se refiere a una actitud o una expresión de género «masculina» o a la masculinidad, ya que eso lo puede tener cualquier persona).

El deseo de cambiar

1.

Se busca: hombres que amen

Toda mujer quiere ser amada por un hombre. Toda mujer quiere amar y ser amada por los hombres que hay en su vida. Ya sea lesbiana o heterosexual, bisexual o célibe, quiere sentir el amor de su padre, abuelo, tío, hermano o amigo. Si es heterosexual, quiere el amor de una pareja masculina. Vivimos en una cultura donde mujeres emocionalmente necesitadas, con carencias, están buscando desesperadamente el amor masculino. Nuestra hambre colectiva es tan intensa que nos desgarra. Y sin embargo, no nos atrevemos a hablarlo por temor a que se burlen de nosotras, nos compadezcan, nos avergüencen. Hablar de nuestra hambre de amor masculino exigiría que nombráramos la intensidad de nuestra carencia y de nuestra pérdida. El ataque a los hombres, que fue tan intenso cuando el feminismo contemporáneo apareció por primera vez hace más de treinta años, fue en parte una rabia encubierta de la vergüenza que sentíamos las mujeres, no porque los hombres se negaran a compartir su poder, sino porque no podíamos seducir, persuadir o convencer a los hombres para que compartieran sus emociones, para que nos amaran.

Al afirmar que querían el poder que tenían los hombres, las feministas que odiaban a los hombres (que de ninguna manera eran la mayoría) proclamaban encubiertamente que ellas también querían ser recompensadas por no estar en contacto con sus sentimientos, por no poder amar. Los hombres de la cultura patriarcal respondieron a la demanda feminista de mayor igualdad en el mundo del trabajo y en el mundo del sexo dando espacio, compartiendo las esferas de poder. El lugar donde la mayoría de los hombres se negaba a cambiar, donde se creían incapaces de cambiar, era en sus vidas emocionales. Los hombres no estaban dispuestos a sentarse a la mesa del amor como compañeros iguales, para compartir el festín, ni siquiera por el amor y el respeto de las

mujeres liberadas.

Nadie ansía más el amor masculino que la niña o el niño que legítimamente necesita y busca el amor de papá. Puede estar ausente, muerto, estar presente en el cuerpo mas emocionalmente no estar allí, pero la niña o el niño anhelan ser reconocidos, aceptados, respetados y cuidados. En todo nuestro país, un cartel muestra este mensaje: «Cada noche, millones de niños y niñas se van a dormir hambrientos… de la atención de sus papás». Como la cultura patriarcal ya les ha enseñado a las niñas y a los niños que el amor de papá es más valioso que el amor de la madre, es poco probable que el afecto maternal cure la falta de amor paternal. No es de extrañar entonces que estas niñas y niños crezcan enfadados con los hombres, enfadados porque se les ha negado el amor que necesitan para sentirse completos, dignos, aceptados. Las niñas heterosexuales y los niños homosexuales pueden convertirse (y se convierten) en mujeres y hombres que hacen de los lazos románticos el lugar donde buscan encontrar y conocer el amor masculino. Pero esa búsqueda rara vez se satisface. Por lo general, la rabia, el dolor y la desilusión implacable llevan a las mujeres y a los hombres a cerrar la parte de sí mismos que esperaba ser tocada y curada por el amor masculino. Entonces aprenden a conformarse con cualquier atención positiva que los hombres puedan darles. Aprenden a sobrevalorarlo. Aprenden a fingir que es amor. Aprenden a no decir la verdad sobre los hombres y el amor. Aprenden a vivir en la mentira.

Cuando era niña ansiaba el amor de mi padre. Quería que se fijara en mí, que me prestara su atención y su afecto. Cuando no podía lograr que se fijara en mí siendo buena y obediente, estaba dispuesta a arriesgarme a ser castigada por ser lo suficientemente mala como para atraer su mirada, sostenerla y soportar la carga de su pesada mano. Anhelaba que esas manos me abrazaran, abrigaran y protegieran, que me tocaran con ternura y cariño, pero acepté que nunca sería así. Con cinco años ya sabía que esas manos me reconocerían solo cuando me causaran dolor, que, si podía aceptar ese dolor y mantenerlo cerca, podría ser la niña de papá. Podría hacer que se sintiera orgulloso. No estoy sola. Muchas de nosotras hemos sentido que podíamos ganar el amor masculino mostrando que estábamos dispuestas a soportar el dolor, que estábamos

dispuestas a vivir nuestras vidas afirmando que la masculinidad considerada verdaderamente viril –porque retiene, retira, rechaza– es la masculinidad que deseamos. Aprendemos a amar más a los hombres porque ellos no nos amarán. Si se atrevieran a amarnos, en la cultura patriarcal dejarían de ser verdaderos «hombres».

En su conmovedora biografía In The Country for Men, Jan Waldron describe un deseo similar. Confiesa que «la clase de padre que deseaba no lo he visto nunca, excepto en destellos que he adornado con ilusiones». Cuando compara los padres cariñosos que deseamos con los padres que tenemos, expresa este deseo:

Papá. Es una apuesta contra toda posibilidad, ante innumerables ejemplos de lo contrario. Papá. No tiene el efecto utilitario de Mamá o Amá. Todavía se dice como el estribillo de una balada. Es una promesa que se origina en el corazón y lucha por vivir en medio de la masacre de una historia obvia y persistente de lo contrario, y a pesar de que se cumple poquísimas veces. El amor de madre es abundante y evidente: nos quejamos porque tenemos demasiado. El amor de un padre es una joya poco común que debe ser capturada, pulida y atesorada. El valor aumenta debido a su escasez.

En nuestra cultura hablamos muy poco sobre el deseo del amor paterno.

En lugar de aportarnos una gran sabiduría sobre la naturaleza de los hombres y del amor, el enfoque feminista reformista sobre el poder masculino reforzó la noción de que, de alguna manera, los hombres eran poderosos y lo tenían todo. La escritura feminista no nos habló de la profunda tristeza interior de los hombres. No nos habló del terrible pánico que te corroe el alma cuando no puedes amar. Las mujeres que envidiaban a los hombres por su duro corazón no estaban dispuestas a hablarnos del profundo sufrimiento masculino. Y por eso han sido necesarios más de treinta años para que las voces de las feministas visionarias se escuchen cuando le cuentan al mundo la verdad sobre los hombres y el amor. Barbara Deming

mencionó esas verdades:

Creo que la razón por la que los hombres son tan violentos es que saben, en el fondo de sí mismos, que están representando una mentira, y por eso están furiosos, por verse atrapados en la mentira. Pero no saben cómo salir de ella... Están furiosos porque están representando una mentira, lo que significa que en alguna parte profunda de sí mismos quieren verse liberados de ella, sienten nostalgia por la verdad.

La verdad que no decimos es que los hombres anhelan el amor. Este es el anhelo que las pensadoras feministas deben atreverse a examinar, analizar y comentar. Esas pocas feministas videntes, visionarias, que ahora ya no son todas mujeres, ya no tienen miedo de abordar abiertamente los problemas de los hombres, de la masculinidad y del amor. A las mujeres se les han unido hombres de mentes abiertas y de grandes corazones, hombres que aman, hombres que saben lo difícil que es para los varones practicar el arte de amar en una cultura patriarcal.

En parte, comencé a escribir libros sobre el amor debido a las peleas constantes entre mi exnovio Anthony y yo. Éramos (y en el momento de escribir este texto todavía lo somos) el vínculo principal del otro. Nos unimos con la esperanza de crear amor y nos encontramos creando confiictos. Decidimos romper, pero ni siquiera eso puso fin al confiicto. Los temas por los que más nos peleábamos tenían que ver con la práctica del amor. Como tantos hombres que saben que las mujeres que hay en sus vidas quieren escucharlos declarar su amor, Anthony hizo esas declaraciones. Cuando le pedí que vinculara las palabras «te amo» con una definición y una práctica, descubrió que en realidad no tenía palabras para ello, que se sentía profundamente incómodo cuando le pedía que hablara sobre las emociones.

Como muchos hombres, no había sido feliz en la mayoría de las relaciones que había elegido. La infelicidad de los hombres en las relaciones, el dolor que sienten los hombres por el fracaso del amor,

a menudo pasa desapercibido en nuestra sociedad precisamente porque a la cultura patriarcal realmente no le importa si los hombres son infelices. Cuando las mujeres viven un sufrimiento emocional, el pensamiento sexista que dice que las emociones deben y pueden importar a las mujeres hace posible que la mayoría de nosotras al menos expresemos lo que sentimos, que se lo digamos a alguien, ya sea a un amigo cercano, a una terapeuta o a un desconocido sentado junto a nosotras en un avión o en un autobús. Las costumbres patriarcales enseñan una forma de estoicismo emocional a los hombres que dice que son más varoniles si no sienten nada, pero si por casualidad deben sentir y los sentimientos les duelen, la respuesta viril es reprimirlos, olvidarlos, esperar a que se vayan. George Weinberg explica en Why Men Won't Commit: «La mayoría de los hombres buscan la mujer perfecta, a medida, porque básicamente sienten que los problemas en una relación no se pueden resolver. Cuando algo va mal, parece más fácil salir corriendo que hablar». La presunción masculina es que los hombres de verdad no sienten dolor.

La realidad es que los hombres sufren y que toda la cultura les responde diciendo: «Por favor, no nos digas lo que sientes». Siempre he sido fan de una tira cómica de Sylvia donde dos mujeres están sentadas, una mirando una bola de cristal mientras la otra dice: «Él nunca habla de sus sentimientos». Y la mujer que puede ver el futuro dice: «A las dos de la tarde, en todo el mundo, los hombres comenzarán a hablar de sus sentimientos, y las mujeres de todo el mundo lo lamentarán».

Como no podemos curar lo que no podemos sentir, al apoyar la cultura patriarcal que socializa a los hombres para que nieguen los sentimientos, los condenamos a vivir en un estado de insensibilidad emocional. Construimos una cultura donde el dolor masculino no puede tener voz, donde el dolor masculino no puede ser nombrado ni curado. No son solo los hombres los que no se toman en serio su dolor. La mayoría de las mujeres no quieren enfrentarse al dolor masculino si eso interfiere con la satisfacción del deseo femenino. Cuando el movimiento feminista condujo a la liberación de los hombres, incluida la exploración masculina de los «sentimientos», algunas mujeres se burlaron de la expresión emocional masculina con el mismo rechazo y desprecio que los hombres machistas. A

pesar de que el feminismo había manifestado que quería hombres con sentimientos, cuando los hombres se esforzaban para acceder a sus sentimientos, en realidad nadie quería recompensarlos. En los círculos feministas, los hombres que querían cambiar a menudo eran etiquetados como narcisistas o necesitados. Los hombres individuales que expresaban sus sentimientos a menudo eran vistos como personas que querían llamar la atención, manipuladores patriarcales que intentaban acaparar el escenario con su drama.

Cuando yo tenía veintitantos años, iba a terapia de pareja y mi pareja de más de diez años explicaba que yo le pedía que hablara de sus sentimientos y que cuando él lo hacía, yo me asustaba. Él llevaba razón. Fue difícil para mí aceptar que no quería escuchar sus sentimientos cuando eran dolorosos o negativos, que no quería que mi imagen del hombre fuerte fuera realmente cuestionada al conocer sus debilidades y vulnerabilidades. Aquí estaba yo, una mujer feminista culta que no quería escuchar a mi hombre hablar de su dolor porque eso revelaba su vulnerabilidad emocional. Es lógico, entonces, que tantas mujeres comprometidas con el principio sexista de que los hombres que expresan sus sentimientos son débiles, en realidad no quieran escuchar a los hombres hablar, especialmente si lo que dicen es que sienten dolor, que no se sienten amados. Muchas mujeres no pueden oír hablar del sufrimiento masculino sobre el amor porque suena como una acusación de fracaso femenino. Dado que las normas sexistas nos han enseñado que amar es nuestra tarea, ya sea en nuestro papel de madres, amantes o amigas, si los hombres dicen que no son amados, entonces tenemos la culpa, somos las culpables.

Solo hay una emoción que el patriarcado valora cuando la expresan los hombres, esa emoción es la ira. Los hombres de verdad se enfadan. Y su enfado, por muy violento o transgresor que sea, se considera natural, una expresión positiva de la masculinidad patriarcal. La ira es el mejor escondite para cualquiera que busque ocultar el dolor o la angustia interior. Mi padre era un hombre colérico. A veces todavía lo es, a pesar de que tiene más de ochenta años. Recientemente, cuando llamé a casa, dijo, hablando de mí y de mi hermana, «Os quiero a las dos, os quiero mucho». Asombrada al escuchar a papá hablar de amor, quise que habláramos de ello, pero no pude encontrar las palabras. El miedo me silenció, el

antiguo miedo de papá el patriarca, el hombre silencioso, enojado y el nuevo miedo de romper este frágil vínculo de conexión afectiva. Así que no podía preguntar: «¿Qué quieres decir, papá, cuando me dices que me quieres mucho?» En el capítulo que trata de nuestra búsqueda de hombres cariñosos, en el libro Communion: The Female Search for Love, hago esta observación: «Muchas mujeres temen a los hombres. Y el miedo puede sentar las bases del desprecio y el odio. Puede esconder una rabia reprimida y asesina». El miedo nos aleja del amor. Y, sin embargo, las mujeres rara vez hablamos con los hombres sobre cuánto les tememos.

Mis hermanos y yo nunca hemos hablado con papá sobre los años en que nos tuvo como rehenes, encerrándonos detrás de los muros de su terrorismo patriarcal. E incluso ahora, siendo adultos, todavía tenemos miedo de preguntarle: «¿Por qué, papá? ¿Por qué siempre estabas tan enfadado? ¿Por qué no nos querías?»

En esos potentes pasajes donde escribe sobre la muerte de su padre, Barbara Deming menciona ese miedo. A medida que la muerte lo lleva rápidamente más allá de su alcance, ella ve claramente que el miedo lo había mantenido alejado de ella todo el tiempo, su temor de que ella estuviera demasiado cerca y su temor de querer estar cerca de él. El miedo nos impide estar cerca de los hombres que hay en nuestra vida, nos aleja del amor.

En una época pensaba que era algo femenino, este miedo a los hombres. Sin embargo, cuando comencé a hablar con los hombres sobre el amor, una y otra vez escuché historias sobre el miedo de los hombres hacia otros hombres. De hecho, los hombres que sienten, que aman, a menudo ocultan su conciencia emocional a otros hombres por temor a ser atacados y avergonzados. Este es el gran secreto que todos y todas guardamos juntos –el miedo a la masculinidad patriarcal que nos une a todos y a todas en nuestra cultura. No podemos amar lo que tememos. Por eso tantas tradiciones religiosas nos enseñan que en el amor no hay miedo.

Por tanto, en la cultura patriarcal, todos y todas nos esforzamos para amar a los hombres. Puede que nos preocupemos profundamente por los hombres. Podemos apreciar nuestras conexiones con los hombres en nuestras vidas y podemos sentir desesperadamente que no podemos vivir sin su presencia, sin su

compañía. Podemos sentir todas estas pasiones frente a la masculinidad y, sin embargo, permanecer alejados/as, manteniendo la distancia que el patriarcado ha creado, manteniendo los límites que se nos dice que no crucemos. En una clase con alumnos/ as en la que están leyendo la trilogía de libros que he escrito sobre el amor, con cuarenta hombres hablando sobre el amor, hablamos de los padres. Un hombre negro de unos treinta y tantos años, cuyo padre tenía una fuerte presencia en el hogar, un gran trabajador, habló sobre su reciente experiencia de paternidad, su compromiso para ser un padre cariñoso y su miedo al fracaso. Teme el fracaso porque no ha tenido un modelo de cariño que pueda seguir. Su padre casi siempre estaba fuera de casa, trabajando, de aquí para allá. Cuando estaba en casa, su forma favorita de relacionarse era burlarse y reírse de su hijo sin piedad, con un tono de voz mordaz lleno de sarcasmo y desprecio, un tono de voz que podía humillar con solo una palabra. Como refiejo de la experiencia de muchos/as de nosotros/as, el individuo que contaba su historia habló de querer el amor de este hombre duro, pero luego de aprender a no quererlo, aprender a silenciar su corazón, a hacer que no le importara. Le pregunté a él y a los otros hombres presentes: «Si has cerrado tu corazón, si has cerrado tu conciencia emocional, ¿sabes cómo querer a tus hijos? ¿Dónde y cuándo aprendiste a practicar el amor?» Me contesta a mí y a los otros hombres que se sientan en nuestro círculo sobre el amor, «solo pienso en lo que haría mi padre y hago lo contrario». Todos nos reímos. Yo coincido con esta práctica, y solo añado que no basta con permanecer en el espacio de la reacción, que ser simplemente reactivo siempre supone arriesgarse a permitir que ese pasado sombrío se apodere del presente. ¿Cuántos hijos, huyendo del ejemplo de sus padres, crían a niños que acaban siendo como clones de sus abuelos, muchachos que tal vez ni siquiera hayan conocido a sus abuelos, pero que se comportan como ellos? Sin embargo, más allá de la reacción, cualquier hombre, sin importar su circunstancia pasada o presente, sin importar su edad o experiencia, puede aprender a amar.

En los últimos cuatro años, la única verdad clara que he aprendido de los hombres individuales que he conocido mientras viajaba y daba conferencias es que los hombres quieren conocer el amor y quieren saber cómo amar. Simplemente no hay suficiente literatura que se refiera directa e íntimamente a esta necesidad. Después de

escribir un libro general sobre el amor, luego uno específicamente sobre las personas negras y el amor, luego otro centrado en la búsqueda del amor por parte de las mujeres, quería ir más allá y hablar sobre los hombres y el amor.

Tanto las mujeres como los hombres en nuestra cultura dedican muy poco tiempo a animar a los hombres a aprender a amar. Incluso las mujeres que están cabreadas con los hombres, la mayoría de las cuales no son y tal vez nunca serán feministas, usan su enfado para evitar estar verdaderamente comprometidas en ayudar a crear un mundo donde los hombres de todas las edades puedan conocer el amor. Y queda un pequeño grupo de pensadoras feministas que sienten firmemente que ya han dado todo lo que querían dar a los hombres; se preocupan únicamente por mejorar el bienestar colectivo de las mujeres. Sin embargo, la vida me ha demostrado que cada vez que un solo hombre se ha atrevido a transgredir las fronteras patriarcales para amar, las vidas de mujeres, hombres y criaturas han cambiado y han mejorado claramente.

Todos los días, en nuestras pantallas de televisión y en los periódicos de nuestro país, recibimos noticias sobre violencia machista, continuamente, en el hogar y en todo el mundo. Cuando escuchamos que los adolescentes se están armando y están matando a sus padres, a sus compañeros o a desconocidos, una sensación de alarma invade nuestra cultura. La gente quiere tener respuestas. Quieren saber, ¿por qué está pasando esto?, ¿por qué hay tantos asesinatos cometidos por chicos ahora y en este momento histórico? Sin embargo, nadie habla del papel que juegan las nociones patriarcales de lo que es ser un hombre, nociones que enseñan a los niños que su naturaleza es matar, y que luego les enseñan que no pueden hacer nada para cambiar esta naturaleza, es decir, nada que deje intacta su masculinidad. A medida que nuestra cultura prepara a los hombres para aceptar la guerra, deben adoctrinarse aún más en el pensamiento patriarcal que les dice que su naturaleza es matar y disfrutar matando. Somos bombardeados por noticias sobre violencia masculina, pero no escuchamos noticias sobre los hombres y el amor.

Solo una revolución de los valores en nuestro país acabará con la

violencia masculina, y esa revolución necesariamente se basará en una ética del amor. Para crear hombres cariñosos, debemos querer a los hombres. Amar a los hombres es diferente a elogiar y recompensar a los hombres por vivir de acuerdo con las nociones machistas de la identidad de ser un hombre. Preocuparse por los hombres en función de lo que hacen por nosotros/as no es lo mismo que amar a los hombres simplemente por serlo. Cuando amamos a los hombres, ampliamos nuestro amor, independientemente de que los hombres estén haciendo algo o no. Hacer es algo diferente a simplemente existir. En la cultura patriarcal, a los hombres no se les permite simplemente ser quienes son y disfrutar de su identidad única. Su valor siempre está determinado por lo que hacen. En una cultura antipatriarcal los hombres no tienen que demostrar su valor y su mérito. Saben desde el nacimiento que el simple hecho de existir les da valor, el derecho a ser apreciados y queridos.

Escribo sobre los hombres y el amor como una declaración de profunda gratitud a los hombres que hay en mi vida con los que trabajo sobre el amor. Gran parte de mi pensamiento sobre los hombres comenzó en la niñez cuando constaté las diferencias en cómo nos trataban a mi hermano y a mí. Los estándares utilizados para juzgar su comportamiento eran mucho más severos. Ningún hombre está a la altura de los estándares patriarcales sin participar en una práctica continua de autotraición. En su niñez, mi hermano, como muchos niños, solo deseaba expresarse. No quería ajustarse a un guion rígido de masculinidad correcta. A consecuencia de esto, nuestro padre patriarcal lo despreció y se burló de él. En sus años de juventud, nuestro hermano era una presencia cariñosa en nuestra casa, capaz de expresar emociones de asombro y disfrute. Cuando el pensamiento y la acción patriarcal lo interpelaron en la adolescencia, aprendió a ocultar sus sentimientos cariñosos. Entró en ese espacio de alienación y comportamiento antisocial que se considera «natural» en los adolescentes. Sus seis hermanas presenciamos ese cambio en él y lamentamos la pérdida de nuestra conexión. El daño causado a su autoestima en su identidad como chico ha persistido a lo largo de su vida, ya que continúa lidiando con la cuestión de si se definirá a sí mismo o se dejará definir por los estándares patriarcales.

Al mismo tiempo que mi hermano renunciaba a su conciencia

emocional y su capacidad de tener una conexión emocional para ser aceptado como «uno de los chicos», rechazando la compañía de sus hermanas por temor a que divertirse con nosotras le hiciera menos hombre, el padre de mi madre, el abuelo Gus, se dio cuenta de que es más fácil ser desleal al patriarcado en la vejez. Fue el hombre de mi infancia que practicó el arte de amar. Era consciente de sus emociones y estaba emocionalmente presente y, sin embargo, también estaba atrapado por un vínculo patriarcal. Nuestra abuela, su esposa durante más de sesenta años, siempre estuvo profundamente implicada en el modelo dominador de las relaciones. Para los hombres machotes, el abuelo Gus, el padre de mamá, parecía poco masculino. Era visto como alguien dominado. Puedo recordar a nuestro padre patriarcal expresando su desprecio por el abuelo Gus, llamándolo débil y haciéndole saber a mamá a través de la dominación que él no sería gobernado por una mujer. Papá eliminó la admiración que tenía mamá por su papá, por su capacidad de amar, e hizo que pareciera que lo que era precioso para ella realmente no valía nada.

En aquel momento mamá no sabía la suerte que tenía de tener un padre cariñoso. Como tantas mujeres, había sido seducida por los mitos del amor romántico de soñar con un hombre fuerte, dominante, controlador, apuesto y atrevido como el compañero adecuado. Se casó con su ideal solo para encontrarse atrapada en un vínculo con un hombre patriarcal severo, cruel y nada cariñoso. Pasó más de cuarenta años de matrimonio creyendo en los roles patriarcales de género, que le decían que él debía ser el que tuviera el control y que ella debía ser quien se sometiera y obedeciera. Cuando los hombres patriarcales no son crueles, las mujeres que hay en sus vidas pueden aferrarse al mito seductor de que tienen suerte de tener un hombre de verdad, un patriarca benevolente que aporta el sustento y las protege. Cuando ese hombre de verdad es cruel continuamente, cuando responde al cuidado y a la bondad con desprecio y con un rechazo brutal, la mujer que hay en su vida comienza a verlo de manera diferente. Puede comenzar a cuestionar su propia lealtad al pensamiento patriarcal. Puede despertar y reconocer que está casada con el abuso, que no es querida. Ese momento de despertar es el momento del desengaño amoroso. Las mujeres desengañadas en matrimonios o parejas de larga duración rara vez dejan a sus hombres. Aprenden a hacer una identidad de su

sufrimiento, de su queja, de su amargura.

Durante toda nuestra infancia, mamá fue la gran defensora de papá. Él era su caballero de brillante armadura, su amado. E incluso cuando ella comenzó a verlo, a verlo realmente como era y no como ella había deseado que fuera, nos enseñó a admirarlo y a agradecer su presencia, su aportación material, su disciplina. Al ser una mujer ya en los cincuenta, estaba dispuesta a aferrarse a la fantasía del ideal patriarcal incluso cuando se enfrentaba a diario a la brutal realidad de la dominación patriarcal. Cuando sus hijos e hijas se fueron de casa, dejándola sola con su esposo, su esperanza de que pudieran encontrar el camino del amor pronto se desvaneció. Se quedó cara a cara con el frío patriarca emocionalmente cerrado con el que se había casado. Después de cincuenta años de matrimonio no lo iba a dejar, pero ya no creía en el amor. Solo su amargura encontró una voz; ahora habla de la ausencia de amor, de una vida de tristeza. Ella no está sola. En todo el mundo, las mujeres conviven con los hombres en estados de desamor. Viven y lloran.

Mi madre y mi padre fueron las figuras originales que dieron forma a mis patrones de amor y deseo. Pasé la mayor parte del periodo entre mis veinte y mis cuarenta años buscando conocer el amor con hombres intelectualmente brillantes que simplemente eran inconscientes emocionalmente, hombres que no podían dar lo que no tenían, hombres que no podían enseñar lo que no sabían, hombres que no sabían amar. A los cuarenta comencé una relación con un hombre mucho más joven que había sido educado en el arte y la práctica del pensamiento feminista. Era capaz de reconocer que estaba roto por dentro. De niño había sido víctima de la tiranía patriarcal. Sabía que algo andaba mal en su interior, aunque todavía no había encontrado un lenguaje para expresar lo que le faltaba.

«Falta algo ahí dentro», fue una autodescripción que escuché de muchos hombres mientras recorría nuestro país hablando sobre el amor. Una y otra vez un hombre me hablaba de los sentimientos de exuberancia emocional, de alegría no reprimida, de sentirse conectado con la vida y con otras personas en la primera infancia, y luego sucedía una ruptura, una desconexión, y ese sentimiento de ser amado, de ser abrazado, desaparecía. De alguna manera, la

prueba de la hombría, me dijeron los hombres, era el deseo de aceptar esta pérdida, de no hablar de ella ni siquiera en privado. Lamentablemente, trágicamente, muchos de estos hombres estaban recordando un momento primordial de angustia y dolor: el momento en que se vieron obligados a renunciar a su derecho a sentir, a amar, para ocupar su lugar como hombres patriarcales.

Cualquier persona que intente crear una relación amorosa con una pareja que ignora sus emociones sufre. Muchos libros de autoayuda nos dicen que no podemos cambiar a nadie, solo a nosotros mismos. Por supuesto, nunca responden a la pregunta de qué motivará a los hombres –en una cultura patriarcal que les ha enseñado que amar los castra– a cambiar, a elegir el amor, cuando la elección significa que deben oponerse al patriarcado, a la tiranía de lo familiar. No podemos cambiar a los hombres, pero podemos promover, demandar y reafirmar su deseo de cambiar. Podemos respetar la verdad de su ser interior, una verdad de la que tal vez no sean capaces de hablar: que desean conectar, amar, ser amados.

El deseo de cambiar: hombres, masculinidad y amor responde a las preguntas sobre el amor que hacen los hombres de todas las edades en nuestra cultura. Escribo en respuesta a las preguntas sobre el amor que me hicieron los hombres que conozco más íntimamente, que todavía siguen trabajando para encontrar el camino de regreso al yo abierto y emocionalmente expresivo que alguna vez fueron, antes de que se les dijera que silenciaran sus deseos y cerraran sus corazones.

El deseo de cambiar es la ofrenda que traigo al festín de la recuperación del hombre y de la curación del yo, de su derecho emocional a amar y a ser amado. Las mujeres hemos creído que podríamos salvar a los hombres que hay en nuestras vidas dándoles amor, que este amor serviría de cura para todas las heridas que les infiigen las agresiones tóxicas a sus sistemas emocionales, los infartos emocionales que sufren todos los días. Las mujeres pueden participar en este proceso de curación. Podemos guiar, instruir, observar, compartir información y habilidades, pero no podemos hacer lo que los niños y los hombres deben hacer por sí mismos. Nuestro amor ayuda, pero por sí solo no salva a los niños ni a los hombres. En última instancia, los niños y los hombres se salvan a sí mismos cuando aprenden el arte de amar.

2.

Comprender el patriarcado

El patriarcado es la enfermedad social más mortífera que ataca el cuerpo y la mente de los hombres de nuestro país. Sin embargo, la mayoría de los hombres no utilizan la palabra «patriarcado» en la vida diaria. La mayoría de los hombres nunca piensa en el patriarcado, lo que significa, cómo se crea y se mantiene. Muchos hombres de nuestro país no podrían deletrear la palabra o pronunciarla correctamente. La palabra «patriarcado» simplemente no es parte de su pensamiento o de su discurso cotidiano normal. Los hombres que han oído y conocen la palabra suelen asociarla con la liberación de la mujer, con el feminismo y, por tanto, la descartan como irrelevante para sus propias experiencias. Llevo más de treinta años en diversos escenarios hablando del patriarcado. Es una palabra que uso a diario, y los hombres que me escuchan usarla a menudo me preguntan qué quiero decir con ella.

Nada cuestiona más la antigua proyección antifeminista de los hombres como todopoderosos que su ignorancia total sobre un aspecto importante del sistema político que determina y afecta la identidad masculina y el sentido del yo desde el nacimiento hasta la muerte. A menudo utilizo la frase «patriarcado capitalista imperialista supremacista blanco» para describir los sistemas políticos interrelacionados que son la base de la política de nuestro país. De estos sistemas, sabemos que el que más crece es el sistema del patriarcado, aunque nunca hayamos conocido esa palabra, porque los roles patriarcales de género se nos asignan cuando somos criaturas y se nos dan continuamente orientaciones sobre cómo poder asumir mejor estos roles.

El patriarcado es un sistema político-social que afirma que los hombres son inherentemente dominantes, superiores a todo y a todas las personas a las que se considera débiles, especialmente a

las mujeres, y que están dotados del derecho a dominar y a gobernar a las personas débiles y a mantener ese dominio a través de diversas formas de terrorismo psicológico y violencia. Cuando mi hermano mayor y yo nacimos con un año de diferencia, el patriarcado determinó cómo nos tratarían nuestros padres. Nuestros padres creían en el patriarcado; se les había enseñado el pensamiento patriarcal a través de la religión.

En la iglesia habían aprendido que Dios creó al hombre para gobernar el mundo y todo lo que hay en él y que el trabajo de las mujeres era ayudar a los hombres a realizar estas tareas, obedecer y asumir siempre un papel subordinado en relación con un hombre poderoso. Se les enseñó que Dios era varón. Estas enseñanzas se reforzaron en todas las instituciones que encontraron: escuelas, juzgados, clubes, estadios deportivos e iglesias. Asumieron el pensamiento patriarcal, como todos los que los rodeaban, y se lo enseñaron a sus hijos porque parecía una forma «natural» de organizar la vida.

Como hija suya, me enseñaron que mi función era servir, ser débil, estar libre de la carga de pensar, cuidar y alimentar a los demás. A mi hermano le enseñaron que su papel era ser servido; aportar los recursos; ser fuerte; pensar, elaborar estrategias y planificar; y negarse a cuidar o a alimentar a otras personas. Me enseñaron que no era apropiado que una mujer fuera violenta, que era «antinatural». A mi hermano le enseñaron que su valor estaría determinado por su voluntad de cometer actos de violencia (aunque en los entornos apropiados). Le enseñaron que, para un niño, disfrutar de la violencia era algo bueno (aunque en entornos apropiados). Le enseñaron que un niño no debe expresar sus sentimientos. Me enseñaron que las niñas pueden y deben expresar sus sentimientos, o al menos algunos de ellos. Cuando respondí con rabia cuando me negaron un juguete, como niña en un hogar patriarcal, me enseñaron que la rabia no era un sentimiento femenino apropiado, que no solo no debía expresarse, sino que debía erradicarse. Cuando mi hermano respondió con rabia cuando le negaron un juguete, como niño en un hogar patriarcal, le enseñaron que su capacidad para expresar rabia era buena, pero que tenía que aprender cuál era la mejor situación para expresar su enfado. No era bueno para él usar su rabia para oponerse a los

deseos de sus padres, pero más tarde, cuando creció, le enseñaron que la rabia estaba permitida y que permitir que la rabia le llevara a la violencia le ayudaría a proteger su hogar y su país.

Vivíamos en una granja en el campo, aislados de otras personas. Nuestro sentido de los roles de género lo aprendimos de nuestros padres, de la forma en que los vimos comportarse. Mi hermano y yo recordamos nuestra confusión sobre el género. En realidad, yo era más fuerte y violenta que mi hermano, pero rápidamente aprendimos que eso era malo. Él era un chico amable y pacífico, y aprendimos que eso era muy malo. Aunque a menudo estábamos confundidos, teníamos una cosa muy clara: no podíamos ser y actuar como quisiéramos, haciendo lo que nos apeteciera. Para nosotros estaba claro que nuestro comportamiento tenía que seguir un guion predeterminado de género. Ambos aprendimos la palabra «patriarcado» en nuestra vida adulta, cuando supimos que el guion que había determinado lo que deberíamos ser, las identidades que deberíamos asumir, estaba basado en valores patriarcales y en creencias sobre el género.

Siempre estuve más interesada en cuestionar el patriarcado que mi hermano porque era el sistema que siempre me excluía de las cosas de las que quería formar parte. En nuestra vida familiar de los años cincuenta, las canicas eran un juego de chicos. Mi hermano había heredado sus canicas de los hombres de la familia; tenía una caja de hojalata para guardarlas. Eran de todos los tamaños y formas, maravillosamente coloreadas, me parecían objetos muy hermosos. Jugamos juntos con ellas, a menudo yo me aferraba agresivamente a la canica que más me gustaba, negándome a compartirla. Cuando papá estaba en el trabajo, nuestra mamá, ama de casa, estaba muy contenta de vernos jugar a las canicas juntos. Sin embargo, papá, al vernos jugar desde una perspectiva patriarcal, se sintió perturbado por lo que vio. Su hija, agresiva y competitiva, era mejor jugadora que su hijo. Su hijo era pasivo, al chico realmente no parecía importarle quién ganara y estaba dispuesto a dar sus canicas si se lo pedían. Papá decidió que este juego tenía que terminar, que tanto mi hermano como yo teníamos que aprender una lección sobre los roles de género apropiados.

Una noche, papá le dio permiso a mi hermano para sacar la lata de

canicas. Expresé mi deseo de jugar y mi hermano me dijo que «las niñas no jugaban con canicas», que era un juego de niños. Esto no tenía sentido para mi mente de cuatro o cinco años, e insistí en mi derecho a jugar cogiendo las canicas y lanzándolas al aire. Papá intervino para decirme que me detuviera. No le escuché. Su voz se hizo cada vez más fuerte. Entonces, de repente, me agarró, rompió un panel de nuestra puerta corredera y comenzó a golpearme con él, diciéndome: «Eres solo una niña. Cuando te digo que hagas algo, tienes que hacerlo». Me golpeó una y otra vez, para asegurarse de que yo reconociera que entendía lo que había hecho. Su rabia, su violencia atrajo la atención de todos. Nuestra familia se quedó sentada, hechizada, absorta ante la pornografía de la violencia patriarcal. Después de esta paliza fui castigada, obligada a quedarme sola en la oscuridad. Mamá entró en el dormitorio para calmar mi dolor y me dijo con su suave voz sureña: «Traté de advertirte. Tienes que aceptar que eres solo una niña y que las niñas no pueden hacer lo que hacen los niños». Su tarea, al servicio del patriarcado, consistía en confirmar que Papá había hecho lo correcto al ponerme en mi lugar, al restaurar el orden social natural.

Recuerdo muy bien este evento traumático porque fue una historia que se contaba una y otra vez en nuestra familia. A nadie le importaba que la repetición constante pudiera desencadenar estrés postraumático; contarlo de nuevo era necesario para reforzar tanto el mensaje como el estado que recordaba, de absoluta impotencia. El recuerdo de esta brutal paliza a una hija pequeña por parte de un hombre grande y fuerte, sirvió como más que un simple recordatorio para mí sobre mi lugar de género, fue un recordatorio para todos los que lo vieron/lo recordaron –para todos mis hermanos/as, hombres y mujeres, y para nuestra madre, una mujer adulta– de que nuestro padre patriarcal era el que mandaba en nuestra casa. Debíamos recordar que, si no obedecíamos sus reglas, seríamos castigados, castigados incluso hasta la muerte. Esta es la forma en que fuimos educados experimentalmente en el arte del patriarcado.

No hay nada único o excepcional en esta experiencia. Escucha las voces de las criaturas heridas, criadas en hogares patriarcales, y escucharás diferentes versiones con el mismo tema subyacente, el

uso de la violencia para reforzar nuestro adoctrinamiento y nuestra aceptación del patriarcado. En el libro How Can I Get Through to You? el terapeuta de familia Terrence Real cuenta cómo sus hijos e hijas fueron iniciados en el pensamiento patriarcal aunque sus padres se esforzaban en crear un hogar lleno de amor en el que prevalecieran los valores antipatriarcales. Cuenta cómo su hijo pequeño, Alexander, disfrutaba vistiéndose como la Barbie hasta que los niños que jugaban con su hermano mayor lo vieron vestido de Barbie y le hicieron entender con su mirada y su sorpresa, con su silencio de desaprobación, que su comportamiento era inaceptable:

Sin una pizca de maldad, la mirada que recibió mi hijo transmitió un mensaje. No debes hacer eso. Y el medio por el que se transmitió ese mensaje fue una emoción potente: la vergüenza. A los tres años, Alexander estaba aprendiendo las reglas. Un intercambio de diez segundos sin palabras fue lo suficientemente poderoso como para disuadir a mi hijo desde ese instante en adelante de lo que había sido una de sus actividades favoritas. Yo llamo a esos momentos de influencia la «traumatización normal» de los niños.

Para adoctrinar a los niños en las reglas del patriarcado, les obligamos a sentir dolor y a negar sus sentimientos.

Mis historias tuvieron lugar en los años cincuenta; las historias que cuenta Real son recientes. Todas subrayan la tiranía del pensamiento patriarcal, el poder de la cultura patriarcal para mantenernos cautivos. Real es uno de los pensadores más brillantes sobre el tema de la masculinidad patriarcal en nuestro país y, sin embargo, les hace saber a los lectores que no puede mantener a sus hijos fuera del alcance del patriarcado. Sufren sus ataques, como todos los niños y niñas, en mayor o menor medida. Sin duda, al crear un hogar cariñoso que no es patriarcal, Real al menos ofrece a sus hijos una opción: pueden elegir ser ellos mismos o pueden elegir asumir los roles patriarcales. Real usa la frase «patriarcado psicológico» para describir el pensamiento patriarcal que es común a mujeres y a hombres. A pesar del pensamiento feminista visionario contemporáneo, que deja claro que un pensador

patriarcal no necesita ser un hombre, la mayoría de la gente continúa viendo a los hombres como el problema del patriarcado. Esto simplemente no es así. Las mujeres pueden estar tan ligadas al pensamiento y la acción patriarcales como los hombres.

La clara definición de patriarcado que da el psicoterapeuta John Bradshaw en Creating Love es útil: «El diccionario define "patriarcado" como una "organización social marcada por la supremacía del padre en el clan o la familia, tanto en las funciones del ámbito doméstico como en el religioso"… El patriarcado se caracteriza por la dominación y el poder de los hombres». Afirma además que «las reglas patriarcales todavía gobiernan la mayoría de los sistemas religiosos, educativos y familiares del mundo». Al describir la más dañina de estas reglas, Bradshaw enumera «la obediencia ciega, el fundamento sobre el que se asienta el patriarcado; la represión de todas las emociones excepto el miedo; la destrucción de la fuerza de voluntad individual; y la represión del pensamiento siempre que se aparta del modo de pensar basado en la figura de autoridad». El pensamiento patriarcal determina los valores de nuestra cultura. Estamos socializados en este sistema, tanto mujeres como hombres. La mayoría de nosotros/as aprendimos actitudes patriarcales en nuestra familia de origen, y generalmente nos las enseñaron nuestras madres. Estas actitudes se reforzaron en escuelas e instituciones religiosas.

La realidad actual de hogares gestionados solo por mujeres ha llevado a muchas personas a asumir que las criaturas de estos hogares no están aprendiendo los valores patriarcales porque no hay ningún hombre presente. Asumen que los hombres son los únicos que enseñan el pensamiento patriarcal. Sin embargo, muchos hogares gestionados por mujeres respaldan y promueven el pensamiento patriarcal con mucha más pasión que algunos hogares con padre y madre. Debido a que no tienen una realidad vital para cuestionar las falsas fantasías de los roles de género, las mujeres de estos hogares tienen muchas más probabilidades de idealizar el rol patriarcal masculino y a los hombres patriarcales que las mujeres que viven con hombres patriarcales todos los días. Necesitamos destacar el papel que desempeñan las mujeres en la perpetuación y el mantenimiento de la cultura patriarcal para que reconozcamos al patriarcado como un sistema que mujeres y hombres apoyan por

igual, aunque los hombres reciban más recompensas de ese sistema. Desmantelar y cambiar la cultura patriarcal es un trabajo que hombres y mujeres deben hacer juntos.

Obviamente, no podemos desmantelar un sistema mientras nos empeñemos en una negación colectiva sobre su impacto en nuestras vidas. El patriarcado necesita el dominio masculino por cualquier medio, por eso apoya, promueve y perdona la violencia machista. Escuchamos hablar más sobre la violencia machista en los discursos públicos sobre la violación y el abuso por parte de las parejas en el hogar. Pero las formas más comunes de violencia patriarcal son las que tienen lugar en el hogar entre padres patriarcales y sus criaturas. El objetivo de esta violencia suele ser reforzar un modelo de dominación, en el que se considera que la figura de autoridad manda sobre los que no tienen poder y se otorga a esta figura el derecho a mantener esa regla a través de prácticas de subyugación, subordinación y sumisión.

Evitar que hombres y mujeres digan la verdad sobre lo que les sucede en las familias es una forma de mantener la cultura patriarcal. Una gran mayoría de individuos asume una regla tácita en la cultura en su conjunto que exige que guardemos los secretos del patriarcado, protegiendo así el poder del padre. Esta regla de silencio se mantiene cuando la cultura niega a todo el mundo un fácil acceso a la propia palabra «patriarcado». La mayoría de las criaturas no aprenden cómo llamar a este sistema de roles de género institucionalizado, por lo que rara vez lo nombramos en el habla cotidiana. Este silencio promueve la negación. ¿Y cómo podemos organizarnos para cuestionar y cambiar un sistema que no puede ser nombrado?

No es casualidad que las feministas comenzaran a usar la palabra «patriarcado» para reemplazar palabras como «machismo» y «sexismo», de uso más común. Estas valientes voces querían que hombres y mujeres fueran más conscientes de cómo el patriarcado nos afecta a todos/as. En la cultura popular, la palabra en sí apenas se usó durante el apogeo del feminismo contemporáneo. Las activistas antihombres no eran más proclives que los hombres sexistas a denunciar el sistema del patriarcado y la forma en que funciona. Porque hacerlo hubiera difundido automáticamente la

noción de que los hombres eran todopoderosos y que las mujeres carecían de poder, que todos los hombres eran opresores y las mujeres siempre –y solo– víctimas. Al echar la culpa de la perpetuación del sexismo únicamente a los hombres, estas mujeres podrían mantener su propia lealtad al patriarcado, su propio deseo de poder. Enmascararon su anhelo de dominar asumiendo la carga del victimismo.

Como muchas feministas radicales visionarias cuestioné la noción equivocada, presentada por mujeres que simplemente estaban hartas de la explotación y la opresión masculinas, de que los hombres eran «el enemigo». Ya en 1984 incluí un capítulo con el título «Hombres: camaradas en la lucha» en mi libro Feminist Theory: From Margin to Center[12] instando a las defensoras de la política feminista a cuestionar cualquier retórica que atribuyera a los hombres la única culpa de perpetuar el patriarcado y la dominación masculina:

La ideología separatista anima a las mujeres a ignorar el impacto negativo del sexismo en la personalidad de los hombres. Subraya la polarización entre los sexos. Según Joy Justice, las separatistas creen que hay «dos perspectivas básicas» acerca de cómo nombrar a las víctimas del sexismo: «Está la perspectiva de que los hombres oprimen a las mujeres. Y está la perspectiva de que las personas son personas y de que todas hemos sufrido daños por los roles sexuales rígidos»... Ambas perspectivas describen adecuadamente nuestro problema. Los hombres oprimen a las mujeres. Las personas son dañadas por los rígidos modelos de los roles sexistas. Estas dos realidades coexisten. La opresión de los hombres a las mujeres no puede disculparse por el reconocimiento de que los roles sexistas rígidos pueden causar sufrimiento a los hombres. Las activistas feministas deberían reconocer ese dolor, y trabajar para cambiarlo: existe. Esto no elimina ni disminuye la responsabilidad de los hombres por apoyar y perpetuar su poder bajo el patriarcado para explotar y oprimir a las mujeres de una manera mucho más dañina que la importante tensión psicológica o el dolor emocional que les haya causado a los hombres asumir los rígidos modelos de los roles sexistas.

A lo largo de ese ensayo señalé que las defensoras feministas colaboran con el dolor de los hombres heridos por el patriarcado cuando representan falsamente a los hombres siempre y únicamente como poderosos, como si siempre obtuvieran privilegios por su ciega obediencia al patriarcado. Señalé que la ideología patriarcal lava el cerebro a los hombres para que crean que su dominación sobre las mujeres es beneficiosa, cuando no lo es:

A menudo las activistas feministas confirman esta lógica, cuando deberíamos estar constantemente nombrando estas acciones como expresiones de unas relaciones de poder pervertidas, como una falta general de control sobre las propias acciones, impotencia emocional, irracionalidad extrema y, en muchos casos, directamente demencia. La absorción pasiva que hacen los hombres de la ideología sexista hace que puedan interpretar erróneamente de manera positiva este comportamiento perturbado. Mientras se siga lavando el cerebro a los hombres para que equiparen la dominación violenta y el abuso hacia las mujeres con el privilegio, no podrán entender el daño que se causan a sí mismos o a otras personas, y no tendrán ninguna razón para cambiar.

El patriarcado exige a los hombres que se conviertan en tullidos emocionales y que permanezcan así. Dado que es un sistema que niega a los hombres el pleno acceso a su libre albedrío, es difícil para cualquier hombre de cualquier clase rebelarse contra el patriarcado, ser desleal al padre patriarcal, sea este mujer u hombre.

El hombre que ha sido mi vínculo principal durante más de doce años quedó traumatizado por la dinámica patriarcal en su familia de origen. Cuando lo conocí él tenía veintitantos años. Aunque sus años de formación los había pasado en compañía de un padre alcohólico y violento, sus circunstancias cambiaron cuando tenía doce años y comenzó a vivir solo con su madre. En los primeros años de nuestra relación habló abiertamente sobre su hostilidad y

su rabia hacia su violento padre. No le interesaba perdonarlo ni comprender las circunstancias que habían determinado e infiuido en la vida de su padre, ni en su infancia ni en su vida laboral como militar.

En los primeros años de nuestra relación fue extremadamente crítico con la dominación masculina de mujeres y criaturas. Aunque no usaba la palabra «patriarcado», entendía su significado y estaba en contra. Su conducta amable y tranquila a menudo hacía que la gente lo ignorara, considerándolo débil y sin poder. A la edad de treinta años comenzó a asumir una personalidad más machista, asumiendo el modelo dominante que había criticado en el pasado. Vistiendo el manto del patriarca, ganó mayor respeto y visibilidad. Había más mujeres que se sentían atraídas por él. Se fijaban más en él en la esfera pública. Dejó de criticar la dominación masculina. Y, de hecho, comenzó a utilizar una retórica patriarcal, diciendo el tipo de cosas sexistas que le habrían horrorizado en el pasado.

Estos cambios en su pensamiento y su comportamiento fueron provocados por su deseo de ser aceptado y sentirse seguro en un lugar de trabajo patriarcal, y los justificaba por su deseo de salir adelante. Su historia no es inusual. Los niños agredidos y victimizados por el patriarcado, la mayoría de las veces se vuelven patriarcales, encarnando la masculinidad patriarcal abusiva que una vez reconocieron claramente como dañina. Pocos hombres que sufrieron una violencia brutal cuando eran niños en nombre de la masculinidad patriarcal se resisten valientemente al lavado de cerebro y se mantienen fieles a sí mismos. La mayoría de los hombres se adaptan al patriarcado de una forma u otra.

De hecho, la crítica feminista radical del patriarcado prácticamente ha sido silenciada en nuestra cultura. Se ha convertido en un discurso subcultural disponible solo para elites con una buena educación. Incluso en esos círculos, el uso de la palabra «patriarcado» se considera pasado de moda. A menudo, en mis conferencias, cuando utilizo la frase «patriarcado capitalista imperialista supremacista blanco» para describir el sistema político de nuestro país, el público se ríe. Nadie ha explicado nunca por qué es gracioso nombrar con precisión este sistema. La risa es en sí misma un arma del terrorismo patriarcal. Funciona como un

descargo de responsabilidad, para despreciar el significado de lo que se está nombrando. Sugiere que las palabras en sí mismas son problemáticas y no el sistema que describen. Interpreto esta risa como la forma en que la audiencia muestra su incomodidad cuando se les pide que se alíen con una crítica desobediente antipatriarcal. Esta risa me recuerda que, si me atrevo a desafiar abiertamente al patriarcado, corro el riesgo de que no me tomen en serio.

Los ciudadanos de este país temen desafiar al patriarcado incluso cuando no tienen una conciencia clara de que tienen miedo, así de profundamente arraigadas están las reglas del patriarcado en nuestro inconsciente colectivo. A menudo le digo al público que si fuéramos de puerta en puerta preguntando si deberíamos poner fin a la violencia machista contra las mujeres, la mayoría de la gente daría su apoyo inequívoco. Pero si les dijeras que solo podemos detener la violencia machista contra las mujeres poniendo fin a la dominación masculina, erradicando el patriarcado, comenzarían a dudar, a cambiar de posición. A pesar de los muchos logros del movimiento feminista contemporáneo (mayor igualdad para las mujeres en el mercado laboral, más tolerancia a la renuncia de los rígidos roles de género), el patriarcado como sistema permanece intacto, y muchas personas continúan creyendo que es necesario para que los humanos sobrevivan como especie. Esta creencia parece irónica, dado que los métodos patriarcales de organizar las naciones, especialmente la insistencia en la violencia como medio de control social, ha provocado la matanza de millones de personas en el planeta.

Hasta que podamos reconocer colectivamente el daño que causa el patriarcado y el sufrimiento que crea, no podemos abordar el dolor masculino. No podemos exigir a los hombres el derecho a sentirse completos, a dar y mantener la vida. Obviamente, algunos hombres patriarcales aportan cuidados y recursos de forma fiable y positiva, pero aun así están atrapados en un sistema que daña su salud mental.

El patriarcado promueve la locura. Está en la raíz de las enfermedades mentales que afectan a los hombres de nuestro país. Sin embargo, no existe una preocupación generalizada por la difícil situación de los hombres. En el libro Stiffed: The Betrayal of the

American Man, Susan Faludi incluye muy pocas refiexiones sobre el patriarcado:

Pregunta a las feministas que diagnostiquen los problemas de los hombres y, a menudo, obtendrás una explicación muy clara: los hombres están en crisis porque las mujeres están cuestionando adecuadamente el dominio masculino. Las mujeres están pidiendo a los hombres que compartan las riendas del poder y los hombres no pueden soportarlo. Pregunta a los antifeministas y obtendrás un diagnóstico que es, en cierto sentido, similar. Los hombres están preocupados, dicen muchos expertos conservadores, porque las mujeres han ido mucho más allá de sus demandas de igualdad de trato y ahora están tratando de quitarles el poder y el control a los hombres... El mensaje subyacente es: los hombres no pueden ser hombres, solo eunucos, si no tienen el control. Tanto el punto de vista feminista como el antifeminista están arraigados en una percepción estadounidense peculiarmente moderna de que ser un hombre significa estar al mando y sentirse en todo momento teniendo el control.

Faludi nunca cuestiona la noción de control. Nunca considera que la idea de que los hombres de alguna manera tenían el control, el poder, y de que estaban satisfechos con sus vidas antes del movimiento feminista contemporáneo es falsa.

El patriarcado como sistema ha negado a los hombres el acceso al bienestar emocional completo, que no es lo mismo que sentirse recompensado, con éxito o poderoso debido a la capacidad que tienes para ejercer el control sobre los demás. Para abordar verdaderamente el dolor y la crisis masculinos, debemos, como país, estar dispuestos a exponer la dura realidad de que el patriarcado ha dañado a los hombres en el pasado y continúa dañándolos en el presente. Si el patriarcado fuera realmente gratificante para los hombres, la violencia y el abuso de drogas en la vida familiar, que son tan omnipresentes, no existirían. Esta violencia no fue creada por el feminismo. Si el patriarcado fuera gratificante, la abrumadora insatisfacción que la mayoría de los hombres siente en su vida

laboral, una insatisfacción documentada extensamente en la obra de Studs Terkel y refiejada en la obra de Faludi, no existiría.

En muchos sentidos, Stiffed fue otra traición a los hombres estadounidenses porque Faludi pasa tanto tiempo tratando de no cuestionar al patriarcado que no logra resaltar la necesidad de poner fin al patriarcado si queremos liberar a los hombres. En cambio, escribe lo siguiente:

En lugar de preguntarme por qué los hombres se oponen a la lucha de las mujeres por una vida más libre y saludable, comencé a preguntarme por qué los hombres se abstienen de participar en su propia lucha. ¿Por qué, a pesar de que cada vez hay más ataques de ira arbitrarios, no han planteado una respuesta metódica y razonada a su malestar? Dada la naturaleza insostenible e insultante de las demandas que se imponen a los hombres para demostrar su valía en nuestra cultura, ¿por qué no se rebelan?... ¿Por qué los hombres no han respondido a todas las traiciones que se han dado en sus propias vidas, a los fracasos de sus padres en cumplir sus promesas, con algo similar al feminismo?

Hay que señalar que Faludi no se arriesga ni a provocar la ira de las mujeres feministas sugiriendo que los hombres pueden encontrar la salvación en el movimiento feminista, ni a sufrir el rechazo de los posibles lectores masculinos que son sólidamente antifeministas sugiriendo que tienen algo que ganar al comprometerse con el feminismo.

Hasta ahora en nuestro país el movimiento feminista visionario es la única lucha por la justicia que insiste en la necesidad de acabar con el patriarcado. Ningún grupo de mujeres masivo ha desafiado al patriarcado, ni ningún grupo de hombres se ha unido para liderar la lucha. La crisis a la que se enfrentan los hombres no es la crisis de la masculinidad, es la crisis de la masculinidad patriarcal. Hasta que aclaremos esta distinción, los hombres seguirán temiendo que cualquier crítica al patriarcado represente una amenaza. Al distinguir el patriarcado político, que él considera comprometido en

gran medida con terminar con el sexismo, el terapeuta Terrence Real deja en claro que el patriarcado que nos daña a todos/as está instalado en nuestras mentes:

El patriarcado psicológico es la dinámica entre aquellas cualidades consideradas «masculinas» y «femeninas» en las que la mitad de nuestros rasgos humanos se exalta mientras que la otra mitad se devalúa. Tanto hombres como mujeres participan de este retorcido sistema de valores. El patriarcado psicológico es una «danza del desprecio», una forma perversa de conexión que reemplaza la verdadera intimidad con capas complejas y encubiertas de dominio y sumisión, connivencia y manipulación. Es el paradigma desconocido de las relaciones que ha impregnado a la civilización occidental generación tras generación, deformando a ambos sexos y destruyendo el vínculo apasionado entre ellos.

Al destacar el patriarcado psicológico, vemos que todo el mundo está implicado y nos liberamos de la percepción errónea de que los hombres son el enemigo. Para acabar con el patriarcado debemos desafiar tanto sus manifestaciones psicológicas como aquellas concretas que se dan en la vida diaria. Hay personas que son capaces de criticar el patriarcado, pero no son capaces de actuar de manera antipatriarcal.

Para acabar con el dolor de los hombres, para responder eficazmente a la crisis de los hombres, tenemos que nombrar el problema. Tenemos que reconocer que el problema es el patriarcado y trabajar para acabar con el patriarcado. Terrence Real ofrece esta valiosa perspectiva: «Recuperar un estado de plenitud es un proceso aún más tenso para los hombres que para las mujeres, más difícil y más profundamente amenazador para la cultura en general». Si los hombres quieren reclamar la bondad esencial del ser masculino, si quieren recuperar el espacio de sinceridad y expresividad emocional que es la base del bienestar, debemos imaginar alternativas a la masculinidad patriarcal. Todos y todas debemos cambiar.

1 Hay traducción en castellano,

2 Teoría feminista: de los márgenes al centro , Madrid, Traficantes de Sueños, 2020 [N. del T.].

3.

Ser un chico

Los chicos no se consideran dignos de amor en la cultura patriarcal. Aunque el sexismo siempre ha decretado que los chicos tienen más estatus que las chicas, el estatus e incluso las recompensas del privilegio no son lo mismo que ser amado. El asalto patriarcal a la vida emocional de los chicos comienza en el momento de su nacimiento. En contra de la mitología sexista, en el mundo real de los bebés niños y las bebés niñas, los bebés niños se expresan más. Lloran más tiempo y más fuerte. Vienen al mundo queriendo ser vistos y escuchados. El pensamiento sexista en el peor de los casos lleva a muchos padres/madres a dejar que los bebés niños lloren sin tocarlos para reconfortarlos, porque temen que abrazar demasiado a los bebés varones, consolarlos demasiado, pueda hacer que crezcan débiles. Afortunadamente, los rígidos roles sexistas han cambiado lo suficiente como para permitir que los padres/madres conscientes rechacen esta lógica errónea y les den a los bebés niños el mismo consuelo que dan o darían a las niñas.

En los últimos años ha quedado claro para los investigadores que trabajan en la promoción de la vida emocional de los niños que la cultura patriarcal infiuye en los padres/madres devaluando el desarrollo emocional de los niños. Naturalmente, esta carencia afecta la capacidad de los niños para amar y ser cariñosos. Dan Kindlon y Michael Thompson, autores de Raising Cain: Protecting the Emotional Life of Boys, subrayan que su investigación muestra que los niños son libres de ser más emocionales en la primera infancia porque aún no han aprendido a temer y despreciar la expresión de dependencia: «Todas las criaturas, incluidos los niños, vienen a este mundo con ganas de amar y ser amados por sus padres/madres. Cuarenta años de investigación sobre el apego emocional muestran que sin él las criaturas mueren o sufren un daño emocional severo». A pesar de estas potentes ideas, no hablan

sobre el impacto del patriarcado. No les dicen a los lectores que, para proteger verdaderamente la vida emocional de los niños, debemos decir la verdad sobre el poder del patriarcado. Debemos atrevernos a desvelar cómo el pensamiento patriarcal nos ciega a todas las personas para que no podamos ver que la vida emocional de los niños no puede estar plenamente desarrollada mientras prevalezcan las nociones de la masculinidad patriarcal. No podemos enseñar a los niños que los «hombres de verdad» o no sienten o no expresan sus sentimientos, y luego esperar que los niños se sientan cómodos al ponerse en contacto con sus sentimientos.

Gran parte de la investigación tradicional sobre la vida emocional de los niños establece la conexión entre las nociones de dominación masculina y el bloqueo de las emociones en la niñez, incluso cuando los investigadores actúan como si los valores patriarcales pudieran permanecer intactos. Los libros más vendidos, como Raising Cain y Lost Boys: Why Our Sons Turn Violent y How We Can Save Them de James Garbarino, describen cómo los niños están siendo dañados emocionalmente, pero no ofrecen una visión alternativa valiente, que cuestione radicalmente la masculinidad patriarcal. En cambio, estos libros vienen a decir que, dentro del sistema patriarcal existente, la infancia de los niños debe estar libre de demandas patriarcales. El valor del patriarcado en sí mismo nunca se aborda. En Raising Cain, los autores concluyen afirmando: «Lo que necesitan los chicos, primero y sobre todo, es que se les vea a través de una lente diferente a la que prescribe la tradición. Individualmente, y como cultura, debemos descartar la visión distorsionada de los chicos que ignora o niega su capacidad para los sentimientos, la visión que incluso valora la percepción que tienen los chicos de sí mismos como si estuvieran por encima o al margen de una vida de emociones». Kindlon y Thompson despolitizan cuidadosamente su idioma. Su uso de la palabra «tradición» contradice la realidad de que la cultura patriarcal que ha socializado a casi todos en nuestro país para rechazar la vida emocional de los niños es un sistema social y político arraigado. Tampoco es un accidente de la naturaleza. Las mujeres antifeministas como Christina Hoff Sommers se ganan el favor patriarcal de los hombres al difundir la idea, presentada en su libro The War against Boys, de que «el feminismo está dañando a nuestros jóvenes». Sommers asume falsamente que educar a los

niños para que sean antipatriarcales es «resocializar a los niños en la dirección de la feminidad». Convenientemente, ignora que las pensadoras feministas somos tan críticas con las nociones sexistas de feminidad como con las nociones patriarcales de masculinidad. Es el patriarcado, en su negación de la plena humanidad de los niños, lo que amenaza la vida emocional de estos, no el pensamiento feminista. Para cambiar las «tradiciones» patriarcales debemos acabar con el patriarcado, en parte concibiendo formas alternativas de pensar sobre la masculinidad, no solo sobre la niñez de los varones.

Sin usar nunca la palabra «patriarcado» (usa la frase «masculinidad tradicional»), el psicólogo James Garbarino sugiere en Lost Boys que el cultivo de una individualidad andrógina, que combine los rasgos considerados masculinos y femeninos, potenciaría en los niños su derecho a ser emocionales. En su sección sobre «Lo que necesitan los niños», Garbarino escribe:

¿Dónde y cómo aprenden los niños lo que significa ser un hombre? Parecen aprenderlo con demasiada frecuencia de los medios de comunicación y de los hombres más visibles de su comunidad, especialmente de sus compañeros. Los amigos de los niños son los árbitros de lo que es masculino y femenino, por lo que la resiliencia entre los niños en una comunidad depende de cambiar las actitudes machistas entre los grupos de chicos y ampliar su concepto de lo que es y lo que hace un hombre real.

La obra de Garbarino es potente, es muy acertada en las descripciones y en la información que ofrece sobre todas las formas en que los niños están traumatizados por la exigencia de que nieguen sus emociones. Pero también es confuso porque el propio autor parece no estar dispuesto a relacionar su reconocimiento del daño causado a los niños con una crítica del pensamiento y la práctica patriarcales. Es como si creyera que de alguna manera todo lo que se necesita es una renovación de los valores patriarcales para que las emociones de los niños puedan ser apoyadas, al menos hasta que los niños crezcan.

Francamente, es difícil entender por qué estos hombres que saben tanto sobre la forma en que el pensamiento patriarcal daña a los niños son incapaces de llamar al problema por su verdadero nombre y de esa manera liberarse para imaginar un mundo en el que los sentimientos de los niños puedan realmente ser importantes. Quizás guarden silencio porque cualquier crítica al patriarcado conduce necesariamente a una discusión sobre si la conversión al pensamiento y la práctica feministas es la respuesta. Ha sido difícil para muchos pensadores masculinos que trabajan sobre la vida emocional de los niños ver el feminismo como una teoría útil porque, en gran medida, el sentimiento antihombres de algunas feministas ha llevado al movimiento a prestar muy poca atención al desarrollo de los niños.

Uno de los tremendos fallos de la teoría y la práctica feministas ha sido la falta de un estudio centrado de la niñez, que ofrezca pautas y estrategias para la masculinidad y formas alternativas de pensar sobre la masculinidad. De hecho, la retórica feminista que insistía en identificar a los hombres como el enemigo a menudo cerraba el espacio para tener en cuenta a los niños, un espacio donde pudieran considerarse dignos de ser rescatados de la explotación y la opresión patriarcales como lo eran sus compañeras femeninas. Al igual que los investigadores que escriben sobre la vida emocional de los niños desde una perspectiva no feminista, las investigadoras feministas a menudo no están dispuestas o son reacias a abordar el pensamiento patriarcal. La terapeuta de familia Olga Silverstein en el libro The Courage to Raise Good Men dice poco sobre el patriarcado, incluso cuando ofrece estrategias alternativas para criar a los niños. Hay dos barreras principales que impiden a los investigadores abordar el patriarcado. Por un lado, los investigadores temen que el análisis abiertamente político producirá rechazo en los lectores y, por otro lado, es posible que simplemente no tengan visiones alternativas que ofrecer.

La teoría feminista nos ha ofrecido brillantes críticas al patriarcado y muy pocas ideas inteligentes sobre la masculinidad alternativa, especialmente en relación con los niños. Muchas mujeres feministas que dieron a luz a niños eran reacias a cuestionar los aspectos convencionales de la masculinidad patriarcal cuando sus niños querían asumir esos valores. Descubrieron que no querían negar a

sus hijos el acceso a pistolas de juguete o decirles que permanecieran pasivos cuando otro niño los atacaba en el patio de recreo. Para muchas madres feministas cultas, monoparentales, con recursos económicos limitados, el esfuerzo de buscar de forma coherente alternativas a la masculinidad patriarcal para sus hijos simplemente lleva demasiado tiempo.

Una de mis mejores amigas es una madre soltera con dos hijos, una hija mayor y un hijo más pequeño. Cuando nació su hijo, le sugerí que lo llamáramos Ruby. Su padre biológico bromeó diciendo que «ella debería tener su propio hijo y llamarlo Ruby». Al final, su segundo nombre es Ruby. Cuando tenía alrededor de cinco años decidió que quería usar el nombre de Ruby. Los chicos de la escuela le hicieron saber mediante bromas que este era un nombre de chica. Como intervención, él y su madre llevaron a la escuela fotografías de todos los hombres de la historia llamados Ruby. Luego, más tarde, quiso pintarse las uñas con esmalte de uñas e ir así a la escuela. Una vez más, los niños le hicieron saber que los niños no usan esmalte de uñas. Su madre y su hermana reunieron a todos los tíos «guays» que conocían para que vinieran a la escuela y mostraran que los hombres pueden usar esmalte de uñas. Sin embargo, estos fueron los años de estudiante de posgrado de mi amiga, cuando comenzó a trabajar a tiempo completo, esa vigilancia se volvió más difícil de mantener. Recientemente, su hijo le dijo lo mucho que le gusta cómo huele ella. Ella le explicó que él podía oler igual. Él le respondió que de ninguna manera podía ir a la escuela oliendo bien. Había recibido el mensaje de que «los chicos no huelen bien». En lugar de animarlo a que se enfrente a cada nuevo reto, ahora ella le permite elegir y no juzga su elección. Sin embargo, se siente triste por él, triste porque asumir las normas patriarcales ha afectado sus deseos.

Muchos padres y madres antipatriarcales descubren que las masculinidades alternativas que fomentan en sus hijos no son atacadas por los adultos, sino por los compañeros sexistas. Padres y madres que se esfuerzan por estar atentos a los medios de comunicación a los que tienen acceso sus hijos deben intervenir constantemente y educarlos para contrarrestar la pedagogía patriarcal que se considera «normal». En How Can I Get Through to You? Terrence Real, padre de dos hijos, afirma:

Nuestros hijos aprenden el código temprano, ya sabes, no llores, no seas vulnerable; no muestres debilidad; en última instancia, no demuestre que te importa. Como sociedad, podemos tener la noción de que criar niños y niñas libres es una buena idea, pero eso no significa que realmente lo hagamos. Aunque usted o yo estemos comprometidos en criar niños y niñas menos encorsetados, la cultura en general, aunque tal vez esté cambiando, todavía está lejos de cambiar. Por más que lo intentemos, en los cines, las aulas, los patios de recreo, nuestros hijos e hijas son bombardeados con mensajes tradicionales sobre masculinidad y feminidad, hora tras hora, día tras día.

Una vez más, Real usa la palabra «tradicional» en lugar de «patriarcal». Sin embargo, las tradiciones rara vez son difíciles de cambiar. Lo que ha sido casi imposible de cambiar es la propaganda patriarcal cultural que está tan difundida. Sin embargo, comenzamos a proteger el bienestar emocional de los niños y de todos los hombres cuando llamamos a esta propaganda por su verdadero nombre, cuando reconocemos que la cultura patriarcal requiere que los niños nieguen, repriman y, si todo va bien, bloqueen su conciencia emocional y su capacidad de sentir.

Los niños pequeños son los únicos varones de nuestra cultura a los que se les permite estar plena, totalmente en contacto con sus sentimientos, se les permite poder expresar sin vergüenza su deseo de amar y ser amados. Si tienen mucha, mucha suerte, pueden permanecer conectados con su yo interior o con alguna parte de su yo interior antes de ingresar a un sistema escolar patriarcal en el que sus compañeros impondrán roles sexuales rígidos con el mismo rigor que en cualquier hombre adulto. Esos pocos niños que viven en hogares antipatriarcales aprenden temprano a llevar una doble vida: en casa pueden sentir, expresarse y ser como son; fuera del hogar deben ajustarse al papel de niño patriarcal. Los muchachos patriarcales, al igual que sus homólogos adultos, conocen las reglas: saben que no deben expresar sentimientos, a excepción de la ira; que no deben hacer nada que se considere femenino o propio de una mujer. Una encuesta nacional a chicos adolescentes reveló su

aceptación pasiva de la masculinidad patriarcal. Los investigadores descubrieron que los niños estaban de acuerdo en que, para ser verdaderamente varoniles, deben inspirar respeto, ser duros, no hablar de sus problemas y dominar a las mujeres.

Todos los días, en todo este país, los niños consumen imágenes de los medios de comunicación que les envían un mensaje sobre cómo lidiar con las emociones, y ese mensaje es «pórtate mal». Por lo general, portarse mal significa una agresión dirigida hacia afuera. Patear, gritar y golpear llama la atención. Dado que la paternidad patriarcal no enseña a los niños a expresar sus sentimientos con palabras, los niños se portan mal o se derrumban interiormente. A muy pocos niños se les enseña a expresar con palabras lo que sienten, cuando lo sienten. Incluso cuando los niños pueden expresar sus sentimientos en la primera infancia, aprenden a medida que crecen que se supone que no deben sentir, y se cierran.

La confusión que experimentan los niños sobre su identidad aumenta durante la adolescencia. En muchos sentidos, el hecho de que el niño de hoy tenga una gama más amplia de expresión emocional en la primera infancia, pero que se vea obligado a suprimir la conciencia emocional más adelante, hace que la adolescencia sea aún más estresante para los niños. Es trágico, pero si no fuera por la violencia extrema que ha estallado entre los adolescentes en todo nuestro país, la vida emocional de los chicos aún sería ignorada. Aunque los terapeutas nos dicen que las imágenes de la violencia y del dominio masculinos en los medios de comunicación les enseñan a los niños que la violencia es atractiva y satisfactoria, cuando los chicos individuales son violentos, especialmente cuando asesinan al azar, los expertos tienden a comportarse como si fuera un misterio la razón por la que los chicos son tan violentos.

La investigación feminista progresista sobre los chicos adolescentes ha desacreditado la noción aceptada hasta ahora de que es natural que los chicos pasen por una etapa antisocial en la que se desvinculan y desconectan. Estudios recientes indican que en realidad es emocionalmente dañino para los jóvenes estar aislados y sin cuidado emocional o cariño. En el pasado se suponía que la agresión era parte del ritual de separación, un medio para que el

niño en crecimiento afirmara su autonomía. Sin embargo, es evidente que del mismo modo que las niñas aprenden a ser autónomas y a crear una distancia saludable con sus padres/madres sin volverse antisociales, los niños pueden hacer lo mismo. En familias sanas, los niños pueden aprender y afirmar su autonomía sin incurrir en conductas antisociales, sin aislarse. En todo el mundo, los regímenes terroristas utilizan el aislamiento para quebrantar el espíritu de la gente. Esta arma de terrorismo psicológico se despliega diariamente en nuestro país contra los adolescentes. Aislados, pierden el sentido de su valor y su valía. No es de extrañar entonces que cuando vuelven a entrar en una comunidad, traen consigo la rabia asesina como su defensa principal.

A pesar de que la gran mayoría de los chicos estadounidenses no cometerán crímenes violentos que acaben en asesinatos, la verdad que nadie quiere nombrar es que todos los chicos están siendo educados para ser asesinos, incluso si aprenden a esconder al asesino dentro y actuar como jóvenes patriarcas benevolentes. Cada vez más niñas que asumen el pensamiento patriarcal también asumen la idea de que deben ser violentas para tener poder. Cuando hablas con niñas adolescentes de todas las clases sociales que están siendo golpeadas o agredidas en secreto por sus novios (que dicen que las están «disciplinando») escuchas los mismos relatos de Dr. Jekyll y Mr. Hyde que las mujeres adultas cuentan cuando hablan de sus relaciones con hombres violentos. Estas chicas describen a chicos aparentemente agradables que tienen arrebatos de ira. Una y otra vez escuchamos en nuestros informativos nacionales noticias sobre un hombre joven aparentemente amable y tranquilo cuyos violentos arrebatos se revelan de repente. El pensamiento patriarcal anima a los chicos a creer que la ira es el camino más fácil hacia la hombría. Por tanto, no debería sorprendernos que bajo la superficie haya una intensa rabia en los chicos, una rabia que espera el momento de ser escuchada.

Gran parte de la ira que expresan los chicos es en sí misma una respuesta a la demanda de que no muestren ninguna otra emoción. La ira es mejor que la pasividad porque a menudo conduce a una acción más instrumental. La ira puede ser, y suele ser, el escondite del miedo y del dolor. En The Heart of the Soul los autores Gary

Zukav y Linda Francis exploran las formas en que la ira bloquea el yo sensible:

La ira impide el amor y aísla al que está enojado. Es un intento, a menudo exitoso, de alejar lo que más se anhela: el compañerismo y la comprensión. Es una negación de la humanidad de los demás, así como una negación de tu propia humanidad. La ira es el sufrimiento de creer que no eres capaz de ser comprendido y que no eres digno de ser comprendido. Es un muro que te separa de los demás con tanta eficacia como si fuera de hormigón, grueso y muy alto. No hay forma de atravesarlo ni de pasar por debajo de él o sobre él.

Es cierto que en casi todas las situaciones donde hay chicos que han cometido asesinatos, descubrimos narrativas de rabia que describen las realidades emocionales antes de que sucedan. Es importante destacar que esta ira se expresa en un amplio espectro de clases sociales, razas y circunstancias familiares. Los chicos violentos de hogares acomodados a menudo están tan alienados emocionalmente como los chicos de barrios marginales.

En un momento de la historia de nuestro país en el que se crían más niños que nunca en hogares monoparentales gestionados por mujeres, los medios de comunicación envían el mensaje de que una madre soltera no es apta para criar a un niño sano. En todo nuestro país, a las madres les preocupa que puedan dañar a sus hijos por su forma de criarlos. Este es el tema que Olga Silverstein aborda directamente en The Courage to Raise Good Men. Cuando comenta que muchas personas todavía creen que las madres ponen en peligro la masculinidad de sus hijos, escribe: «La mayoría de las mujeres, como la mayoría de los hombres, sienten que la infiuencia de una madre finalmente será dañina para un hijo varón, que lo debilitará y que solo el ejemplo de un hombre puede llevar a un hijo a la virilidad. Las madres solteras en particular están obsesionadas por el temor de tener un niño mariquita». La homofobia subyace en el temor de que permitir que los niños tengan sentimientos los convertirá en homosexuales, este miedo suele ser más intenso en hogares monoparentales. Como

consecuencia, las madres de estas familias pueden ser demasiado duras y muy contenidas emocionalmente con sus hijos, creyendo que este trato ayudará a los niños a ser más masculinos.

Aunque hay mucha información que permite a la sociedad saber que muchos hombres homosexuales provienen de hogares biparentales y que pueden ser machistas y odiar a las mujeres, las suposiciones equivocadas acerca de lo que hace que un hombre sea homosexual siguen proliferando. Todos los días los niños que expresan sentimientos son aterrorizados psicológicamente y, en casos extremos, brutalmente golpeados por padres que temen que un hombre con sentimientos debe ser homosexual. Los hombres gais comparten con los hombres heterosexuales las mismas nociones sobre la masculinidad que es aceptable. Afortunadamente, ha habido y hay hombres homosexuales que se atreven a desafiar la masculinidad patriarcal. Sin embargo, la mayoría de los hombres homosexuales de nuestra cultura son tan partidarios del pensamiento sexista como los heterosexuales. Su pensamiento patriarcal los lleva a construir paradigmas de comportamiento sexual deseable que es similar al de los hombres heterosexuales patriarcales. Por lo tanto, muchos hombres homosexuales son tan coléricos como los hombres heterosexuales.

Así como el sadismo materno prospera en un mundo donde se hace sentir a las mujeres que su crueldad emocional hacia los hijos los prepara mejor para la virilidad, el sadismo paterno es el resultado natural de los valores patriarcales. En el libro The Man I Might Become: Gay Men Write about Their Fathers, editado por Bruce Shenitz, muchas de las historias de la niñez describen rituales de sadismo paterno. Como escribe James Saslow en «Papá estaba muy bueno»:

Todos los niños sufren esa dolorosa puñalada de desprecio cuando papá mira para otro lado; es dos veces más aguda cuando él es tu objeto de deseo, así como tu mentor y el modelo a seguir. Solo el amor de la madre es incondicional... Pero el amor paternal también consiste en formar al niño... Los padres nos desafían y luego nos juzgan: es su papel en la socialización de la próxima generación. En esta mítica batalla de voluntades, la persuasión y el ejemplo son las

armas preferidas, pero si no funcionan, el sargento de instrucción tendrá que desatar la bomba atómica de la guerra familiar: el rechazo.

La mayoría de los padres patriarcales de nuestro país no utilizan la violencia física para controlar a sus hijos, utilizan diversas técnicas de terrorismo psicológico, siendo la principal la práctica de avergonzar. Los padres patriarcales no pueden amar a sus hijos porque las reglas del patriarcado dictan que compitan con sus hijos, que estén preparados para demostrar que son el hombre de verdad, el que está al mando. En su ensayo Encontrar la luz y mantenerla frente a mí, Bob Vance describe cómo camina detrás de su padre como un niño que anhela conectarse, pero que sabe intuitivamente que no hay conexión posible: «Algo me impide pedirle lo que necesito. Sé, si es que un niño tan pequeño puede intuir tales cosas, que me he quedado fuera de su mundo y de alguna manera se me prohíbe preguntarle qué puedo hacer para que me lleve a su mundo, para que me abrace juguetona o tiernamente. La brecha comienza aquí. Este es el primer recuerdo que tengo de mi padre».

Para el padre patriarcal, los hijos solo pueden ser considerados como reclutas en formación, por lo que deben estar constantemente sujetos a luchas de poder sadomasoquistas diseñadas para endurecerlos, para prepararlos para mantener el legado patriarcal. Como hijos, habitan un mundo en el que los padres se esfuerzan por mantenerlos en una posición de desventaja; como patriarcas en formación deben aprender a asumir un papel superior. Real lo explica así:

Mantener las relaciones con los demás requiere una buena relación con nosotros mismos. La autoestima saludable es un sentido interno de valía, que no nos lleva ni a la grandiosidad del «mejor que» ni a la vergüenza del «menos que»... El desprecio es la razón por la que muchos hombres tienen tantos problemas para mantenerse conectados. Dado que una autoestima saludable –no estar ni arriba ni abajo– aún no es una opción real, y dado que estar en la posición de abajo provoca desdén, en uno mismo y en los demás, la mayoría

de los hombres aprende a ocultar la vergüenza crónica que los persigue... huyendo de su propia humanidad y también de la cercanía con los demás.

Esta huida de la cercanía es más intensa en la vida de los varones adolescentes porque en esa zona fronteriza entre la niñez y la juventud están experimentando una serie de emociones que hacen que se sientan fuera de control, temerosos de no estar a la altura de los estándares de la masculinidad patriarcal. La rabia reprimida es el escondite perfecto para todos estos miedos.

A pesar de los grandes cambios en los roles de género de la sociedad, en privado muchos chicos están traumatizados por las relaciones con padres distantes o ausentes. Trabajando con grupos de hombres, cuando los oigo hablar de cuando eran niños, escucho las historias que cuentan sobre la falta de conexión emocional de sus padres. Como intentan estar a la altura de las expectativas patriarcales, muchos chicos temen la ira del padre. En Man Enough: Fathers, Sons, and the Search for Masculinity Frank Pittman señala: «Temiendo no tener la suficiente, admiraba la masculinidad. Pensaba que mi padre tenía algún poder mágico que no me estaba transmitiendo, un secreto que no me había contado». Una y otra vez aparece el mismo supuesto, que sugiere que existe un ideal masculino que los hombres jóvenes no están seguros de cómo alcanzar y que socava su autoestima. Y la crisis de este anhelo parece sentirse más profundamente en los chicos con padres ausentes. Sin una conexión positiva con un hombre adulto real, es mucho más probable que asuman un ideal patriarcal hipermasculino. El miedo a no poder alcanzar el grado adecuado de hombría a menudo se traduce en rabia. Muchos adolescentes están irritados porque la conexión emocional de la fantasía entre padre e hijo, el amor que imaginan que estará allí, nunca se produce. En su lugar hay solo un espacio de deseo vacío. Incluso cuando se hace evidente que la fantasía no se cumplirá, que la «herida del padre» no se curará, los chicos se aferran al deseo. Puede darles un sentido de búsqueda y de tener un objetivo sentir que algún día encontrarán al padre o que, al tener hijos, se convertirán en el padre con el que sueñan.

Frustrados en su búsqueda de un vínculo paterno, los chicos a menudo sienten una tremenda tristeza y depresión. Pueden enmascarar estos sentimientos porque se les permite aislarse, alejarse del mundo y escapar con la música, la televisión, los videojuegos, etc. No hay una salida emocional para el dolor del adolescente decepcionado. Poder lamentar la pérdida de la conexión emocional con su padre sería una forma saludable de afrontar la decepción. Pero los chicos no tienen espacio para llorar. Esta necesidad de un espacio para la tristeza se describe conmovedoramente en la película Life as a House. Al enterarse de que tiene cáncer y de que le queda poco tiempo de vida, el padre que aparece en la película busca conectar con su hijo adolescente, sexualmente confuso, irritado y drogadicto, que vive con su madre y su padrastro. En el poco tiempo que vive con su papá, el hijo es capaz de desarrollar una conexión emocional. Cuando el hijo se entera de que su padre se está muriendo, se enfurece porque le ofrecen un amor que no durará. En el estudio de Donald Dutton sobre hombres abusivos, The Batterer, observa que hay pocos modelos masculinos para el duelo, y enfatiza que «los hombres en particular parecen incapaces de sentir tristeza y duelo de manera individual. Atrapados por un mundo que les dice que los chicos no deben expresar sus sentimientos, los hombres adolescentes no tienen donde ir, no hay ningún lugar donde se acepte el dolor». Por mucho que los adultos se quejen de la ira de los chicos adolescentes, la mayoría de los adultos se sienten más cómodos ante un adolescente furioso que ante uno que esté abrumado por el dolor y no pueda dejar de llorar. Los chicos aprenden a disimular la tristeza con ira, cuanto más preocupado está el chico, más intensa es la máscara de la indiferencia. Cerrarse emocionalmente es la mejor defensa cuando se debe negar el deseo de conexión.

Los adolescentes son el grupo menos querido de nuestro país. A menudo se teme a los adolescentes precisamente porque a menudo exponen la hipocresía de los padres y del mundo que los rodea. Y ningún grupo de adolescentes es más temido que una pandilla de chicos adolescentes. Abandonados emocionalmente por los padres/madres y por la sociedad en su conjunto, muchos chicos están enfadados, pero a nadie le importa realmente este enfado a menos que lleve a un comportamiento violento. Si los chicos se enfadan y se sientan frente a un ordenador todo el día, sin hablar, sin

relacionarse, a nadie le importa. Si los chicos llevan su rabia al centro comercial, a nadie le importa, siempre y cuando esté contenida. En Lost Boys, el terapeuta James Garbarino señala que cuando se trata de los chicos, «la negligencia es más común que el abuso: hay más chicos abandonados emocionalmente que atacados directamente, física o emocionalmente». La negligencia emocional sienta las bases para la insensibilidad emocional que ayuda a los chicos a sentirse mejor por el aislamiento. Las erupciones de rabia de los chicos se consideran muy a menudo normales, son explicadas por la antigua justificación del mal comportamiento patriarcal de los adolescentes: «Los chicos son así». El patriarcado genera la rabia en los chicos y luego la contiene para su uso posterior, lo que lo convierte en un recurso para explotar más adelante cuando los chicos se conviertan en hombres. Como producto nacional, esta rabia se puede acumular para promover el imperialismo, el odio y la opresión de mujeres y hombres en todo el mundo. Esta rabia es necesaria para que los niños se conviertan en hombres dispuestos a viajar por el mundo para librar guerras sin exigir nunca que se encuentren otras formas de resolver los confiictos.

Desde que muchos chicos estadounidenses comenzaron, a raíz de la lucha por los derechos civiles, la liberación sexual y el movimiento feminista, a exigir su derecho a ser psicológicamente completos y expresaron esas demandas de manera más visible al negarse a luchar en la guerra de Vietnam, los medios de comunicación, como herramienta de propaganda para el patriarcado capitalista imperialista supremacista blanco, se han dirigido a los jóvenes y han emprendido un lavado de cerebro con mano dura para reforzar el patriarcado psicológico. Hoy en día, los niños y los hombres jóvenes se ven inundados a diario por una pedagogía venenosa que apoya la violencia machista y la dominación masculina, que enseña a los chicos que la violencia desenfrenada es aceptable, que les enseña a faltar el respeto y a odiar a las mujeres. Dada esta realidad y el consiguiente abandono emocional de los chicos, no debería sorprender a nadie que los chicos sean violentos, que estén dispuestos a matar. Debería sorprendernos que las matanzas aún no estén generalizadas.

El implacable asalto patriarcal a la autoestima de los adolescentes se ha convertido en una norma aceptada. Hay un grave silencio

sobre la tiranía masculina adulta en relación con los adolescentes. Gran parte del terrorismo de los hombres adultos y de la rivalidad de los niños y los hombres jóvenes se lleva a cabo a través de los medios de comunicación. Gran parte de los medios de comunicación de masas dirigidos a los consumidores varones jóvenes son creados por hombres adultos que se odian a sí mismos y se cierran emocionalmente, y que solo tienen la pornografía de la violencia para compartir con los hombres más jóvenes. Con ese fin, crean imágenes que hacen que el asesinato sea atractivo y la explotación sexual de las mujeres sea la recompensa seductora. A raíz de las críticas feministas, antirracistas y poscoloniales del patriarcado capitalista imperialista supremacista blanco, la reacción que intenta reinstaurar el patriarcado es feroz. El feminismo puede ignorar a los niños y a los jóvenes, pero los hombres patriarcales capitalistas no lo hacen. Fueron los hombres adultos, blancos y ricos de este país quienes leyeron por primera vez, y se enamoraron, de los libros de Harry Potter. Aunque fueron escritos por una mujer británica, inicialmente descrita por los hombres estadounidenses blancos ricos que la «descubrieron» como una madre soltera de clase trabajadora, los libros de Harry Potter de J. K. Rowling son ingeniosas reelaboraciones modernas de la novela inglesa para estudiantes. Harry, como nuestro héroe moderno, es el niño blanco genio, súper inteligente, talentoso, bendito (un mini patriarca) que «gobierna» sobre niños igualmente inteligentes, incluyendo una chica ocasional y un chico de color ocasional. Pero estos libros también glorifican la guerra, descrita como una matanza en nombre del «bien».

Las películas de Harry Potter glorifican el uso de la violencia para mantener el control sobre los demás. En Harry Potter y la cámara secreta, la violencia, cuando la usan los grupos aceptables, es considerada positiva. El sexismo y el pensamiento racista de los libros de Harry Potter rara vez son criticados. Si el autor hubiera sido un hombre blanco de clase dominante, las pensadoras feministas podrían haber sido más activas en criticar el imperialismo, el racismo y el sexismo de los libros de Rowling.

Una y otra vez escucho a los padres, particularmente a los padres antipatriarcales, expresar su preocupación por el contenido de estos libros, pero al mismo tiempo los elogian porque atraen a más niños

y niñas a la lectura. Por supuesto, los niños y niñas estadounidenses fueron bombardeados con una publicidad masiva que les decía que deberían leer estos libros. Harry Potter comenzó como una noticia nacional promovida por los medios de comunicación. Los libros que no reproducen la masculinidad patriarcal no obtienen la aprobación que han recibido los libros de Harry Potter. Y los niños y niñas rara vez tienen la oportunidad de saber que existen libros que ofrecen una alternativa a las concepciones de la masculinidad patriarcal. El fenomenal éxito financiero de Harry Potter significa que los niños y niñas a partir de ahora tendrán un montón de clones literarios para elegir.

La literatura infantil está tan obsesionada con promover actitudes patriarcales como la televisión. Hay solo unos pocos libros con personajes masculinos que se centran en niños que desafían la norma patriarcal de alguna forma. Dado que estos libros no abundan, no hay forma de saber qué impacto podrían tener en la enseñanza de masculinidades alternativas a los niños. Cuando empecé a escribir una serie de libros infantiles para niños, me sorprendió lo difícil que era para mí, una teórica feminista vanguardista, imaginar nuevas imágenes y textos para los niños. Comprando libros para mi sobrino me di cuenta por primera vez de la ausencia de literatura progresista para niños. En mi primer libro infantil con personajes masculinos, Be Boy Buzz, quería celebrar la infancia sin reproducir las normas patriarcales. Quería escribir un texto que solo expresara amor por los niños. Es un libro dirigido a niños pequeños. Este libro intenta valorar el bienestar integral de los niños y expresar su amor por ellos, ya se rían, se porten mal o simplemente estén tranquilos. Los libros que he escrito están destinados a ofrecer a los niños formas de afrontar sus emociones. El objetivo es estimular en los niños la conciencia emocional y reafirmar esa conciencia.

Para proteger y respetar verdaderamente las vidas emocionales de los niños, debemos cuestionar la cultura patriarcal. Y hasta que esa cultura cambie, debemos crear subculturas, refugios donde los niños puedan aprender a ser quienes son de manera única, sin verse obligados a ajustarse a las visiones patriarcales masculinas. Para amar a los niños correctamente debemos valorar su vida interior lo suficiente como para construir mundos, tanto privados como

públicos, donde su derecho a la plenitud pueda celebrarse y afirmarse de manera constante, donde su necesidad de amar y ser amados pueda satisfacerse.

4.

Detener la violencia de los hombres

Cada día en Estados Unidos los hombres cometen actos violentos. Su violencia es considerada «natural» por la psicología del patriarcado, que insiste en que existe una conexión biológica entre tener un pene y el deseo de ejercer la violencia. Este pensamiento continúa dando forma a las nociones de lo que es ser un hombre en nuestra sociedad, a pesar de que se ha documentado que existen culturas en el mundo donde los hombres no son violentos en la vida cotidiana, donde la violación y el asesinato son raras excepciones. Todos los días en nuestro país hay hombres que se alejan de la violencia. Estos hombres no escriben libros sobre cómo se las arreglan para navegar por el terreno de la masculinidad patriarcal sin sucumbir al atractivo de la violencia. A medida que las mujeres van ganando el derecho a ser hombres patriarcales disfrazados, las mujeres participan en actos de violencia similares a los de sus homólogos masculinos. Esto sirve para recordarnos que el deseo de usar la violencia en realidad no está ligado a la biología sino a un conjunto de expectativas sobre la naturaleza del poder en una cultura de dominación.

A lo largo de las décadas, por muchos programas de televisión y películas que hayamos visto en los que el héroe es el hombre bueno que usa la violencia para ganar la lucha contra los hombres malos, muchas personas han sentido durante mucho tiempo que las pensadoras feministas exageran el grado en que los hombres son violentos en su vida diaria.

La feminista radical Andrea Dworkin se ha atrevido con valentía y coherencia a nombrar el alcance generalizado de la violencia masculina contra las mujeres. En Scapegoat, escribe:

Un informe reciente de las Naciones Unidas dice que «la violencia contra las mujeres es la forma más generalizada de violación de los derechos humanos». En los Estados Unidos, el Departamento de Justicia dice que «una de cada doce mujeres será acosada en algún momento en su vida». La Asociación Médica Estadounidense (AME) concluyó que «la agresión sexual y la violencia familiar están destruyendo el bienestar físico y emocional de los Estados Unidos»; en 1995, la AME informó que «más de 700.000 mujeres en los Estados Unidos son agredidas sexualmente cada año, o una cada 45 segundos».

Estos hechos abordan la agresión física real y no minimizan el abuso emocional generalizado que prácticamente se ha convertido en una norma aceptada en las relaciones hombre-mujer, ya sea entre marido y mujer, padre e hija, hermano y hermana, o novia y novio.

En How Can I Get Through to You? Terrence Real incluye un capítulo titulado «Una conspiración del silencio», en el que señala que en esta cultura no se nos permite decir la verdad sobre cómo son realmente las relaciones con los hombres. Este silencio representa nuestro confiicto cultural colectivo con el patriarcado. Para ser fieles al patriarcado, a todas se nos enseña que debemos guardar los secretos de los hombres. Real señala que el secreto fundamental que compartimos es que permaneceremos en silencio: «Cuando las niñas son educadas como mujeres, ¿qué es precisamente eso que pueden decir y que debe ser silenciado? ¿Cuál es la verdad que guardan las mujeres, que no se puede decir? La respuesta es simple y escalofriante. Las niñas, las mujeres, y también los niños, comparten esto en común. Nadie puede decir la verdad sobre los hombres». Una de las verdades de las que no se puede hablar es la violencia diaria que representan los hombres de todas las clases y razas en nuestra sociedad: la violencia del abuso emocional. En su obra pionera Emotional Abuse Marti Tamm Loring explica que el abuso emocional es «un proceso continuo en el que un individuo reduce y destruye sistemáticamente el yo interior de otro. Las ideas esenciales, los sentimientos, la percepción y las características de la personalidad de la víctima son constantemente

menospreciadas... La característica identificativa más destacable del abuso emocional es que sigue un patrón... Es… el esfuerzo continuo por degradar y controlar lo que constituye el abuso emocional». Es significativo que el abuso emocional en las familias no sea solo un componente del vínculo de la pareja; puede determinar la forma en que todos los miembros de una familia se relacionan. Si una mujer es patriarcal, puede estar presente en un hogar monoparental donde no hay hombres adultos. En muchos hogares, el poder patriarcal está en los adolescentes que abusan de las madres monoparentales; esta es la violencia de los hombres contra la mujer.

Cuando Real rompe el silencio, las historias que comparte son de sesiones de terapia familiar donde los pacientes revelan abiertamente la forma en que los padres han instaurado rituales de poder, utilizando la vergüenza, el retraimiento, las amenazas y, si todo lo demás falla, la violencia física para mantener su posición de dominio. En mi familia de origen, nuestro padre, con una voz estruendosa e iracunda, solía gritarle repetidamente a mamá: «Te mataré». Durante años, mis pesadillas consistían en un padre enojado que a veces mataba a mamá, a veces me mataba a mí por tratar de proteger a mamá. En nuestra familia, papá no estaba constantemente enfurecido, pero el intenso abuso emocional y físico que desató en esas raras ocasiones en las que se comportó violentamente nos mantuvo a todos bajo control, viviendo al límite, viviendo con miedo. Por lo general un hombre frío, silencioso y reservado, papá encontraba su voz cuando hablaba con ira.

Los dos hombres que he tenido como principales vínculos relacionales en mi vida adulta son tranquilos y reservados como mi padre y mi querido abuelo. A diferencia de mi abuelo, a quien nunca le vi enfadarse, y mucho menos mostrar ira, estos dos hombres que elegí como compañeros necesitaban ejercer el dominio de vez en cuando a través de rituales de poder. Uno de ellos fue físicamente violento en algunas ocasiones, un hecho que siempre sintió que no importaba, y fue emocionalmente cruel de manera bastante continuada. Elegí a mi segundo compañero estable porque era un gran defensor del fin de la violencia contra las mujeres, pero a medida que avanzaba nuestro vínculo, él comenzó a ser emocionalmente abusivo de vez en cuando. Era como si él sintiera que yo era demasiado poderosa, y esa percepción lo llevó a desafiar

ese poder, a herir y hacer daño. Me sorprendió que el pasado se estuviera reproduciendo en el presente.

En los libros de autoayuda abunda la idea de que las mujeres eligen a hombres que las tratarán mal una y otra vez, y se presenta esto como verdad. Estos libros rara vez hablan del patriarcado o de la dominación masculina. Rara vez reconocen que las relaciones no son estáticas, que las personas cambian con el tiempo, que se adaptan a las circunstancias. Hombres que pueden tener semillas de negatividad y dominación dentro de sí, junto con rasgos positivos, sienten que lo negativo que hay en ellos aparece en momentos de crisis vitales.

Los dos hombres que elegí como pareja, como todos los hombres que he amado, fueron víctimas de diversos grados de descuido emocional y de abandono en su infancia. No querían a sus padres ni los conocían íntimamente. Al pasar de jóvenes a adultos, simplemente aceptaron de forma pasiva la falta de comunicación con sus padres. Ambos sentían que todos los intentos de reconciliación deberían haber venido del padre al hijo. Y, sin embargo, a medida que maduraron y se convirtieron en hombres, ambos comenzaron a comportarse como los padres cuyas acciones habían condenado y odiado. Al observarlos a través del tiempo, descubrí que ambos habían sido rebeldes y antipatriarcales a los veinte y a los treinta y pocos años, pero a medida que entraron en el mundo laboral, comenzaron a asumir más esos modales patriarcales que identifican a un hombre como poderoso y con éxito. Aunque no habían estado viviendo con sus padres cuando llegó el momento de ser «hombres», los primeros modelos de sus vidas fueron reconstruidos inconscientemente. Solo podrían haberse protegido de esta repetición íntima trabajando conscientemente para ser diferentes, solo siendo desleales al modelo dominador.

Ningún hombre que no elija activamente trabajar para cambiar y desafiar al patriarcado escapa a su infiuencia. El hombre más pasivo, amable y tranquilo puede llegar a la violencia si las semillas del pensamiento patriarcal se han instalado en su mente. Gran parte del comportamiento de Dr. Jekyll y Mr. Hyde con que las mujeres describen a hombres que son, alternativamente cariñosos y luego violentos, tiene su raíz en esta lealtad fundamental al pensamiento

patriarcal. El adoctrinamiento en esa mentalidad que comienza en la infancia incluye una iniciación psicológica que requiere que los niños acepten que su disposición a cometer actos violentos los convierte en hombres patriarcales. Se puede y se debe hacer una distinción entre el deseo de cometer actos violentos y el hecho de realizarlos. Cuando unos investigadores que analizaban el fenómeno de la violación entrevistaron a diversos hombres universitarios y descubrieron que muchos de ellos no veían nada malo en forzar sexualmente a una mujer, se quedaron sorprendidos. Sus hallazgos parecían cuestionar la idea previamente aceptada de que la violación era un comportamiento masculino aberrante. Aunque es poco probable que alguno de los hombres de este estudio fuera o se convirtiera en un violador, era evidente que, dado que lo veían como una situación normal, podrían verse a sí mismos siendo sexualmente violentos. Inconscientemente, asumen un pensamiento patriarcal que justifica la violación, aunque ellos nunca la lleven a cabo.

Esta es una obviedad patriarcal que la mayoría de la gente en nuestra sociedad quiere negar. Siempre que las mujeres intelectuales, especialmente las defensoras del feminismo, hablan sobre el problema generalizado de la violencia masculina, los tíos en seguida necesitan alzar la voz y dejar claro que la mayoría de los hombres no son violentos. Se niegan a reconocer que se ha programado a miles de niños y hombres desde el nacimiento para que crean que en algún momento deben ser violentos, ya sea psicológica o físicamente, para demostrar que son hombres. Terrence Real llama a este adoctrinamiento temprano en el pensamiento patriarcal la «traumatización normal» de los chicos:

Cuando comencé a analizar las cuestiones de género, creía que la violencia era un subproducto de la socialización de la niñez. Pero después de escuchar más de cerca a los hombres y a sus familias, he llegado a creer que la violencia es la socialización de los chicos. La forma en que «convertimos a los chicos en hombres» es a través de una herida: las investigaciones nos dicen que los separamos de sus madres demasiado pronto. Los alejamos de su propia expresividad, de sus sentimientos, de la sensibilidad hacia los demás. La misma

frase «sé un hombre» significa aguanta y tira para adelante. La desconexión no es una consecuencia de la masculinidad tradicional. La desconexión es la masculinidad.

Este adoctrinamiento se produce independientemente de si un niño se cría en un hogar biparental o en un hogar gestionado por una mujer sola.

La perpetuación de la violencia masculina a través de la enseñanza de un modelo de relaciones de dominación llega a los niños a través de mujeres y hombres. El patriarcado alimenta un sadismo maternal en las mujeres que abrazan su lógica. Muchas mujeres permanecen al margen y son testigos de la deshumanización de sus hijos a manos de padres, novios, hermanos, etc., porque sienten que al hacerlo demuestran su lealtad al patriarcado. Por eso no debe sorprendernos que la ira masculina a menudo se dirija más hacia las mujeres en las relaciones íntimas. Esas relaciones desencadenan claramente en muchos hombres la ira y la rabia que sintieron en la infancia cuando sus madres no los protegieron, o rompieron despiadadamente los lazos emocionales en nombre del patriarcado.

Contrariamente a los mitos populares, las madres solteras suelen ser las más duras cuando se trata de presionar a sus hijos para que se ajusten a los estándares patriarcales. La madre soltera que insiste en que su hijo «sea un hombre» no es antipatriarcal, ella está haciendo cumplir el deseo patriarcal. Al investigar a los chicos, Olga Silverstein observó: «En las familias monoparentales, es común ver a chicos que se han convertido en el “hombrecito” de su madre. A menudo estos chicos son hijos muy mandones que tratan con condescendencia a sus madres, chicos que de hecho imitan de forma sorprendente a cierto tipo de marido, que es alternativamente posesivo, protector y seductor». Tanto en hogares monoparentales como biparentales, los chicos a los que se les permite asumir el papel de «minipatriarca» son a menudo violentos con sus madres. Golpean y patalean cuando no se satisfacen sus deseos. Obviamente, cuando son pequeños no tienen fuerza para dominar a sus madres, pero está claro que ven el uso de la violencia para satisfacer sus necesidades como algo aceptable. Y aunque las madres de chicos que las golpean pueden sentir que golpear está mal, pueden sentir

simultáneamente que es su trabajo satisfacer las necesidades de cualquier hombre, especialmente las de un hombre que es dominante.

Muchos adolescentes sienten un violento desprecio y rabia hacia una madre patriarcal porque entienden que en el mundo fuera del hogar, el sexismo la deja sin poder. Está enfadado porque ella tiene poder sobre él en casa. No ve su gobierno autocrático en el hogar como un poder legítimo. Como consecuencia de esto, es posible que se enfurezca con su madre cuando esta usa las tácticas de terrorismo psicológico que le ponen firme y, sin embargo, responda con admiración hacia otro hombre o figura de autoridad que despliega tácticas similares. En la cultura patriarcal, los chicos aprenden pronto que la autoridad de la madre es limitada, que su poder proviene únicamente de ser la cuidadora del patriarcado. Cuando ella se confabula con la violencia hacia su hijo por parte de un hombre adulto, ella (o más tarde una madre sustituta simbólica) será el objeto de su violencia.

Hace años, la serie de televisión El Increíble Hulk fue la favorita de muchos chicos. Presentaba a un científico de aspecto tranquilo que se convertía en un monstruo verde iracundo cada vez que sentía emociones intensas. Un sociólogo que entrevistó a varios chicos sobre su pasión por este programa les preguntó qué harían si tuvieran el poder de Hulk. Ellos respondieron que «aplastarían a sus mamás». En su obra pionera The Mermaid and the Minotaur, la teórica feminista Dorothy Dinnerstein señaló hasta qué punto los niños responden con rabia al poder autocrático de las madres. Como muchas investigadoras feministas de hoy, insistió en que se necesitaba el compromiso de los hombres en la crianza de los hijos para romper esta proyección sobre la madre como una figura todopoderosa contra la que hay que rebelarse y que, en algunos casos, hay que destruir.

Es evidente que las madres patriarcales que se enfurecen con los hombres adultos se portan mal con sus hijos. Pueden obligar al hijo a entablar una relación inapropiada en la que este debe proporcionarle la conexión emocional que los hombres adultos le niegan, o participar en un abuso emocional en el que el hijo es constantemente menospreciado y avergonzado. Estos actos de

violencia patriarcal sirven para reforzar en la mente de los chicos que su violencia hacia las mujeres es algo aceptable. Simplemente lo sienten como una venganza justificable. La idealización feminista de la maternidad hacía extremadamente difícil llamar la atención sobre el sadismo materno, sobre la violencia que las mujeres ejercen con hijos e hijas, especialmente con los chicos. Y, sin embargo, sabemos que ya sea una consecuencia de la dinámica de poder en la cultura dominante o simplemente una reacción de ira, las mujeres son sorprendentemente violentas con los hijos y las hijas. Este hecho debería llevarnos a todos a cuestionar cualquier teoría de las diferencias de género que sugiera que las mujeres son menos violentas que los hombres.

En la cultura patriarcal, las mujeres son tan violentas como los hombres hacia los grupos sobre los que tienen poder y pueden dominar libremente. Generalmente ese grupo son niños y niñas, o mujeres más débiles. Al igual que su contraparte masculina, gran parte de la violencia de las mujeres hacia niños y niñas toma la forma del abuso emocional, especialmente el insulto y la vergüenza, por lo que es difícil de documentar. Sin embargo, el sadismo materno debe estudiarse si queremos comprender las raíces de la violencia de los hombres adultos hacia las mujeres. Hasta cierto punto, las pensadoras feministas reformistas que se han centrado en las mujeres como el sexo más ético, amable y gentil, se han interpuesto en el camino de un estudio en profundidad del sadismo materno, de las formas en que las mujeres en la sociedad patriarcal actúan violentamente con los chicos.

En nuestra casa, donde me crie, estaba claro que nuestra madre creía de todo corazón que el papel del hombre era mantener la disciplina, mandar. Cuando nuestro padre usó una violencia excesiva, ella simplemente lo vio como su derecho. Muchas mujeres que creen que los hombres tienen derecho a dominar sienten que no deben oponerse a la violencia masculina hacia ellas mismas o hacia sus criaturas. No es sorprendente que estas mujeres, incluida mi madre, utilicen todo tipo de violencia para disciplinar a sus criaturas. Temerosas de ser objeto de la ira de un hombre adulto, pueden desear que sus criaturas se comporten correctamente para no provocar la ira de papá.

En conversaciones con hombres cuyas madres eran pasivas mientras sus hijos eran agredidos por sus padres o por otros hombres de la familia que les estaban cuidando, descubrí que estos hombres eran mucho más propensos que otros hombres a idealizar a sus madres, viéndolas como víctimas sin elección. Aunque no dirigían la ira hacia su madre y, a menudo, ni siquiera podían considerar que ella podría haber actuado para proteger sus derechos, estos mismos hombres eran violentos en sus relaciones íntimas con las mujeres. Su comportamiento confirma la idea de Terrence Real de que «de la coreografía del patriarcado, esta nefasta fusión de amor, pérdida y violencia, no se salva nadie». Las madres que se alían con el patriarcado no pueden amar a sus hijos correctamente, porque siempre llegará un momento en que el patriarcado les pedirá que sacrifiquen a sus hijos. Por lo general, este momento llega en la adolescencia, cuando muchas madres cariñosas y afectivas dejan de brindar a sus hijos cuidados emocionales por miedo a que eso les haga perder la virilidad. Incapaces de afrontar la pérdida de la conexión emocional, los chicos internalizan el dolor y lo enmascaran con indiferencia o rabia.

Por lo general, los hombres adultos que son incapaces de establecer conexiones emocionales con las mujeres con las que eligen tener relaciones están congelados en el tiempo, incapaces de permitirse amar por temor a que el ser querido los abandone. Si la primera mujer que amaron apasionadamente, la madre, no fue fiel a su vínculo de amor, entonces, ¿cómo pueden confiar en que su pareja será fiel al amor? A menudo, en sus relaciones adultas, estos hombres se enfadan una y otra vez para probar el amor de su pareja. Mientras que el adolescente rechazado imagina que ya no puede recibir el amor de su madre porque no es digno de él, como hombre adulto puede comportarse de manera inapropiada y, sin embargo, exigirle a la mujer de su vida que le ofrezca amor incondicional. Esta prueba no cura la herida del pasado, simplemente la recrea, porque finalmente la mujer se cansará de ser puesta a prueba y pondrá fin a la relación, recreando así el abandono. Este drama confirma para muchos hombres que no pueden confiar en el amor. Deciden que es mejor poner su fe en ser poderosos, en ser dominantes. En Man Enough Frank Pittman dice de los hombres que «aunque la mayoría de nosotros queremos ser amados, los que son controladores están dispuestos a renunciar al

amor si eso es lo que se necesita para ser el jefe». Ser el jefe no requiere a ningún hombre estar emocionalmente sano, o ser capaz de dar y recibir amor.

Desde que comencé a escribir sobre el amor, lo he definido de una manera que combina la noción de amor de M. Scott Peck, como el deseo de alimentar el crecimiento espiritual y emocional de uno mismo y del otro, con la percepción de Eric Fromm de que el amor es acción y no únicamente sentimiento. Trabajando con hombres que querían conocen el amor, les he aconsejado que lo consideren una combinación de cuidado, compromiso, conocimiento, responsabilidad, respeto y confianza. La mayoría de nuestras relaciones tienen uno o dos de estos aspectos. Los hombres patriarcales son educados en el arte de ser responsables y brindar cuidados instrumentales. Cuando era adolescente, cuando me quejaba de la negligencia emocional, el abuso de papá y de su violencia esporádica con mamá, ella siempre me recordaba rápidamente que él trabajaba duro y mantenía a su familia, que estaba en casa casi todas las noches y que solo por esa razón debíamos respetarlo y honrarlo. El hecho de que los hombres a menudo combinen el cuidado y la violencia ha dificultado que las personas de nuestra cultura reconozcan hasta qué punto la violencia masculina se interpone en el camino de los hombres para dar y recibir amor.

El primer acto de violencia que el patriarcado exige a los hombres no es la violencia hacia las mujeres. En su lugar, el patriarcado exige de todos los hombres que se impliquen en actos de automutilación psíquica, que maten las partes emocionales de sí mismos. Si un individuo no tiene éxito en paralizarse emocionalmente, puede contar con hombres patriarcales para promulgar rituales de poder que atacarán su autoestima. El movimiento feminista ofreció a hombres y mujeres la información necesaria para cuestionar esta matanza psíquica, pero ese desafío nunca se convirtió en un aspecto generalizado de la lucha por la igualdad de género. Las mujeres exigían a los hombres que dieran más emocionalmente, pero la mayoría de los hombres realmente no podían entender lo que se les pedía. Habiendo eliminado las partes de sí mismos que podían sentir una amplia gama de respuestas emocionales, estaban demasiado desconectados. Simplemente, no

podían dar más emocionalmente o incluso comprender el problema sin antes reconectarse, reunificando las partes eliminadas.

Describiendo a una pareja en terapia familiar, Real recuerda las cualidades que la esposa deseaba de su esposo: «Sensibilidad hacia los demás, la capacidad de identificar y compartir sus sentimientos, el deseo de dejar a un lado sus necesidades al servicio de la familia». Estas son las mismas cualidades, señala Real, que «se han arrebatado a la mayoría de los chicos, incluso en estos tiempos más civilizados». Concluye: «En nuestra cultura, los niños y los hombres no son, ni nunca han sido, educados para ser cercanos». Las mujeres que buscan una cercanía con los hombres, a menudo ven menospreciadas sus expresiones de este deseo. Muchos hombres responden al deseo de conexión emocional de las mujeres con un retraimiento emocional y, en el peor de los casos, con el abuso.

Muchos hombres, emocionalmente automutilados y desconectados, hacen propuestas de conexión emocional solo para luego socavarlas con el abuso emocional. Simplemente no entienden que el amor y el abuso no pueden ir juntos. ¿Y por qué deberían entenderlo cuando los programas de televisión, las películas y tantas otras cosas de la cultura popular transmiten el mensaje de que en cualquier momento en que exista una pasión intensa entre una pareja, la violencia puede estallar? Enseñar a los hombres a comprender que las mujeres y los niños no se sienten amados cuando están sufriendo violencia es uno de los principales objetivos de los grupos que trabajan para acabar con la violencia masculina. El ensayo autobiográfico de Kay Leigh Hagan Es difícil pegar a un hombre bueno, comienza con la historia de ella saliendo con un hombre que sentía que era violento y potencialmente capaz de ejercer violencia física. Ella llama a su mejor amigo para pedirle consejo sobre cuánto abuso debería soportar, diciéndole: «Si quiero algo serio con él y quiero que la relación funcione, que dure, habrá altibajos. No creo que deba huir cuando la cosa se pone difícil. Debería estar dispuesta a tolerar cierto abuso si realmente lo quiero». El amigo la mira directamente a los ojos y le dice: «Kay, en una relación amorosa, el abuso es inaceptable. No deberías tener que tolerar ningún tipo de abuso para ser amada».

Con su audacia característica y su sinceridad radical, Hagan explica

que su «comprensión del amor y del poder cambió para siempre en ese momento». Había imaginado que el amigo de su amante se pondría del lado de este: «En cambio, su reacción me animó a amarme a mí misma, a asumir la responsabilidad de mi propio bienestar y a rechazar la violencia incluso en sus formas más sutiles». Hagan tuvo la suerte de recibir este sabio consejo a una edad temprana. El destino de la mayoría de las mujeres es totalmente diferente, especialmente el de las mujeres que adoran el trono del patriarcado. Estas mujeres sienten, como lo hizo Hagan inicialmente, que elegir estar con un hombre patriarcal supone automáticamente asumir cierto nivel de abuso, por relativo que sea. Todos los días, las mujeres explican la violencia y la crueldad masculinas insistiendo en las diferencias de género que normalizan el abuso. Las mujeres heterosexuales que son solteras y quieren estar con hombres, sienten que no pueden escapar de ser victimizadas en algún momento por el abuso emocional y/o físico a manos de sus compañeros masculinos. La aceptación colectiva femenina de la violencia masculina en las relaciones amorosas, incluso si la apariencia de aceptación enmascara la rabia, el miedo o el terror absoluto, hace que sea difícil cuestionar y cambiar la violencia masculina.

Cuando el profesor aparentemente tranquilo con el que vivía pasó del abuso emocional a la violencia física, sentí que debía ser comprensiva, perdonarle. Como yo, se había criado en una familia disfuncional. Sin embargo, aunque fue a terapia, aunque su violencia física cesó, nunca creyó realmente que había hecho algo malo. Albergaba la idea, como muchos hombres que actúan con violencia, de que yo era la responsable de su mal comportamiento. En el trabajo de Donald Dutton con hombres violentos, identifica la visión de las mujeres que utilizan la máscara masculina como un catalizador de la violencia masculina:

Puede que se disculpe y sienta vergüenza inmediatamente después, pero no puede mantener esa emoción, es demasiado dolorosa, recuerda demasiado a heridas enterradas hace mucho tiempo. Entonces él le echa la culpa a ella. Si esto pasa repetidamente con más de una mujer, pasa de culparla a culparlas a «ellas». Sus

defectos personales se vuelven racionalizados por una misoginia en evolución... En este punto, el abuso está integrado en el sistema. El hombre está programado para la violencia en la vida íntima.

A menudo, los hombres que han sido desatendidos emocionalmente y que han sufrido abuso cuando eran niños por madres dominantes se relacionan con mujeres asertivas, solo para que afioren sus sentimientos infantiles de haber sido ahogados. Aunque no pudieron «aplastar a su mamá» y aun así recibir su amor, descubren que pueden ejercer una violencia íntima con sus parejas, que responden a sus comportamientos tratando de conectarse con ellos emocionalmente, esperando que el amor ofrecido en el presente cure las heridas del pasado. Si solo una de las partes de una relación trabaja para crear amor, para crear el espacio de conexión emocional, el modelo de dominación permanece en su lugar y la relación se convierte en un espacio para la continua lucha por el poder.

Las mujeres que permanecen en relaciones a largo plazo con hombres que son emocionalmente abusadores o violentos, generalmente terminan cerrando la puerta a sus corazones. Dejan de trabajar para crear amor. A menudo permanecen en estas relaciones porque un cinismo básico, arraigado en su experiencia, afirma que la mayoría de los hombres se retienen emocionalmente, por lo que no creen que puedan encontrar una relación amorosa con ningún hombre. Cuando quise dejar a mi primera pareja estable, que había sido abusador emocionalmente de forma continuada, y ocasionalmente abusador físicamente, fueron otras mujeres (mi madre, amigas cercanas, conocidas) las que me recomendaron no terminar con la relación, haciéndome saber que el hombre con el que estaba era mejor que la mayoría de los hombres, que tenía suerte. Dejarlo fue un gesto de amor propio y autosuficiencia del que no me he arrepentido. Sin embargo, descubrí que las observaciones de las mujeres que me advirtieron sobre cómo eran la mayoría de los hombres eran bastante acertadas.

El hombre con el que había vivido en pareja durante casi quince años exhibía una mezcla de masculinidad patriarcal y masculinidad alternativa. Nos conocimos durante el apogeo del movimiento

feminista y él estaba dispuesto a trabajar para promover la igualdad de género. Como les ocurre a muchos hombres hoy día, fue mucho más fácil para él aceptar el mismo salario por el mismo trabajo, el trabajo doméstico compartido y los derechos reproductivos que aceptar la necesidad de un desarrollo emocional compartido. Es más difícil para los hombres hacer el trabajo del desarrollo emocional, porque este trabajo requiere que los individuos sean emocionalmente conscientes, que sientan. El patriarcado recompensa a los hombres por no estar en contacto con sus sentimientos. Ya estén involucrados en actos de violencia contra mujeres y niños o contra hombres más débiles, o en la violencia de la guerra aprobada socialmente, los hombres están en mejores condiciones de cumplir con las demandas del patriarcado si no sienten. Los hombres con sentimientos a menudo se encuentran aislados de los otros hombres. Este miedo al aislamiento a menudo actúa como un mecanismo que impide que los hombres se vuelvan más conscientes emocionalmente.

Cuando un gran número de jóvenes de esta nación se rebelaron contra el patriarcado para oponerse a la guerra de Vietnam, muchos de ellos estaban preocupados por la justicia, muchos de ellos no querían matar, pero muchos simplemente no querían morir. Oponerse a la guerra y al imperialismo que promueve la guerra, colocó a estos jóvenes en una oposición al patriarcado capitalista imperialista supremacista blanco. Sufrieron al elegir tomar una posición. Fueron ridiculizados por otros hombres, la mayoría de las veces fueron representados como traidores. En los últimos diez años, los medios de comunicación han producido una serie de películas dirigidas a los chicos que glorifican la guerra (Salvar al soldado Ryan, Independence Day, Men in Black, Blackhawk derribado, Pearl Harbor, por nombrar solo algunas) que una vez más hacen que parezca heroico morir solo, lejos de casa, luchando por una causa que puedes o no comprender. Estas películas son parte de una reacción antifeminista patriarcal. Glorifican la masculinidad patriarcal que es criticada por mujeres y hombres lúcidos. Sirven como propaganda, reclutando el corazón y la imaginación de los chicos. Como el gangsta rap, celebran la violencia masculina en todos los frentes, incluida la dominación de las mujeres.

Los medios de comunicación conservadores ofrecen lecciones diarias de pedagogía patriarcal, les dicen a los chicos lo que deben hacer para ser hombres. En esos hogares donde los padres y madres conscientes trabajan diariamente para criticar la violencia, la televisión reafirma su importancia, haciendo que cortejar a la muerte sea atractivo y sexy. Los niños varones pobres, de clase trabajadora y los hombres adultos a menudo encarnan las peores cepas de la masculinidad patriarcal, actuando violentamente porque es la forma más fácil y barata de declarar su propia «hombría». Si no puede demostrar que es «un hombre de verdad» convirtiéndose en presidente, o haciéndose rico, o llegando a ser un líder público o un jefe, entonces la violencia es su billete para el concurso patriarcal de la hombría, y su capacidad para ejercer la violencia nivela el campo de juego. En ese campo, el campo de la violencia, cualquier hombre puede ganar.

Los hombres que ganan en términos patriarcales terminan perdiendo en términos de su calidad de vida real. Eligen la hombría patriarcal sobre la conexión amorosa, primero renunciando al amor propio y luego al amor que podrían dar y recibir y que los conectaría con los demás. Las investigadoras feministas han mostrado desde hace mucho tiempo la existencia de una violencia doméstica generalizada en nuestra sociedad. Sin embargo, desde entonces, la violencia contra la mujer no ha disminuido y, en algunos casos, se ha intensificado. Los expertos antifeministas intentan culpar de la intensificación de la violencia masculina a la mayor igualdad de las mujeres. Sin embargo, la mayoría de los estudios sobre la vida familiar indican que en ese ámbito las relaciones de género no sufrieron ninguna revolución importante. La socióloga Arlie Hochschild ha proporcionado datos importantes que muestran que la dinámica doméstica de género entre hombres y mujeres sigue siendo bastante sexista; las mujeres trabajan fuera del hogar, pero continúan haciendo la mayor parte del trabajo en el hogar. Por supuesto, los hombres que ya eran misóginos encubiertos antes del movimiento feminista se sentían con más derecho a desatar su ira abiertamente a medida que el movimiento ganaba impulso, pero la ira ya estaba presente.

La violencia masculina en general se ha intensificado no porque los logros feministas ofrezcan a las mujeres una mayor libertad, sino

porque los hombres que respaldan el patriarcado descubrieron en el camino que la promesa patriarcal de poder y dominio no es fácil de cumplir, y en los raros casos en que se cumple, los hombres se encuentran emocionalmente vacíos. La hombría patriarcal que se supone que debía satisfacerlos no lo hace. Y cuando surge esta conciencia, la mayoría de los hombres patriarcales están aislados y alienados, no pueden volver atrás y reclamar una felicidad o alegría anteriores, ni pueden seguir adelante. Para seguir adelante tendrían que repudiar el pensamiento patriarcal en el que se ha basado su identidad. La ira es el camino fácil de regreso al reino de los sentimientos. Puede servir como la tapadera perfecta, enmascarando sentimientos de miedo y fracaso.

Mi padre y mi madre llevan casados más de cincuenta años. Papá nunca ha renunciado a su estatus patriarcal y ella nunca lo ha cuestionado. Sin embargo, al aferrarse al pensamiento patriarcal, perdieron la oportunidad de ser felices juntos. La amenaza de violencia, de abuso emocional, siempre está ahí, interponiéndose en el camino de la intimidad, impidiéndoles perdonarse y empezar de nuevo. Lamentablemente, están atrapados en la trampa del patriarcado. Y este sigue siendo el caldo de cultivo de la violencia cotidiana, el terrorismo sutil e íntimo que intensifica el resentimiento y cierra la posibilidad de conocer la alegría.

No es fácil para los hombres, jóvenes o viejos, rechazar los códigos de la masculinidad patriarcal. Los hombres que eligen estar contra la violencia están eligiendo simultáneamente estar contra el patriarcado, ya puedan expresar esa opción o no. En su perspicaz ensayo La política de género de los hombres, R. W. Connell llama la atención sobre el hecho de que los hombres que se oponen al patriarcado siguen estando en desacuerdo con el mundo en el que viven:

A los hombres que intentan desarrollar una política en apoyo del feminismo, ya sean homosexuales o heterosexuales, no les espera un camino fácil. Es probable que se enfrenten a la burla de muchos otros hombres, y de algunas mujeres. Es casi un cliché periodístico que las mujeres desprecian a los tíos sensibles de la New Age. No necesariamente obtendrán un apoyo cálido de las mujeres

feministas.

En definitiva, los hombres que eligen estar contra la violencia, contra la muerte, lo hacen porque quieren vivir plenamente, vivir bien, porque quieren conocer el amor. Estos hombres son verdaderos héroes, hombres cuyas vidas debemos conocer, honrar y recordar.

5.

La naturaleza sexual de los hombres

La mayoría de los hombres y de las mujeres no tiene un sexo satisfactorio y completo. Todos hemos escuchado la idea de que los hombres inician las relaciones buscando sexo y no amor, y que las mujeres inician las relaciones buscando amor y no sexo. En realidad, los hombres acuden al sexo con la esperanza de que les proporcione toda la satisfacción emocional que vendría del amor. La mayoría de los hombres piensa que el sexo les proporcionará la sensación de estar vivos, conectados, que el sexo les ofrecerá cercanía, intimidad y placer. Y la mayoría de las veces, el sexo simplemente no da esos frutos. Este hecho no lleva a los hombres a dejar de obsesionarse con el sexo, intensifica su lujuria y su deseo.

Si a las mujeres se les ha enseñado a través de la socialización sexista que un viaje a través del difícil terreno del sexo nos conducirá al deseo de nuestro corazón, a los hombres se les ha enseñado que el deseo de su corazón debe ser sexo y más sexo. A raíz de la liberación sexual, la liberación de la mujer pareció prometer a los hombres heterosexuales y bisexuales que las mujeres comenzarían a pensar de la misma manera que los hombres sobre la sexualidad, que la sexualidad femenina se volvería tan depredadora, tan obsesiva como el deseo sexual masculino. Muchos hombres pensaron que esta era la promesa del paraíso. Finalmente iban a poder buscar el placer sexual sin tener que preocuparse por el compromiso. La lógica sexista los había convencido y aún los convence de que pueden tener conexión e intimidad sin compromiso, que la expresión «hago lo que me sale de la polla» significaba que sus necesidades podrían y serían satisfechas a voluntad, en cualquier momento y en cualquier lugar.

En nuestra cultura, estas actitudes hacia la sexualidad han sido adoptadas por la mayoría de los hombres y por muchas mujeres

posfeministas después de la liberación sexual. Están en la raíz de nuestra obsesión cultural por el sexo. Cuando comencé a escribir libros sobre el amor, a hablar con personas solas y luego con grandes audiencias sobre el tema, me di cuenta de que era prácticamente imposible tener una discusión seria sobre el amor, que las discusiones sobre el amor, especialmente las conversaciones públicas, son tabú en nuestra sociedad. Sin embargo, todo el mundo habla de sexo. Vemos todo tipo de escenas sexuales en nuestras pantallas de televisión y cine. Hablar de sexo es aceptable. Los programas de entrevistas animan al público todos los días a mantener conversaciones explícitas sobre sexualidad. Las conversaciones sobre el sexo son básicamente más fáciles de entablar porque en la cultura patriarcal el sexo se nos ha presentado como un deseo «natural». La mayoría de la gente cree que estamos programados biológicamente para desear el sexo, pero no creen que estemos programados para desear el amor. Casi todo el mundo cree que podemos tener relaciones sexuales sin amor; la mayoría de la gente no cree que una pareja pueda tener amor en una relación si no hay sexo.

El movimiento feminista fue capaz de cuestionar y cambiar las nociones de desigualdad femenina en muchos frentes, particularmente en áreas como la laboral, la educativa y la religiosa. No obstante, el sexismo sigue determinando la concepción que la mayoría de las personas tiene sobre las relaciones sexuales. Aunque haya muchos hombres en nuestro país que son célibes o que solo tienen experiencias sexuales ocasionales, la gente todavía cree que el sexo es algo que los hombres deben tener. Detrás de esta suposición está la creencia de que, si los hombres no son sexualmente activos, se portarán mal o se volverán locos. Por eso la violencia sexual de un hombre hacia otro está aceptada en las cárceles de nuestro país. Por eso la violación, ya sea en una cita, una violación conyugal o una violación por un desconocido, todavía no se considera un delito grave. Esta es la razón por la que se permite la violación de las criaturas, especialmente cuando la llevan a cabo hombres amables y agradables. Si no fuera así, las celebridades acusadas de abusar sexualmente de criaturas dejarían de ser íconos culturales. La suposición de que «debe tenerlo» subyace en gran parte de la aceptación de nuestra cultura de la violencia sexual masculina. Por eso mucha gente sigue creyendo

que una mujer que ha sido violada puede que lo estuviera «pidiendo» por su vestimenta o su comportamiento «seductor», a pesar de que hay muchos programas de televisión han mostrado la realidad de la violencia sexual.

Las criaturas hoy aprenden más sobre el sexo de los medios de comunicación que de cualquier otra fuente. Ya sea viendo las telenovelas, un canal de porno o películas con contenido sexual, las niñas y niños de nuestro país son más conscientes del cuerpo y la sexualidad que nunca. Sin embargo, mucho de lo que están aprendiendo sobre sexualidad se amolda a los obsoletos modelos patriarcales sobre la naturaleza sexual del hombre y la mujer, sobre lo masculino y lo femenino. Aprenden que en el mundo de las relaciones sexuales siempre hay una parte dominante y una sumisa. Aprenden que los hombres deberían dominar a las mujeres, que los hombres más fuertes deberían dominar a los más débiles. Aprenden que ya sea homosexual o heterosexual, un hombre privado de sexo terminará actuando sexualmente con quien sea. Si se le priva el tiempo suficiente, aunque sea heterosexual, tendrá sexo con otro hombre; si es gay, la privación lo llevará a actos sexuales desesperados con una mujer. Una y otra vez niñas y niños escuchan el mensaje de los medios de comunicación de que cuando se trata de sexo, «el hombre debe tenerlo». Las personas adultas pueden discernir, por su propia experiencia, pero las niñas y niños se convierten en verdaderos creyentes. Creen que los hombres se volverán locos si no pueden practicar actos sexuales. Esta es la lógica que produce lo que las pensadoras feministas llaman «cultura de la violación».

Los hombres, sean gais o no, aprenden desde niños que una de las recompensas principales que se les ofrece por ser obedientes al pensamiento y las prácticas patriarcales es el derecho a dominar sexualmente a la mujer. Y si no hay mujeres alrededor, tienen el derecho a colocar a un hombre más débil en el lugar de la «mujer». En la antología Victims No Longer: Men Recovering from Incest and Other Sexual Child Abuse, hombres que han sido víctimas de otros chicos más fuertes, de hermanos y de otros hombres explican que la lógica del pensamiento patriarcal sobre el derecho del fuerte a hacer lo que desee con aquellos considerados débiles se les presenta a través de sus abusadores. Ed escribe sobre su hermano mayor

cuando abusaba de él: «Aprendí sobre el sexo cuando tenía nueve años. Hacía mamadas a los diez. Mientras otros chicos estaban fuera jugando con pistolas de juguete, yo aprendía a "complacer" a un hombre. Me enseñaron a ser una "mujer". A mi hermano le gustaba representar fantasías en las que él era el "hombre" y yo era la "mujer"». Este hermano mayor se casó y llevó consigo a su matrimonio la noción de que era su derecho tener sexo con quien deseara, quisiera o no la otra persona. Su necesidad de dominar era la característica distintiva de todas sus relaciones sexuales.

En una cultura de dominación las luchas por el poder se personificas diariamente en las relaciones humanas, asumiendo con frecuencia sus peores formas en las situaciones de intimidad. El hombre patriarcal que nunca responde a las exigencias de su jefe con ira manifiesta y abuso, responderá furioso cuando personas cercanas a él quieran que cambie su comportamiento. Los hombres que no mienten diariamente y engañan en sus trabajos, lo hacen en sus relaciones íntimas. Estas mentiras usualmente están conectadas con un comportamiento sexual inapropiado o un malestar en su vida sexual. En su potente ensayo Quién era él, Erick Gutierrez cuenta cómo mentía para encubrir la realidad de que su padre era gay:

Casi al mismo tiempo que empecé a mentir sobre mi padre comencé a mentir sobre mí mismo. No mentía indiscriminadamente… En lugar de inventar detalles que hicieran a mi padre gay más parecido a los papás trabajadores que podaban el abundante césped de nuestra calle, yo enaltecía sus reacciones violentas, sus debilidades, sus enfados, con mucha perversidad… Solía entretener a mis compañeros con historias de cómo mi padre nos ataba o lanzaba copas de cristal a mi madre aterrorizada… Era un mentiroso acomplejado, que construía falsas identidades para mi papá y para mí exagerando la verdad de su propia conducta.

Mentir sobre la sexualidad es una parte aceptada en la masculinidad patriarcal. El sexo es un tema sobre el que muchos hombres se explayan porque es el único ámbito social donde la promesa

patriarcal de dominación puede ser satisfecha. Sin esas ventajas, muchos hombres se habrían rebelado contra el patriarcado desde hace mucho.

Los niños pequeños aprenden pronto que la sexualidad es la batalla final en la que su masculinidad será puesta a prueba. Aprenden desde pequeños que el deseo sexual no debe ser expresado libremente y que las mujeres tratarán de controlar la sexualidad masculina. Para los niños este problema de control comienza con el comportamiento de su madre hacia su pene, por lo general a ella le disgusta y no sabe qué hacer con él. La incomodidad de su madre con el pene le transmite que hay algo inherentemente malo en él. Ella no le dice que su pene es maravilloso, especial, estupendo. El mismo miedo al pene de los niños es expresado habitualmente por los padres, que simplemente no se preocupan por educar a los chicos sobre sus cuerpos. Tristemente, opiniones ignorantes sobre el abuso infantil llevan a muchos padres y madres a tener miedo de valorar el cuerpo de sus hijas e hijos, especialmente de los niños, que podrían responder a los juegos de proximidad física con una erección. En la cultura patriarcal a todos se nos enseña a ver el pene, incluso el de un niño pequeño, como un arma potencial. Esta es la psicología de la cultura del abuso sexual. Los niños aprenden que deberían identificarse con su pene y sus potenciales erecciones de placer, aprendiendo al mismo tiempo a temerlo como si fuera un arma que puede dispararse en su contra, dejándolos impotentes, destruyéndolos. Por ello el mensaje subyacente que los niños reciben sobre los actos sexuales es que serán destruidos si no tienen el control, ejerciendo el poder.

La socialización sexual adolescente es el momento vulnerable en la vida de un chico donde se le pedirá que se identifique a sí mismo y a su sexualidad con la masculinidad patriarcal, es el lugar de encuentro de la teoría y la práctica. Durante estos años formativos, cuando el deseo sexual de un chico es frecuentemente intenso, aprende que la cultura patriarcal espera que cultive de forma oculta esa excitación y su deseo de satisfacerla participando abiertamente en actos de represión sexual. Esta separación es parte de la iniciación a la masculinidad patriarcal, es un rito de entrada. El chico aprende también que las mujeres son el enemigo cuando se trata de satisfacer el deseo sexual. Son el grupo que impone al chico

la necesidad de reprimir sus deseos sexuales, y así, para probar su hombría, debe atreverse a dejar atrás la represión y llevar a cabo actos sexuales.

La represión sexual alimenta el deseo sexual de los chicos y los hombres. Para comprender el impacto negativo de esta socialización, en el ensayo «Combustible para la fantasía: la construcción ideológica del deseo sexual masculino», Michael S. Kimmel demuestra que la represión sexual crea un mundo en el que los hombres deben implicarse constantemente en fantasías sexuales, erotizando lo no-sexual. Para analizar la conexión entre la represión sexual y el sexismo, explica lo siguiente:

El placer sexual rara vez es el objetivo en un encuentro sexual, algo mucho más importante que el simple placer está en juego, el sentido de nosotros mismos como hombres. El sentido de escasez sexual y una necesidad de sexo casi compulsiva para probar la masculinidad se alimentan mutuamente, creando un ciclo autoperpetuo de privación sexual y desesperación. Y esto hace que los hombres estén furiosos con las mujeres por hacer lo que se les enseñó que deben hacer en nuestra sociedad: decir no.

La desesperación y la rabia son sentimientos que los hombres aportan al acto sexual, ya sea con mujeres o con otros hombres.

Animados a relacionarse con el sexo de manera adictiva por el pensamiento patriarcal que dice «el hombre debe tenerlo», los hombres tienen entonces que ajustarse a un mundo donde rara vez pueden tenerlo, o nunca lo tienen tanto como quisieran, o donde pueden tenerlo solamente forzando y manipulando a alguien que no lo quiere, usualmente a una mujer. En Heart of the Soul Gary Zukav, Linda Francis describen características de individuos adictos obsesionados con el sexo: «No pueden dejar de pensar en el sexo. Van de un encuentro a otro. Cada experiencia sexual ofrece solo un alivio temporal para su ansiedad, que pronto regresa. No existe una cantidad de actividad sexual capaz de satisfacerla». Explican que «el apetito sexual no es por el sexo en sí, sino por algo más profundo».

El hecho de que la ansiedad siempre regrese es una pista de que la sexualidad adictiva no consiste simplemente en sexo. Para el hombre patriarcal, sea gay o no, la sexualidad trata fundamentalmente sobre la necesidad de afirmarse y reafirmarse a sí mismo constantemente. Si solamente a través del sexo puede experimentar la autoconsciencia, entonces el sexo debe estar en primer plano. Zukav y Francis lo explican: «Cuanto más intenso sea el dolor del miedo, la infravaloración, y la sensación de no poder ser amado, más obsesiva se hace la necesidad de tener una interacción sexual».

Por ello, el sexo se convierte para muchos hombres en una forma de autoconsolación. No se trata de conectar con alguien sino de liberar su propio dolor. El adicto frecuentemente es un individuo con un gran dolor. Los hombres patriarcales no tienen una vía de salida para expresar su dolor, así que simplemente buscan un alivio. Zukav y Francis señalan que el adicto sexual teme ser incompetente y teme el rechazo: «Cuanto más fuertes son estas emociones, cuando no hay voluntad de sentirlas, más fuerte es la obsesión por el sexo». La obsesión sexual masculina tiende a ser vista como normal. De ese modo la cultura en su conjunto coincide en exigir a los hombres que menosprecien y rechacen sus sentimientos, desviándolos todos hacia el sexo. Steve Bearman señala este punto en el ensayo Por qué los hombres están tan obsesionados con el sexo, explicando que «aunque no nos impliquemos de forma compulsiva en sexo casual anónimo, pornografía, masturbación, o intentos fetichistas para recuperar lo que hemos olvidado, el sexo toma sin embargo un perfil adictivo». Ya sean heteros o gais, la sexualidad de los hombres asume este carácter adictivo.

Ya que no es posible ni biológica ni prácticamente para los hombres, dadas las pocas horas al día disponibles para actividades de ocio, tener constantes interacciones sexuales, la pornografía patriarcal, que está disponible de mil formas, se convierte en un espacio de sublimación, el lugar donde el adicto sexual puede obtener un chute rápido. Los hombres patriarcales pueden ver pornografía donde sea durante todo el día. Pueden ver películas o vídeos, ojear revistas, observar a mujeres reales con una mirada pornográfica, desvestirlas, follarlas, dominarlas. Kimmel sostiene que el consumo de pornografía por parte de los hombres se

alimenta del deseo sexual que se les enseña a sentir todo el tiempo y de la rabia porque este deseo no pueda ser satisfecho:

La pornografía puede sexualizar esa ira, y puede hacer que el sexo se parezca a la venganza… En cualquier parte, los hombres tienen poder, controlando virtualmente las instituciones de la sociedad económicas, políticas y sociales. Aun así, los hombres individualmente no se sienten poderosos, ni de lejos. La mayoría de los hombres se sienten impotentes y con frecuencia están molestos con la mujer, a quien perciben como poseedora de un poder sexual sobre ellos: el poder de excitarlos y de darles o privarles del sexo. Esto alimenta tanto las fantasías sexuales como el deseo de venganza.

Muchos hombres están enfadados con las mujeres, pero, de forma más profunda, las mujeres son víctimas de una ira masculina desplazada a partir del fracaso del patriarcado en cumplir con su promesa de satisfacción, especialmente la interminable satisfacción sexual.

Los hombres deben de sentir pánico a enfrentarse a la realidad de sus vidas y decir la verdad, que poseer el derecho a practicar rituales de dominación y subordinación no se parece en nada a lo que el patriarcado prometía. Si, como dice Terrance Real, el patriarcado fuera una enfermedad, sería una enfermedad de «trastorno del deseo» y para curar esta enfermedad, entonces, todos deberíamos reconsiderar la forma en que vemos a los hombres y el deseo masculino. En vez de ver la violencia que ejercen los hombres como una expresión de poder, deberíamos llamarla por su verdadero nombre: una patología. La violencia patriarcal es una enfermedad mental. El hecho de que esta enfermedad manifieste sus expresiones más desordenadas en la vida sexual de los hombres es importante porque eso dificulta que se documente, ya que no constatamos lo que hacen en su vida sexual de la misma forma que constatamos lo que hacen en su vida laboral o civil. Tomar la sexualidad positiva inherente de los hombres y convertirla en violencia es el crimen patriarcal que se perpetúa contra el cuerpo

masculino, un crimen que muchos hombres deberían tener la fuerza de denunciar. Ellos saben lo que está sucediendo. Simplemente no se les ha enseñado a hablar de la verdad de sus cuerpos, de la verdad sobre su sexualidad.

El potente y valiente ensayo de Robert Jensen Sexo patriarcal dice las cosas claras. Para definir el sexo patriarcal, escribe: «El sexo es follar. En el patriarcado, existe un imperativo de follar–en la violación y en el sexo "normal", con desconocidas, novias, esposas, esposas de otros y niñas y niños. Lo que importa en el sexo patriarcal es que el hombre necesita follar. Cuando esa necesidad se presenta por sí sola, hay sexo». Jensen lo explica sin rodeos:

Fijémonos en el significado del taco principal que usan los hombres para las relaciones sexuales–«follar»–, es significativo. Follar a una mujer es tener sexo con ella. Follar a alguien en otro contexto… significa hacer daño o engañar a una persona. Y cuando se suelta como un simple insulto («que te follen»), la intención es denigrarla, y la frase suele ser el preludio de la violencia, o una amenaza de violencia. El sexo en el patriarcado es follar. Vivir en un mundo en el que las personas siguen utilizando la misma palabra para el sexo y para la violencia, y luego cuestionar la noción de que el sexo sea habitualmente violento y sentirse indignado cuando el sexo se vuelve abiertamente violento, es la prueba del poder del patriarcado.

Debería añadir que una prueba final del poder del patriarcado es que pueda convencer a hombres y mujeres para que finjan que la violencia sexual les satisface.

Muchas canciones de la música popular desde el rock hasta el rap comparten este mensaje. Ya sea la letra de Iggy Pop, «Tengo mi polla en mi bolsillo y está empujando en mis pantalones. Solo quiero follar, esto no es ningún romance» o la letra del grupo de rap Mystikals, «Cuando termine, y haya acabado con eso, voy a follar a tope y a meterla en el coño de alguna puta». Por supuesto que la realidad vital de los hombres es que la sexualidad patriarcal no los

ha satisfecho. Ha alimentado la necesidad compulsiva de ser más sexual, de ser más violento con la esperanza de que haya una forma de obtener mayor satisfacción. La pornografía patriarcal, que ya no es marginal, sino que es omnipresente en los medios de comunicación populares, se ha difundido tanto porque los hombres lavados de cerebro por el pensamiento patriarcal no pueden encontrar el valor para decir la verdad. No tienen el valor de decir «no encuentro ninguna satisfacción»[3]. La pornografía patriarcal se ha convertido en una parte del día a día de la que no se puede escapar porque la necesidad de crear una cultura falsa donde el deseo sexual masculino es satisfecho continuamente impide a los hombres mostrar la mentira patriarcal y buscar identidades sexuales saludables.

Las subculturas gais han expresado históricamente con mayor sinceridad y audacia el deseo sexual masculino compulsivo. Y contrariamente a la imagen que tiene la sociedad, en lugar de ser antipatriarcal, el sexo depredador homosexual es la máxima expresión del ideal patriarcal. Jensen observa que «ser gay o hetero no importa mucho. La cuestión de la resistencia al sexo patriarcal es tan importante aquí ya que los hombres gais follan de la misma manera que los hombres heteros. Todos y todas recibimos prácticamente la misma formación… Se asume que lo que los hombres gais hacen es follar, hay quienes plantean incluso que si no follas, no eres gay». La mayoría de las veces, los hombres gais, a menos que hayan decidido conscientemente lo contrario, son tan patriarcales en su concepción de la masculinidad y la sexualidad como los hombres heterosexuales. Su asimilación del patriarcado es un deseo enormemente confuso, ya que están enamorados de la misma ideología que alberga y promueve la homofobia. Ahora que los hombres heteropatriarcales se han visto forzados por los medios de comunicación a asumir el hecho de que los hombres homosexuales no son «chicas con polla», sino que pueden representar la masculinidad patriarcal, la dominación sexual de los hombres heteros hacia las mujeres biológicas se ha intensificado, lo cual realmente es el único factor que distingue a los heteros de los gais. Lógicamente, la homofobia ha aumentado entre los hombres heterosexuales ya que su abierta manifestación es útil como medio para identificar, entre hombres aparentemente igual de machos, quién es gay y quién es hetero.

La pornografía patriarcal es un espacio de masculinidad compartido entre hombres heteros y gais. Las imágenes que los gais buscan son de hombres, pero hombres colocados de la misma manera que los cuerpos de los hombres y mujeres en la pornografía heterosexual. Ya sea al servicio de hombres gais o heteros, la pornografía patriarcal es fundamentalmente una representación de la cultura de la dominación en el ámbito de lo sexual.

La «necesidad» que tienen los hombres de una pornografía patriarcal que erotiza la dominación no es una muestra del poder masculino. Aunque el odio a las mujeres puede llevar a actos de dominación que hieren, lastiman y destruyen, no hay aquí ningún poder constructivo. Es una tragedia que, si muchos hombres creen que su identidad y su sexualidad patriarcal son la misma cosa, jamás encontrarán el valor para generar una sexualidad liberadora y satisfactoria. Es esta realidad la que lleva a los hombres concienciados, en la sociedad patriarcal, a temer el sexo con la misma intensidad con la que las mujeres frecuentemente lo temen. Como reconoce Jensen:

Tengo miedo del sexo tal y como lo define la cultura dominante, tal y como se practica a mi alrededor, y tal y como se representa en las portadas de revistas, en los anuncios y en las pantallas de cine. Tengo miedo del sexo porque tengo miedo a la dominación, a la crueldad, a la violencia y a la muerte. Tengo miedo del sexo porque el sexo me ha hecho daño y ha herido a muchas personas que conozco, y porque yo he herido a otras personas en el pasado a través del sexo. Sé que hay personas que han sido heridas por el sexo de formas que se encuentran más allá de las palabras, que han experimentado un profundo dolor que yo jamás entenderé del todo. Y sé que hay personas que han muerto a causa del sexo. Sí, tengo miedo del sexo. ¿Cómo podría no tenerlo?

Pese al valiente testimonio de Jensen y de otras personas, pese a la crítica radical del sexo patriarcal, la mayoría de los hombres no rompen con esa negación ni cuentan la verdad sobre el sexo. Se tragan el dolor, el desconsuelo, la confusión: están siguiendo las

reglas patriarcales.

En vez de cambiar, los hombres y mujeres patriarcales se han aprovechado de la lógica de la igualdad de género en el ámbito sexual para animar a las mujeres a ser partidarias del sexo patriarcal y fingir, como sus compañeros hombres, que eso es libertad sexual. Vídeos musicales y programas de televisión como Sex and the City (escritos y producidos por hombres y mujeres patriarcales) enseñan a las mujeres, especialmente a las jóvenes, que la compañía femenina deseable es aquella dispuesta a jugar un rol dominante o subordinado, aquella que puede ser tan despreocupada respecto al sexo como cualquier hombre patriarcal. Socializar a la mujer para que asuma las normas sexuales masculinas es una de las formas en las que el patriarcado intenta controlar la ira masculina. Dado que esta ira encubre el dolor que podría ser el catalizador para un despertar crítico, tiene que ser mitigada. No es solo la reacción antifeminista lo que ha llevado a la normalización de la violencia sexual pornográfica en nuestros medios de comunicación y en la práctica sexual común; el deseo de evitar que los hombres sientan y le pongan nombre a su dolor activa la necesidad de un lavado de cerebro constante.

El desencanto masculino, frecuentemente expresado como ira, es una amenaza mucho mayor al orden sexual patriarcal que el movimiento feminista. Mientras muchos hombres siguen usando el sexo y la pornografía patriarcales para adormecerse a sí mismos, muchos hombres están cansados del adormecimiento y están tratando de encontrar una manera de recobrar su identidad. Este proceso de recuperación incluye encontrar una nueva sexualidad. La incidencia en el cuerpo del hombre de enfermedades modernas, la disminución del deseo sexual y la impotencia absoluta, han hecho que los hombres como individuos no solo cuestionen el sexo patriarcal sino que busquen nuevas formas de sexualidad que puedan satisfacerlos.

Si los hombres no conscientes están sufriendo su versión del «problema que no tiene nombre» en lo que respecta a la sexualidad, pueden aliviar su dolor rompiendo el cristal de la negación y rechazando el guion patriarcal de la dominación y la sumisión. Con mucha agudeza, Bearman, en el ensayo Por qué los hombres están

tan obsesionados con el sexo, les recuerda a los hombres que tienen una opción:

Directa e indirectamente, se nos ofrece la sexualidad como el vehículo a través del cual aún es posible expresarse y experimentar aspectos esenciales de nuestra humanidad que hemos perdido lenta y sistemáticamente. El sexo era, y es, presentado como el camino hacia la intimidad verdadera, la cercanía completa, como el lugar donde está bien amar abiertamente, ser tierno y vulnerable y aun así mantenerse seguro, no sentirse tan profundamente solo. El sexo es ese lugar donde la sensualidad parece permisible, donde podemos ser amables con nuestros propios cuerpos y permitirnos liberar una pasión desbordante. Esta es la razón por la cual los hombres están obsesionados con el sexo… Pero no hay modo alguno en el que el sexo pueda satisfacer por completo estas necesidades. Tales necesidades solo pueden ser satisfechas curándonos de los efectos que tienen el condicionamiento y la presión masculinas en cada aspecto de nuestras vidas con una mayor conexión y vitalidad.

La sexualidad compulsiva, como cualquier adicción, es difícil de cambiar para los hombres pues ocupa el lugar del proceso de sanación que se requiere para que los hombres quieran a sus cuerpos y dejen que ese amor los lleve a una mayor comunicación con otros cuerpos humanos, con los cuerpos de las mujeres y las criaturas.

Bearman recuerda a los hombres que «por mucho sexo que tengas, no será suficiente para llenar tu enorme necesidad de amor y de cercanía, de expresar tu pasión y placer con todos tus sentidos y sentir las fuerzas vitales atravesar tus músculos y tu piel». Si muchos hombres pudieran recobrar esta pasión fundamental por sus propios cuerpos, ese cambio hacia una sexualidad no patriarcal nos podría llevar a una verdadera revolución sexual. Para recuperar el poder y la pasión de una sexualidad masculina libre del acoso patriarcal, debe permitirse a los hombres de todas las edades hablar abiertamente sobre su deseo sexual. Deben tener la capacidad de ser

seres sexuales en un espacio donde el pensamiento patriarcal no pueda ya hacer que la violación sea la única forma de obtener placer sexual. Esta es una labor ardua. Y hasta que los hombres no aprendan cómo llevarla a cabo, no estarán satisfechos.

3 Se refiere a la famosa canción de los Rolling Stones, I can't get no satisfaction [N. del T.].

6.

El trabajo: ¿qué tiene que ver el amor con eso?

[4]

Antes del movimiento feminista, era más probable que a los chicos se les enseñara, en el hogar y en la escuela, que encontrarían una satisfacción en el trabajo. Hoy los chicos escuchan un mensaje ligeramente diferente. Se les dice que el dinero da satisfacción y que el trabajo es una forma de adquirir dinero, pero no la única. Ganar la lotería, encontrar una pareja adinerada o cometer un delito por el que no te atrapen son caminos hacia la realización que son tan aceptables como trabajar. Estas actitudes sobre la naturaleza del trabajo en la sociedad patriarcal han cambiado a medida que el capitalismo ha cambiado la naturaleza del trabajo. Pocos hombres, ahora o en el futuro, pueden esperar una vida con un trabajo estable. Hoy en día, los trabajadores de todas las clases sociales experimentan períodos de desempleo. Para mantener la fe, la cultura patriarcal ha tenido que ofrecer a los hombres otros criterios diferentes al del trabajo para juzgar su valor.

Como fundamento principal de la autoestima patriarcal, el trabajo no ha funcionado para muchos hombres durante algún tiempo. En lugar de desechar todo el anticuado guion patriarcal para poder cambiar la naturaleza del trabajo en nuestra cultura, a los hombres se les ofrecen adicciones que hacen que el trabajo insatisfactorio sea más llevadero. La obsesión patriarcal con el sexo y la pornografía que produce, se promueven para calmar subliminalmente a los hombres mientras realizan trabajos que son tediosos, aburridos y, a menudo, deshumanizantes, trabajos en los que su salud y su bienestar están en riesgo. La mayoría de los trabajadores de EE. UU., como sus compañeras mujeres, trabajan en circunstancias de explotación; el trabajo que hacen y la forma en que son tratados por los superiores a menudo minan la autoestima.

Uno de los sentimientos patriarcales antifeministas que ha ganado terreno en los últimos años es la idea de que la mayoría de los hombres solían contentarse con esclavizarse en un trabajo sin sentido para cumplir con su papel de proveedores y que es la insistencia feminista en la igualdad de género en el mercado laboral la que ha creado el descontento de los hombres. Detrás de este supuesto está la idea de que las mujeres que entran en el mercado laboral, que ya no buscan a sus hombres como únicos proveedores de la familia, han socavado el bienestar de los hombres en la cultura patriarcal. Sin embargo, muchos estudios sociológicos sobre los hombres en el trabajo realizados antes del movimiento feminista indican que los hombres ya expresaban sentimientos de fuerte descontento y depresión acerca de la naturaleza y el significado del trabajo en sus vidas. Este descontento no recibe la atención que reciben los trabajadores cuando culpan de su descontento con el mundo laboral al movimiento feminista.

En su enorme ensayo periodístico Stiffed: The Betrayal of the American Man, Susan Faludi documenta la realidad de que algunos hombres, especialmente hombres mayores, sintieron que los cambios en la valoración y la naturaleza del trabajo, así como la competencia con las mujeres por los puestos de trabajo, les robaron el orgullo de ser los que aportaban el sustento, creando lo que ella llama una «crisis de la masculinidad».

La capa externa de la crisis de masculinidad, la pérdida de autoridad económica de los hombres, fue más evidente durante los vientos recesivos de principios de los noventa, cuando la crisis del desempleo masculino se hizo cada vez más fuerte. El papel de sostén de la familia estaba siendo claramente socavado por las fuerzas económicas que llevaron a muchos hombres a un mercado laboral traicionero durante las «consolidaciones» y reducciones de las empresas. Incluso muchos hombres que nunca fueron despedidos, a menudo sentían el temor de que pudieran ser los siguientes, que sus puntos de apoyo como proveedores de recursos a la familia eran terriblemente inestables.

Muchos hombres de nuestra cultura pueden creer que su capacidad para mantenerse a sí mismos y a sus familias es una medida de su hombría, pero a menudo no utilizan sus recursos para mantener a los demás.

Las teóricas feministas, incluida yo misma, desde hace algún tiempo hemos llamado la atención sobre el hecho de que el comportamiento de los hombres que ganan dinero, pero se niegan a pagar la pensión alimenticia o de manutención infantil, o colegas suyos que son responsables del hogar pero que desperdician su sueldo en placeres individuales, cuestiona la insistencia patriarcal de que los hombres están deseando aportar cuidados y recursos al hogar. La obra de Barbara Ehrenreich The Hearts of Men fue uno de los primeros libros que destacó la realidad de que muchos hombres no desean aportar los recursos, que la idea misma del «playboy» tenía sus raíces en el deseo de escapar de este papel y tener otro medio de demostrar su virilidad. Los hombres que son responsables del hogar y que dan una pequeña parte de su salario para las necesidades de su familia aún pueden tener la ilusión de que son quienes aportan los recursos. Hoy en día los ingresos de las mujeres pueden ser el dinero de apoyo que permite a muchos hombres patriarcales malgastar su sueldo en drogas, alcohol, juegos de azar o aventuras sexuales, incluso cuando afirman ser el que aporta los recursos al hogar.

El trabajador de hoy lucha por mantenerse económicamente. Y si se ocupa de sí mismo y de su familia, su lucha es tan difícil como su miedo al fracaso. Los hombres que ganan mucho dinero en esta sociedad y que no son ricos de forma independiente suelen trabajar muchas horas y pasan gran parte de su tiempo lejos de la compañía de sus seres queridos. Esta es una circunstancia que comparten con hombres que no ganan mucho dinero pero que también trabajan muchas horas. El trabajo se interpone en el camino del amor para la mayoría de los hombres porque las largas horas que trabajan a menudo agotan sus energías, queda poco o ningún tiempo para el trabajo emocional, para cultivar el amor. En nuestro país, rara vez se habla del confiicto entre encontrar tiempo para trabajar y encontrar tiempo para el amor y para los seres queridos. En la cultura patriarcal simplemente se asume que los hombres deben estar dispuestos a sacrificar conexiones emocionales significativas

para trabajar. En realidad, nadie ha intentado examinar lo que sienten los hombres acerca de la pérdida de tiempo con los hijos, la pareja, los seres queridos y la pérdida de tiempo para el desarrollo personal. Los trabajadores que Susan Faludi menciona en Stiffed no expresan preocupación por no tener suficiente tiempo para la autorrefiexión y la conexión emocional con ellos mismos y con los demás. Hay muy poca investigación que documente hasta qué punto la depresión sobre la naturaleza del trabajo lleva a los hombres a actuar violentamente en sus vidas domésticas. El patriarcado contemporáneo ha ofrecido a los trabajadores decepcionados una compensación: las ventajas de la hombría que una economía deprimida echa por tierra se pueden recuperar en el ámbito de lo sexual mediante la dominación de la mujer. Cuando ese mundo de la sexualidad no es satisfactorio, los hombres se enfurecen. En realidad, las mujeres están cansadas de la dominación masculina en la esfera sexual en particular, y en lugar de generar una mayor «felicidad doméstica», el hecho de que los hombres recurran al sexo por la satisfacción que no reciben en el trabajo intensifica la lucha. La entrada masiva de las mujeres en el mercado laboral no ha perjudicado económicamente a los trabajadores varones; todavía reciben la mayor parte de los trabajos y los salarios. Esto ha hecho que las mujeres que trabajan se sientan con más derecho a oponerse a la dominación que las mujeres que se quedan en casa dependiendo del salario de un hombre para sobrevivir.

Las mujeres de clase trabajadora y de ingresos medios con las que he hablado mencionan que trabajar fuera de casa después de años de quedarse en casa reforzó mucho su autoestima y les proporcionó una perspectiva diferente sobre las relaciones. Estas mujeres a menudo comienzan a exigir más a los cónyuges y amantes masculinos sobre su compromiso emocional. Ante estas demandas, los trabajadores a menudo desean que la mujercita se quede en casa para que él pueda ejercer el poder absoluto, sin importar la cuantía de la nómina. En muchos casos, cuando el sueldo de una mujer es mayor que el de su pareja masculina, él actúa para restaurar su sentido de dominio. Puede simplemente confiscar el salario de su mujer y usarlo como desee, dejándola así dependiente de él. Puede aumentar sus demandas de favores sexuales, y si eso no funciona, puede simplemente negarse a tener sexo, haciendo que una mujer

trabajadora que desea tener sexo sienta que su poder se debilita.

La mayoría de las mujeres que trabajan muchas horas vuelven a casa y trabajan un segundo turno ocupándose de las tareas del hogar. Ellas sienten, como sus compañeros, que no hay tiempo para hacer un trabajo emocional, compartir sentimientos y alimentar a los demás emocionalmente. Al igual que sus compañeros, es posible que simplemente quieran descansar. Las mujeres trabajadoras tienen muchas más probabilidades que otras mujeres de estar irritables, están menos abiertas a atender amablemente las necesidades de otra persona que las pocas mujeres que se quedan en casa todo el día, que pueden o no cuidar a las criaturas. Los hogares ciertamente sufren cuando el sexismo decreta que todo el cuidado emocional y el amor deben provenir de las mujeres, ante la realidad de que las mujeres trabajadoras, como sus homólogos masculinos, a menudo regresan a casa demasiado cansadas para aportar bienes emocionales. Los hombres y las mujeres sexistas creen que la forma de resolver este dilema no es alentar a los hombres a compartir el trabajo del cuidado emocional, sino regresar a roles de género más sexistas. Quieren que más mujeres, especialmente aquellas con criaturas, se queden en casa.

Por supuesto, no critican la economía que hace necesario que todos los adultos trabajen fuera del hogar; en cambio, pretenden que el feminismo mantenga a las mujeres en el mercado laboral. La mayoría de las mujeres trabajan porque quieren salir de casa y porque sus familias necesitan los ingresos para sobrevivir, no porque sean feministas que creen que su trabajo es un signo de liberación. Cuando los hombres se quedan en casa para hacer las tareas del hogar y la crianza de las criaturas, la mayoría sigue considerando ese acuerdo como «antinatural». En lugar de verlos como personas que hacen lo que debe hacerse cuando se está en una relación, se considera que los hombres que se ocupan de la casa son especialmente caballerosos, que sacrifican el poder y los privilegios que podrían tener como trabajadores varones privilegiados fuera del hogar para hacer el trabajo de las mujeres dentro del hogar.

Ha sido asumiendo el rol de padres cariñosos participativos como los hombres individuales se han atrevido a cuestionar las

suposiciones sexistas, y hacen un trabajo en el hogar que también los anima a aprender habilidades relacionales. Son una prueba de lo correcto de la teoría feminista, que sostiene que, si los hombres participaran por igual en la crianza de las criaturas, ellos, como las mujeres, aprenderían a cuidar de las necesidades de los demás, incluidas las emocionales. A pesar de que, hasta cierto punto, hay más padres activos que nunca en la historia de nuestro país, la gran mayoría de los hombres todavía se niega a desempeñar un papel igualitario en el desarrollo emocional de sus hijos. A menudo utilizan el trabajo como excusa para el distanciamiento emocional. Ya se consideren a sí mismas como pro o antifeministas, la mayoría de las mujeres quieren que los hombres colaboren más en el trabajo emocional en las relaciones. Y la mayoría de los hombres, incluso aquellos que apoyan incondicionalmente la igualdad de género en el mercado laboral, todavía creen que el trabajo emocional es un trabajo de mujeres. La mayoría de los hombres siguen defendiendo el decreto sexista de que las emociones no tienen cabida en el mundo laboral y que el trabajo emocional en el hogar debe ser realizado por las mujeres.

Muchos hombres utilizan el trabajo como el lugar donde pueden huir de sí mismos, de la conciencia emocional, donde pueden perderse y operar desde un espacio de insensibilidad emocional. El desempleo se siente como algo tan emocionalmente amenazador porque significa que habrá tiempo que llenar, y la mayoría de los hombres en la cultura patriarcal no quieren tener tiempo en sus manos. Victor Seidler expresa su miedo a tener tiempo de inactividad en Rediscovering Masculinity, y confiesa: «He aprendido lo difícil que es darme tiempo, incluso una hora al día para mí. Siempre hay cosas que se supone que debo hacer. Una sensación de pánico y ansiedad surge ante la sola idea de pasar más tiempo conmigo mismo». Argumenta que la mayoría de los hombres tienen un sentido de sí mismos tan limitado que no están seguros de poseer «yoes con los que podríamos querer relacionarnos». Sostiene que «Parece que solo aprendemos que el “yo” es algo que tenemos que controlar estrictamente, ya que de lo contrario podría alterar nuestros planes... Realmente nunca nos damos muchas oportunidades para conocernos mejor o desarrollar más contacto con nosotros mismos, ya que... todo esto amenaza el “control” con el que nos han educado para identificar nuestra masculinidad. Nos

sentimos atrapados, aunque no sabemos por qué estamos constantemente rehaciendo esta trampa para nosotros mismos». La competencia con otros hombres en el lugar de trabajo puede hacer que sea aún más difícil para los hombres expresar sus sentimientos o tomarse un tiempo a solas. El hombre que busca la soledad en el lugar de trabajo, especialmente durante los momentos de inactividad, es visto como sospechoso. Sin embargo, cuando los hombres se reúnen en el trabajo, rara vez tienen conversaciones significativas. Se burlan, fanfarronean, bromean, pero no comparten sentimientos. Se relacionan de una manera limitada y pautada, con cuidado de permanecer dentro de los límites emocionales establecidos por el pensamiento patriarcal sobre la masculinidad. Las reglas de la hombría patriarcal les recuerdan que es su deber como hombres rechazar los vínculos.

Aunque trabajadores como Kenneth Blanchard, autor de One Minute Manager y coautor de The Power of Ethical Management, comparten la sabia idea de que los hombres deben cultivar las habilidades relacionales para mejorar la naturaleza del trabajo y las relaciones laborales, la mayoría de los entornos laborales siguen siendo lugares donde el compromiso emocional entre los trabajadores, especialmente un jefe y un subordinado, se considera malo para los negocios. Si hubiera más hombres en contacto con sus habilidades relacionales y su vida emocional, podrían elegir un trabajo que al menos a veces mejoraría su bienestar.

Aunque las mujeres con privilegios de clase como Susan Faludi o Susan Bordo, que escriben sobre los hombres, muestran sorpresa porque la mayoría de los hombres no se ven a sí mismos como poderosos, las mujeres que han sido criadas en hogares pobres y de clase trabajadora siempre han sido muy conscientes del dolor emocional de los hombres que hay en sus vidas y de sus insatisfacciones laborales. Si Susan Faludi hubiera leído el trabajo de las mujeres feministas de color que escriben sobre los hombres pobres y de clase trabajadora que conocemos más íntimamente, no se habría «sorprendido» de encontrar a muchos hombres preocupados y descontentos. Las mujeres con privilegios de clase han sido el único grupo que ha perpetuado la noción de que los hombres son todopoderosos, porque a menudo los hombres de sus familias eran poderosos. Cuando Faludi critica la noción feminista

popular de que los hombres son todopoderosos, cuenta con la ignorancia de los lectores sobre los textos feministas, para perpetuar la noción de que las feministas no han entendido el dolor de los hombres. Se sirve de este argumento para promover este retrato inexacto.

Las feministas vanguardistas escribían sobre el hecho de que los hombres de la clase trabajadora, lejos de sentirse poderosos, estaban terriblemente heridos por el patriarcado mucho antes de que Faludi escribiera Stiffed, y es difícil imaginar que ella no estuviera al tanto de estos textos. También es engañoso por su parte actuar como si el movimiento de liberación que las mujeres crearon para enfrentar su «problema sin nombre» se dirigiera a las mujeres de todas las clases sociales. El movimiento feminista ha tenido muy poco impacto en las masas de mujeres de la clase trabajadora que estaban en el mercado laboral antes del movimiento y que todavía permanecen allí, tan insatisfechas y descontentas con su suerte como los hombres que hay en sus vidas. Las mujeres pobres y de clase trabajadora siempre han sabido que la experiencia laboral diaria coloca a los hombres en un entorno donde se sienten impotentes y donde no pueden expresar eso en términos patriarcales, para usar las palabras de Faludi, se sienten «poco masculinos».

Así como los logros feministas en este país tuvieron principalmente un impacto positivo en las mujeres con privilegios de clase, los hombres «trabajadores» a quienes se les ha dado permiso dentro de los límites de la cultura patriarcal para reconfigurar la naturaleza del trabajo en sus vidas tienden a tener poder de clase. A finales de los ochenta y principios de los noventa, una serie de películas populares mostraban a hombres poderosos, ya sea a través de una enfermedad o una crisis, evaluando sus vidas y eligiendo hacer cambios profundos en la naturaleza del trabajo. En la reciente película Life as a House, un arquitecto blanco cuyo trabajo está siendo devaluado deja su empleo, descubre que tiene cáncer y que le queda poco tiempo de vida, luego se implica en un proceso de repensar el patriarcado, aunque por supuesto ese término no es utilizado. Al evaluar su vida, decide utilizar los meses que le quedan de vida para establecer conexiones emocionales con la familia, especialmente con su hijo adolescente y con los amigos.

Pasa su tiempo aprendiendo a dar y recibir amor. El marido de su exesposa, un rico hombre de negocios, inspirado por el ejemplo del moribundo, reconsidera la naturaleza de su vida y decide dedicar menos tiempo al trabajo y más tiempo a las conexiones emocionales. Esta película, como sus predecesoras, deja claro que los trabajadores deben tomarse un tiempo para ponerse en contacto con su yo emocional si quieren convertirse en hombres con sentimientos.

Una película enormemente popular, ganadora de un Oscar, American Beauty, mostraba al personaje principal, Lester Burnham, deprimido por su vida, su trabajo, su matrimonio y su familia; ha perdido la capacidad de sentir. Deja de tomarse el trabajo tan en serio y al final logra estar en contacto con sus sentimientos, pero no puede rehacer su vida. También muere, como el protagonista de Life as a House. Estas películas seducen al público con imágenes de hombres en proceso de crecimiento, pero luego traicionan a sus personajes y al público al no dejar que estos hombres sobrevivan. Se hacen eco del mensaje patriarcal de que, si un hombre deja de trabajar, pierde su razón de vivir. En Rediscovering Masculinity, Victor Seidler afirma que el hombre que se define a sí mismo a través del trabajo busca hacerlo porque «esta es la única identidad que tradicionalmente puede pertenecernos… creemos que todavía podemos probar nuestra masculinidad demostrando que no necesitamos nada de los demás». En American Beauty, Lester sufre en soledad. Su investigación crítica sobre sus sentimientos tiene lugar en su cabeza. Y no puede sobrevivir siendo tan vulnerable y estando tan aislado. En última instancia, las películas envían el mensaje al público masculino de que los hombres no tendrán un poder significativo si aprenden a amar. American Beauty finalmente le dice al público que no hay esperanza para los hombres deprimidos que están dispuestos a refiexionar críticamente sobre sus vidas. Nos dice que, aunque los hombres estén dispuestos a cambiar, no hay lugar para ellos en la cultura patriarcal. Las frases iniciales de la película lo dicen todo: «Mi nombre es Lester Burnham. Tengo cuarenta y dos años. En menos de un año estaré muerto. Por supuesto, todavía no lo sé. Y, de todos modos, ya estoy muerto». La cultura popular nos ofrece pocas o ninguna imagen redentora de hombres que ya estaban emocionalmente muertos. A diferencia de la Bella Durmiente, no pueden volver a la vida. En

realidad, hay hombres individuales que se comprometen todos los días en el trabajo de recuperación emocional, pero el trabajo no es fácil porque no tienen sistemas de apoyo dentro de la cultura patriarcal, especialmente si son pobres y de clase trabajadora. Y no es casualidad que Life as a House, que muestra a un hombre que rechaza el patriarcado y encuentra su camino, no tiene tanto éxito como American Beauty.

Hombres pobres y de clase trabajadora que sufren depresión laboral, desesperación por la calidad de sus vidas íntimas, un sentimiento de alienación, o la sensación de estar perdidos, a menudo recurren al abuso de drogas para aliviar su dolor. Cuando comienzan a buscar la recuperación, Alcohólicos Anónimos (AA) es uno de los pocos lugares a los que pueden ir para hacer el trabajo de recuperación. En los grupos de curación, aprenden ante todo que es importante estar en contacto con sus sentimientos, que tienen derecho a nombrar esos sentimientos. El éxito de AA está ligado al hecho de que la práctica de la recuperación tiene lugar en el contexto de la comunidad, en la que se puede expresar la vergüenza por el fracaso y se valora el deseo masculino de curarse. Hombres visionarios que se dedican a curar, como John Bradshaw, encontraron el camino a la curación en estos entornos. Los hombres de la clase trabajadora que he entrevistado y que encontraron durante la recuperación el camino de regreso a la conexión emocional afirman que es enormemente difícil implicarse en este trabajo, que es fundamentalmente antipatriarcal, y luego dejar estos entornos para volver a entrar en la cultura patriarcal. Un hombre hablaba de cómo su compañera se sentía incómoda por el hecho de que él estuviera dispuesto a expresar sus sentimientos, a contar su historia, a sus ojos esto era debilidad. Ella insistía en que ahora que estaba sobrio ya no necesitaba «expresar esos sentimientos».

A pesar de los cambios en la naturaleza de los roles de género, la nuestra sigue siendo una cultura patriarcal donde el sexismo gobierna cada día. Si no fuera así, los hombres podrían ver los períodos de desempleo como tiempo libre en el cual poder hacer el trabajo de autorrealización, donde poder hacer el trabajo de curación. Muchos trabajadores de nuestra cultura apenas saben leer o escribir. Imaginemos que el tiempo fuera del trabajo pudiera dedicarse a un interesante programa de alfabetización para hombres

pobres y de clase trabajadora. Imaginemos que se pudiera ofrecer un salario por este trabajo de autodesarrollo. Cuando el patriarcado ya no gobierne el día a día, será posible que los hombres se vean a sí mismos de manera integral, que vean el trabajo como una parte de la vida, no como toda su existencia. En Love and Survival, Dean Ornish, cuando habla de su lucha personal para trabajar menos, para sacar tiempo para su autorealización, propone esta idea:

Si el objetivo que hay detrás del trabajo es buscar el reconocimiento y el poder –«oye, mírame, soy especial, soy importante, soy digno de tu amor y respeto»– entonces te estás diferenciando de los demás como una forma de intentar sentirte conectado con ellos. Te separas de los demás como una forma de tratar de sentirte conectado con ellos: parece muy claro por qué esto es contraproducente y, sin embargo, a menudo es la norma en nuestra cultura... Cuando mi autoestima se definía por lo que hacía, luego tenía que aprovechar cada oportunidad importante que se presentaba, aunque las relaciones se vieran afectadas por ello.

Cuando comenzó a elegir vivir de una manera completa, Ornish pudo cambiar esta forma de pensar sobre el trabajo.

La obra de Gail Sheehy Understanding Men's Passages contiene relatos biográficos de hombres que luchan sabiendo que el trabajo que realizan promueve una depresión severa e infelicidad. Estos hombres luchan por elegir su bienestar emocional por encima de la nómina, por encima de la imagen de sí mismos como los que aportan los recursos. Lee May recuerda: «Me enfrenté a dos decisiones difíciles. Una, permanecer en el trabajo que estaba haciendo y asfixiarme, estrangularme, morir psicológicamente, o dejar el trabajo y enfrentarme a la posibilidad de que nos hundiéramos económicamente». Admite que su descontento con el trabajo había minado el espíritu de bienestar en su hogar: «Nuestro hogar era un lugar infeliz. Pero si me hubiera quedado en los trabajos anteriores, mi infelicidad habría invadido nuestra relación». May, pudo tomar la decisión de dejar su trabajo tan infeliz, y los trabajos que hizo después (escribir un libro sobre su

vida como periodista trotamundos, escribir una columna popular sobre jardinería) fueron todos trabajos que mejoraron su autoestima, su autorrealización. La descripción sincera de su miedo a dejar de negar la realidad es un modelo para muchos hombres que podrían aprender a cuidar su yo interior correctamente en un mundo que les dice todos los días que su yo interior no importa.

Cuando escribe con valentía sobre lo difícil que fue romper con los valores patriarcales que habían gobernado su pensamiento durante años, Ornish explica que la práctica de la intimidad es curativa:

Estoy aprendiendo que la clave de nuestra supervivencia es el amor. Cuando amamos a alguien y nos sentimos amados por esa persona, de alguna manera a lo largo del camino nuestro sufrimiento se reduce, nuestras heridas más profundas comienzan a sanar, nuestros corazones comienzan a sentirse lo suficientemente seguros como para ser vulnerables y abrirse un poco más. Comenzamos a experimentar nuestras propias emociones y los sentimientos de quienes nos rodean.

Imaginemos una cultura no patriarcal en la que todos los hombres dispusieran de una asesoría para ayudarlos a encontrar el trabajo para el que están mejor preparados, un trabajo que puedan hacer con alegría. Imaginemos entornos laborales que ofrecieran tiempos de descanso donde los trabajadores pudieran recibir clases sobre mejora de las relaciones, donde pudieran vivir un mayor compañerismo con otros trabajadores y construir una comunidad de solidaridad que, aunque no pudiera cambiar la naturaleza ardua y deprimente del trabajo en sí, al menos podría hacer que el lugar de trabajo fuera más llevadero. Imaginemos un mundo donde los hombres que están desempleados por cualquier razón pudieran aprender el camino hacia la autorrealización. Las trabajadoras han descubierto que dejar el aislamiento del hogar y trabajar en un entorno comunitario mejora su bienestar emocional, incluso cuando los salarios son bajos y de ninguna manera son liberadores (como algunas pensadoras feministas sugirieron ingenuamente que podrían ser). Si los hombres siguieran este ejemplo y usaran el lugar de

trabajo como un escenario para practicar habilidades relacionales, construyendo comunidad, la crisis masculina en torno al trabajo podría abordarse de manera más efectiva.

Muchos hombres que se han jubilado, particularmente los hombres de más de sesenta años, en nuestra cultura, a menudo sienten que el envejecimiento les permite liberarse del patriarcado. Al disponer de tiempo, a menudo se ven obligados por la extrema soledad, la alienación, una crisis de sentido u otras circunstancias, a desarrollar un yo emocional. Son los ancianos los que pueden hablar con las generaciones más jóvenes de hombres, cuestionando el mito patriarcal del trabajo. Esas voces necesitan ser escuchadas. Son las voces que les dicen a los hombres más jóvenes: «No esperes a que tu vida esté a punto de acabarse para encontrarte con tus sentimientos, para seguir a tu corazón. No espere a que sea demasiado tarde». El trabajo puede y debe mejorar la vida de todos los hombres. Cuando los hombres audaces vayan a trabajar sintiéndose amados y siendo cariñosos, la naturaleza del trabajo se transformará y el lugar de trabajo ya no necesitará que los hombres tengan sus corazones destruidos para realizar sus tareas.

4 Esta frase es también el título de una canción de Tina Turner (What's Love Got to Do with It ?) [N. del T.].

7.

Hombría feminista

Si dices que eres feminista, la mayoría de los hombres automáticamente te ven como el enemigo. Corres el riesgo de que te vean como una mujer que odia a los hombres. La mayoría de las mujeres jóvenes temen que, si se llaman a sí mismas feministas, perderán el interés de los hombres, no serán amadas por los hombres. La opinión popular sobre el impacto del movimiento feminista en la vida de los hombres es que el feminismo hace daño a los hombres. Las mujeres y los hombres conservadores y antifeministas insisten en que el feminismo está destruyendo la vida familiar. Argumentan que las mujeres trabajadoras dejan el hogar sin amas de casa y a las criaturas sin el cuidado de una madre. Sin embargo, pasan por alto constantemente hasta qué punto fue la cultura capitalista de consumo, no el feminismo, lo llevó a las mujeres al mercado laboral y lo que las mantiene allí.

Cuando las mujeres feministas le dijeron al mundo que el patriarcado promueve el odio a las mujeres, la respuesta fue que las feministas estaban siendo demasiado extremas, que estaban exagerando el problema. Sin embargo, cuando los hombres que no sabían nada sobre el feminismo afirmaron que las feministas odiaban a los hombres, el mundo no feminista no respondió diciendo que ellos estaban siendo demasiado extremistas. Ninguna feminista ha asesinado y violado a los hombres. Las feministas no han sido encarceladas día tras día por su violencia contra los hombres. Ninguna feminista ha sido acusada de abusar de niñas, ni tampoco de la creación de un mundo de pornografía infantil con niñas pequeñas. Sin embargo, estos son algunos de los actos de los hombres que llevaron a algunas mujeres feministas a identificar a los hombres como personas que odian a las mujeres.

Aunque no todos los hombres son misóginos, las pensadoras

feministas fuimos objetivas cuando afirmamos que el patriarcado en su forma más básica e inmediata promueve el miedo y el odio hacia las mujeres. Un hombre que está decidida e inequívocamente comprometido con la masculinidad patriarcal temerá y odiará todo lo que la cultura considere femenino y propio de las mujeres. Sin embargo, la mayoría de los hombres no han elegido conscientemente el patriarcado como la ideología que quieren que gobierne sus vidas, sus creencias y sus acciones. La cultura patriarcal es el sistema en el que nacieron y en el que se socializaron para ser aceptados, sin embargo, en todas las áreas de sus vidas, la mayoría de los hombres se han rebelado de diferentes formas contra el patriarcado, se han resistido a la lealtad absoluta al pensamiento y a la práctica patriarcales. La mayoría de los hombres claramente han estado dispuestos a oponerse al patriarcado cuando interfiere con el deseo individual, pero no han estado dispuestos a apoyar el feminismo como un movimiento que desafiaría, cambiaría y finalmente acabaría con el patriarcado.

El movimiento feminista fue presentado desde el principio a la mayoría de los hombres a través de los medios de comunicación como contrario a los hombres. A decir verdad, había una importante facción antihombres en el movimiento feminista contemporáneo. Y a pesar de que las mujeres que odiaban a los hombres eran una pequeña minoría de las mujeres del movimiento de liberación, recibieron mucha atención. Al no haber tratado correctamente a las mujeres, los hombres, a través de continuos actos de dominación, habían creado el contexto cultural para la rebelión feminista. En el capítulo sobre «Masculinidad feminista» de mi reciente libro Feminism Is for Everybody[12], escribo:

Muchas mujeres heterosexuales llegaron al movimiento desde relaciones en las que los hombres eran crueles, desagradables, violentos e infieles. Algunos de ellos eran pensadores radicales que participaban en movimientos por la justicia social y hablaban en nombre de los trabajadores y los pobres, o sobre justicia racial. Pero en lo relativo a la cuestión del género eran tan sexistas como los conservadores. Algunas mujeres sentían rabia por esas relaciones y utilizaron esa rabia como catalizador para la liberación de las

mujeres. A medida que el movimiento fue avanzando y el pensamiento feminista fue evolucionando, algunas activistas feministas visionarias entendieron que los hombres no eran el problema, que el problema estaba en el patriarcado, el sexismo y la dominación masculina.

Fue difícil para las mujeres comprometidas con el cambio feminista enfrentar la realidad de que el problema no era solo de los hombres. Afrontar esa realidad requería teorizaciones más complejas, requería reconocer el papel que juegan las mujeres en el mantenimiento y perpetuación del patriarcado y el sexismo. A medida que más mujeres se alejaban de las relaciones destructivas con los hombres, era más fácil ver el panorama completo. Era más fácil ver que aunque los hombres individuales se despojaran del privilegio patriarcal, el sistema de patriarcado, sexismo y dominación masculina seguiría intacto, y las mujeres seguirían siendo explotadas y oprimidas. A pesar de este cambio en las agendas feministas, las pensadoras feministas visionarias que nunca habían sido antihombres no recibieron ni reciben la atención de los medios de comunicación. Como consecuencia de ello, sigue prevaleciendo la idea popular de que las feministas odian a los hombres.

La gran mayoría de mujeres feministas con las que me encuentro no odian a los hombres. Sienten pena por los hombres porque ven cómo el patriarcado les hace daño y, sin embargo, los hombres siguen vinculados a la cultura patriarcal. Aunque las pensadoras visionarias han llamado la atención sobre la forma en que el patriarcado hiere a los hombres, nunca se ha hecho un esfuerzo continuo para abordar el dolor masculino. Hasta el día de hoy escucho a mujeres feministas individuales expresar su preocupación por la difícil situación de los hombres dentro del patriarcado, incluso cuando afirman que no están dispuestas a emplear su energía para ayudar a educar y a cambiar a los hombres. La escritora feminista Minnie Bruce Pratt expresa claramente la posición: «¿Cómo van a cambiar los hombres? El encuentro entre dos personas, donde una se opone a la otra, es el punto de cambio. Pero no quiero el contacto personal. No quiero hacerlo... Cuando la

gente habla de no darles a los hombres nuestras energías, estoy de acuerdo... Tienen que trabajar eso ellos mismos». Estas actitudes, junto con las actitudes negativas de la mayoría de los hombres hacia el pensamiento feminista, supusieron que nunca hubo una demanda colectiva y decidida para que los chicos y los hombres se unieran al movimiento feminista para liberarse del patriarcado.

Las mujeres feministas reformistas no pudieron hacer esta demanda porque eran el grupo de mujeres (en su mayoría mujeres blancas con privilegios de clase) que habían impulsado inicialmente la idea de que todos los hombres eran poderosos. Estas eran mujeres para quienes la liberación feminista consistía sobre todo en obtener su parte del pastel de poder y no tanto liberar a las masas de mujeres o de hombres menos poderosos de la opresión sexista. No estaban enfadadas contra sus poderosos papás y maridos porque mantuvieran a los hombres pobres explotados y oprimidos, estaban enfadadas porque no les estaban dando igual acceso al poder. Ahora que muchas de esas mujeres han ganado poder, y especialmente la paridad económica con los hombres de su clase, prácticamente han perdido interés por el feminismo.

A medida que el interés por el pensamiento y la práctica feministas ha disminuido, se ha prestado aún menos atención a la difícil situación de los hombres que al auge del movimiento feminista. Esta falta de interés no cambia el hecho de que solo una visión feminista que apoye la masculinidad feminista, que ame a los niños y a los hombres, que exija en su nombre todos los derechos que deseamos para las niñas y las mujeres, puede renovar a los hombres de nuestra sociedad. El pensamiento feminista nos enseña a todos y todas, especialmente a los hombres, a amar la justicia y la libertad con el fin de potenciar y defender la vida. Claramente necesitamos nuevas estrategias, nuevas teorías, orientaciones que nos muestren cómo crear un mundo donde prospere la masculinidad feminista.

Lamentablemente, no existe un conjunto de escritos feministas recientes dirigidos a los hombres que sea accesible, claro y conciso. Hay pocos trabajos realizados desde un punto de vista feminista que se concentren en los chicos. Ningún conjunto significativo de escritura feminista se dirige directamente a los chicos, para enseñarles a construir una identidad que no tenga sus raíces en el

sexismo. No existe ningún conjunto de literatura infantil feminista que pueda servir como alternativa a las perspectivas patriarcales, que abundan en el mundo de los libros infantiles. La igualdad de género que muchas personas damos por sentada en nuestra vida adulta, particularmente aquellas que tenemos privilegios de clase y educación de élite, simplemente no está presente en el mundo de los libros para criaturas o en el mundo de la educación pública y privada. El profesorado que trabaja con criaturas ve la igualdad de género principalmente como algo para garantizar que las niñas tengan los mismos privilegios y derechos que los niños dentro de la estructura social existente, no lo ven en términos de otorgar a los niños los mismos derechos que a las niñas, por ejemplo, el derecho a elegir no participar en juegos agresivos o violentos, el derecho a jugar con muñecas, a jugar a disfrazarse, a usar ropa de ambos sexos, el derecho a elegir.

Del mismo modo que fue un error de las pensadoras feministas reformistas ver la libertad simplemente como el derecho de las mujeres a ser como los poderosos hombres patriarcales (las mujeres feministas con privilegios de clase nunca sugirieron que quisieran que su suerte fuera como la de los hombres pobres y de clase trabajadora), también era demasiado ingenuo imaginar que el hombre liberado simplemente se convertiría en una mujer disfrazada. Sin embargo, ese era el modelo de libertad que ofrecía a los hombres el pensamiento feminista dominante. Se esperaba que los hombres se aferraran a las ideas sobre la fuerza y el sustento de los demás que eran parte del pensamiento patriarcal, y que no se interesaran tanto en la dominación y en su implicación en el crecimiento emocional. Esta visión de la masculinidad feminista estaba tan cargada de contradicciones que era imposible que se materializara. No es de extrañar entonces que los hombres que se preocupaban por el tema, que estaban abiertos al cambio, a menudo simplemente se rindieran, volviendo a la masculinidad patriarcal que encontraban tan problemática. Los hombres individuales que asumieron la concepción feminista de la liberación masculina descubrieron que pocas mujeres respetaban este cambio.

Cuando el «hombre nuevo» –el hombre cambiado por el feminismo– fue representado como un cobarde, como un brócoli recocido dominado por mujeres poderosas que anhelaban en secreto al

macho poderoso, muchos hombres perdieron el interés. Como reacción a esta inversión de los roles de género, los hombres que simpatizaban con la causa decidieron dejar de intentar desempeñar un papel en el movimiento feminista liderado por mujeres y se implicaron en el movimiento de hombres. El movimiento de hombres, de forma positiva, insistió en la necesidad de que los hombres se pusieran en contacto con sus sentimientos, de hablar con otros hombres. Y de forma negativa, el movimiento de hombres continuó promoviendo el patriarcado con una insistencia tácita de que, para autorrealizarse plenamente, los hombres debían separarse de las mujeres. La idea de que los hombres debían separarse de las mujeres para encontrar su verdadero yo, se parecía al viejo mensaje patriarcal pero presentado con un nuevo envoltorio.

Cuando describe el movimiento de hombres encabezado por Robert Bly en su ensayo Feminismo y masculinidad, Christine A. James explica lo siguiente:

Bly afirma que las mujeres, principalmente desde el feminismo, han creado una situación en la que los hombres, especialmente los jóvenes, se sienten débiles, castrados e inseguros de sí mismos, y donde los hombres mayores deben liderar el camino de regreso... Bly defiende el mito del Hombre Salvaje como ejemplo del rumbo que deben tomar los hombres y nunca desafía los dualismos jerárquicos que están tan integralmente ligados a la tensión que él percibe entre hombres y mujeres. Podría decirse que la noción del Hombre Salvaje simplemente refuerza los clichés sobre la «masculinidad real» en lugar de intentar fomentar una nueva relación entre hombres y mujeres, así como entre lo masculino y lo femenino.

El movimiento de hombres a menudo criticaba a las mujeres y al feminismo sin hacer una crítica fundamentada del patriarcado. En última instancia, no exigió sistemáticamente que los hombres cuestionaran el patriarcado o imaginaran modelos liberadores de masculinidad.

Muchos de los modelos de la Nueva Era creados por hombres reconfiguran viejos paradigmas sexistas al tiempo que hacen parecer que ofrecen un guión diferente para las relaciones de género. A menudo, el movimiento de hombres se resistía a los modelos patriarcales machistas mientras defendía una visión de un patriarcado benevolente, donde el padre es el gobernante que gobierna con ternura y bondad, pero que todavía tiene el control. A raíz del movimiento feminista y de los diversos movimientos de liberación masculina que no acercaron a mujeres y hombres, la pregunta de cuál podría ser la alternativa a la masculinidad patriarcal sigue pendiente de respuesta.

Es evidente que los hombres necesitan nuevos modelos de autoafirmación que no requieran la construcción de un «otro» enemigo, ya sea la mujer o lo simbolizado como femenino, contra el cual definirse. Desde la primera infancia, los varones necesitan modelos de hombres íntegros, es decir, hombres que se sientan completos, que no estén divididos contra sí mismos. Aunque algunas mujeres individuales que son madres solteras han demostrado que pueden criar niños sanos y cariñosos que se convierten en hombres cariñosos y responsables, en todos los casos en los que este modelo de crianza ha tenido éxito, las mujeres han elegido a hombres adultos –padres, abuelos, tíos, amigos, etc. y camaradas– como ejemplo para sus hijos del tipo de hombre adulto que deberían esforzarse por alcanzar.

Sin duda, uno de los primeros actos revolucionarios del feminismo vanguardista debe ser restaurar la hombría y la masculinidad como una categoría ética biológica separada del modelo dominador. Por eso el término masculinidad patriarcal es tan importante, ya que define la diferencia del hombre como algo que siempre y solo consiste en los derechos superiores que tienen los hombres a dominar –a sus mujeres subordinadas o a cualquier grupo considerado más débil– por cualquier medio. Rechazar este modelo por medio de la masculinidad feminista significa que debemos definir la hombría como un estado del ser y no como una representación. El ser hombre, la hombría, la masculinidad, deben representar la bondad central esencial del yo, del cuerpo humano que tiene un pene. Muchos de los críticos que han escrito sobre la masculinidad sugieren que deberíamos eliminar el término, que

necesitamos «poner fin a la hombría». Sin embargo, esta posición mantiene la idea de que hay algo inherentemente negativo, malo o indigno en la masculinidad.

Es una posición que parece ser más una reacción a la masculinidad patriarcal que una respuesta cariñosa y creativa que pueda separar la hombría y la virilidad de todos los rasgos identificativos que el patriarcado ha impuesto al yo que tiene un pene. Nuestro trabajo sobre el amor debe ser recuperar la masculinidad y no permitir que sea rehén de la dominación patriarcal. Hay un lugar creativo, que apoya y enriquece la vida, para lo masculino en una cultura no dominadora. Y aquellas personas comprometidas con terminar con el patriarcado podemos llegar a los corazones de los hombres reales allí donde viven, no exigiendo que renuncien a la hombría o a la virilidad, sino pidiendo que permitan que su significado se transforme, que se vuelvan desleales a la masculinidad patriarcal para encontrar un lugar para lo masculino que no se convierta en sinónimo de dominación o de un deseo de violencia.

La cultura patriarcal sigue controlando los corazones de los hombres precisamente porque socializa a los varones para creer que sin su papel de patriarcas no tendrían razón de ser. La cultura del dominador nos enseña a todas las personas que el núcleo de nuestra identidad está definido por el deseo de dominar y controlar a los demás. Se nos enseña que esta voluntad de dominar está más integrada biológicamente en los hombres que en las mujeres. En realidad, la cultura dominante nos enseña que todos/as somos asesinos natos, pero que los hombres tienen una mayor capacidad de asumir el papel de depredadores. En el modelo dominador, la búsqueda del poder externo, la capacidad de manipular y controlar a otros, es lo que más importa. Cuando la cultura se basa en un modelo dominador, no solo será violenta, sino que concebirá todas las relaciones como luchas de poder.

Aunque muchos observadores de hoy en día nos dicen que las luchas por el poder no son un modelo efectivo para las relaciones humanas, la cultura patriarcal capitalista imperialista supremacista blanca sigue insistiendo en que la dominación debe ser el principio organizador de la civilización actual. En la obra In the Heart of the Soul, Gary Zukav y Linda Francis dejan claro que, si bien los

humanos pueden haber necesitado en ciertas épocas crear un poder externo para mantener viva a la especie, actualmente ya no hace falta: «La búsqueda del poder externo –se venere o no– solo conduce a la violencia y la destrucción. Es una modalidad evolutiva que ya no funciona. Es la medicina equivocada y nada puede convertirla de nuevo en la medicina correcta». La masculinidad patriarcal enseña a los hombres que su individualidad solo tiene sentido en relación con la búsqueda del poder externo, esta masculinidad es un subtexto del modelo dominador.

Antes de que las realidades de los hombres puedan ser transformadas, el modelo dominador tiene que ser eliminado como la ideología subyacente en la que basamos nuestra cultura. Ya hemos visto que dentro de la cultura patriarcal los hombres pueden ser más emocionales, pueden ser padres, pueden romper con los roles sexistas, pero mientras los principios subyacentes estén ahí, los hombres nunca podrán ser verdaderamente libres. En cualquier momento, este espíritu patriarcal subyacente puede eclipsar los comportamientos que se oponen a él. Ya hemos visto que muchos hombres cambiaron su forma de pensar en un momento en que el movimiento feminista era una fuerza poderosa para el cambio social, pero luego, como el pensamiento patriarcal que sustenta nuestra sociedad no cambió, cuando la energía del movimiento comenzó a menguar, el viejo orden comenzó a restablecerse. El pensamiento y los actos sexistas, que habían sido duramente criticados durante el apogeo del movimiento feminista, se han vuelto más aceptables. Claramente, poner fin al patriarcado es necesario para que los hombres tengan una liberación colectiva. Es la única solución a la crisis de la masculinidad que están experimentando la mayoría de los hombres.

Para ofrecer a los hombres una forma de ser diferente, primero debemos reemplazar el modelo dominador por un modelo de asociación que vea la relación entre los seres y la interdependencia como la relación orgánica de todos los seres vivos. En el modelo dominador el egoísmo, ya seamos hombre o mujer, está siempre en el centro de la identidad. La masculinidad patriarcal enseña a los hombres a ser patológicamente narcisistas, infantiles y a ser psicológicamente dependientes de los privilegios (aunque sean relativos) que reciben por haber nacido varones, para autodefinirse.

De ahí que muchos hombres sientan que su propia existencia se ve amenazada si se les quitan estos privilegios. En un modelo de asociación, la identidad masculina, como su contraparte femenina, se centraría en la noción de una bondad esencial que está intrínsecamente orientada a las relaciones. En lugar de asumir que los varones nacen con el deseo de agredir, la cultura asumiría que los varones nacen con el deseo inherente de conectarse.

La masculinidad feminista presupone que basta con que los hombres existan para que tengan valor, que no tienen que «hacer», «actuar», para ser aceptados y amados. En lugar de definir la fuerza como «poder sobre», la masculinidad feminista define la fuerza como la capacidad que uno tiene para ser responsable de sí mismo y de los demás. Esta fuerza es un rasgo que los hombres y las mujeres deben poseer. En The Courage to Raise Good Men, Olga Silverstein enfatiza la necesidad de redefinir los roles sexuales masculinos de manera que rompan con las normas sexistas. Actualmente, las definiciones sexistas de los roles masculinos insisten en definir la masculinidad en relación con el triunfo, la superación, la dominación:

Hasta que no seamos capaces de cuestionar muchos de los aspectos específicos del rol sexual masculino, incluida la mayoría de las siete normas y estereotipos que el psicólogo Robert Levant nombra en una lista de sus principales componentes –«evitar la feminidad, la emocionalidad restrictiva, la búsqueda de logros y estatus, la autosuficiencia, la agresión, la homofobia y las actitudes no relacionales hacia la sexualidad»– seguiremos negando a los hombres su plena humanidad. La masculinidad feminista tendría como componentes principales la integridad, el amor propio, la conciencia emocional, la asertividad y la habilidad relacional, incluida la capacidad de ser empático, autónomo y estar conectado.

El núcleo de la masculinidad feminista es un compromiso con la igualdad de género y la reciprocidad como algo crucial para la interacción y la asociación en la creación y el sostenimiento de la vida. Este compromiso siempre privilegia la acción no violenta

sobre la violencia, la paz sobre la guerra, la vida sobre la muerte.

Olga Silverstein dice acertadamente que «lo que el mundo necesita ahora es un tipo diferente de hombre», postula que necesitamos un hombre «bueno», pero esta categoría binaria remite automáticamente a un modelo dominador de «o lo uno o lo otro». Lo que el mundo necesita ahora son hombres liberados que tengan las cualidades que cita Silverstein, hombres que sean «empáticos y fuertes, autónomos y conectados, responsables ellos mismos, con la familia, las amistades y la sociedad, capaces de comprender que esas responsabilidades, en última instancia, son inseparables». Los hombres necesitan un pensamiento feminista. Es la teoría que apoya su evolución espiritual y su alejamiento del modelo patriarcal. El patriarcado está destruyendo el bienestar de los hombres, quitándoles la vida a diario.

Cuando Silverstein imparte talleres que se centran en el cambio de los roles sexistas de género, son las mujeres quienes le preguntan si un hombre con las cualidades descritas anteriormente puede sobrevivir. Ella responde a su miedo señalando estas verdades:

¡Los hombres no están sobreviviendo muy bien! Los enviamos a la guerra para matar y morir. Se tumban en medio de las autopistas para demostrar su virilidad imitando una escena de una película reciente sobre fútbol americano universitario. Se están muriendo de ataques cardíacos a una edad temprana, se están matando con enfermedades hepáticas y pulmonares a través de las actividades masculinas de beber y fumar, se suicidan aproximadamente cuatro veces más que las mujeres, son víctimas de homicidios (por lo general a manos de otros hombres) tres veces más a menudo que las mujeres y, por todo ello, viven unos ocho años menos que las mujeres.

Y yo añadiría que muchos hombres que se esfuerzan por demostrar la masculinidad patriarcal mediante actos de violencia brutal e innecesaria son encarcelados de por vida. Claramente, muchas mujeres sobrevivimos llevando una vida feliz y plena porque no

adoptamos una identidad que nos vincula a la violencia, los hombres deben poder tener la misma elección.

Las mujeres no son el único grupo que no puede imaginar cómo sería el mundo si los hombres fueran criados como seres completos. Parece existir el temor de que, si los hombres son educados para ser personas completas, personas que puedan amar, no podrán ser fuertes ni actuar con violencia si fuera necesario.

Un sabio masái, cuando Terrence Real le pidió que nombrara los rasgos de un buen guerrero, respondió: «Me niego a decirte qué hace a un buen morani [guerrero]. Pero te diré qué hace un gran morani. Cuando el momento pide fiereza, un buen morani es muy feroz. Y cuando el momento requiere amabilidad, un buen morani es absolutamente tierno. Y lo que hace un gran morani es saber cuál es cada momento». Vemos que las mujeres que son criadas con los rasgos que encarna cualquier persona íntegra pueden actuar con ternura, con asertividad y con agresividad si (y cuando) esta es necesaria.

Los hombres que son capaces de ser completos, de tener un yo no dividido, pueden practicar esa diferenciación emocional tan bellamente descrita por el sabio masái precisamente porque son capaces de relacionarse y responder, en lugar de simplemente reaccionar. La masculinidad patriarcal confina a los hombres a diversas etapas de reacción y exageración. La masculinidad feminista no reproduce la noción de que la masculinidad tiene este componente de reacción, salvaje e incontrolado. En cambio, les asegura a los hombres y a aquellas de nosotras que nos preocupamos por los hombres, que no debemos temer la pérdida del control masculino. El poder del patriarcado ha consistido en hacer que se tema la masculinidad y que los hombres sientan que es mejor ser temido que amado. Lo confiesen o no, los hombres saben que, simplemente, eso no es cierto.

Este miedo a la virilidad que ellos inspiran, aleja a los hombres de todas las mujeres que hay en sus vidas, en mayor o menor medida, y los hombres sienten esa pérdida. En última instancia, uno de los costes emocionales de la lealtad al patriarcado es no ser considerado digno de confianza. Si a las mujeres y niñas de la cultura patriarcal se les enseña a ver a todos los hombres, incluidos

los hombres con quienes tenemos intimidad, como potenciales violadores y asesinos, entonces no podemos ofrecerles nuestra confianza, y sin confianza no hay amor.

Cuando era niña, mi padre era respetado como el patriarca que aportaba los recursos y la protección a nuestra familia. Y era temido. Esa capacidad de inspirar miedo era para él el símbolo de la verdadera hombría. A pesar de que saber que nuestro padre podía cuidar de los suyos era reconfortante, en el momento en que desató esa voluntad de ejercer la violencia contra nosotros/as, sus seres queridos, lo perdimos. Nos quedamos solo con nuestros miedos y con la consciencia de que no había una conexión emocional lo suficientemente grande como para calmar y transformar la violencia de nuestro padre, para mantenerlo conectado.

¿Cuántos hombres han perdido este vínculo de amor a través de actos de violencia relacional, poniendo en práctica la noción asumida por la masculinidad patriarcal de que en cada hombre hay un depredador, un cazador hambriento y listo para matar? Silverstein sostiene que los hombres sufren por la insistencia patriarcal que hace que ejecuten rituales de alienación que conducen al «alejamiento de las mujeres». Ella dice que «Como cualquiera que trabaje con ancianos te dirá, cuando los octogenarios pronuncian sus últimas palabras, los hombres llaman a "mamá", nunca a "papá". Es posible que estos hombres ni siquiera estén llamando a una madre real, sino a la mamá simbólica que representa la crianza, el cuidado, la conexión, cuya presencia amorosa nos hace saber que no estamos solos».

La masculinidad patriarcal insiste en que los hombres reales deben demostrar su hombría idealizando la soledad y la desconexión. La masculinidad feminista les dice a los hombres que se vuelven más reales a través del acto de conectarse con otros, a través de la construcción de una comunidad. No hay ninguna sociedad en el mundo formada por un solo hombre. Incluso Thoreau en su cabaña solitaria le escribía a su madre todos los días. Cuando John Gray les dice a los lectores en Men Are from Mars, Women Are from Venus que los hombres se meterán en sus cuevas –es decir, que los hombres se disociarán y se desconectarán– está describiendo con precisión la masculinidad patriarcal. Pero nunca sugiere que los

hombres puedan sentirse satisfechos viviendo sus vidas en las cuevas. Sin embargo, muchos hombres atrapados en el abrazo del patriarcado viven en un desierto espiritual donde están absolutamente –y siempre– solos.

El feminismo como movimiento para acabar con la dominación y la opresión sexista nos ofrece a todos y a todas, la salida de la cultura patriarcal. Los hombres que están empezando a entender esta verdad son generalmente hombres más jóvenes, que nacieron en un mundo donde la igualdad de género es más una norma. A diferencia de las generaciones mayores de hombres, no es necesario que estén convencidos de que las mujeres son iguales. Se trata de jóvenes que eligen asignaturas de estudios de mujeres, que no temen identificarse como defensores del feminismo. Son los hijos feministas de las madres feministas. Por eso, en el epílogo del libro de su madre The Courage to Raise Good Men, Michael Silverstein elogia el trabajo de su madre: «La noción de que los hombres que han perdido el contacto con sus madres han perdido el contacto con partes de sí mismos es poderosa, suficientemente poderosa para provocar cambios. Me enorgullece que mi madre haya tenido el valor de plantear estos temas para mí y para ella, y para otras madres y sus hijos». Estos hombres son el ejemplo vivo de las formas en que la masculinidad feminista libera a los hombres.

Las generaciones mayores de hombres que han pasado del pensamiento sexista a la masculinidad feminista a menudo fueron impulsados por las mujeres que había en sus vidas a hacer cambios en el pensamiento y la acción, pero para muchos fue la experiencia de asumir un papel parental igualitario lo que realmente transformó su conciencia y su comportamiento. He tenido muchas conversaciones con hombres que al criar a sus hijas de repente se encuentran ellos mismos enfurecidos por prejuicios patriarcales de los que no habían sido conscientes, o que no les importaban hasta el momento en que vieron que el sexismo comenzaba a amenazar la actividad y la naturaleza de sus hijas. Las teóricas feministas argumentaron desde el inicio del movimiento que, si los hombres participaran en la crianza de forma intensa, cambiarían. Desarrollarían las habilidades relacionales que a menudo se consideran innatas en las mujeres. La crianza sigue siendo un entorno en el que los hombres pueden practicar el amor a medida

que abandonan un modelo de dominio y se relacionan mutuamente con las mujeres que crían con ellos a las criaturas que comparten. La dominación masculina no permite que surja la intimidad mutua, evita que los padres conecten con el corazón de sus criaturas.

Mientras los hombres dominen a las mujeres, no podemos tener amor entre nosotros. Que el amor y la dominación pueden coexistir es una de las mentiras más poderosas que el patriarcado nos dice a todos y a todas. La mayoría de los hombres y las mujeres continúan creyéndolo, pero en verdad, el amor transforma la dominación. Cuando los hombres hacen el esfuerzo de crear identidades ajenas al modelo patriarcal, crean la conciencia emocional necesaria para aprender a amar. El feminismo hace posible que mujeres y hombres conozcan el amor.

El feminismo visionario es una política sabia y cariñosa. Tiene sus raíces en el amor del ser masculino y del ser femenino, negándose a privilegiar uno sobre el otro. El alma de la política feminista es el compromiso de acabar con la dominación patriarcal de mujeres y hombres, de niñas y niños. El amor no puede existir en ninguna relación que se base en la dominación y la coerción. Los hombres no pueden quererse a sí mismos en la cultura patriarcal si su propia identidad se basa en la sumisión a las normas patriarcales. Cuando los hombres adopten el pensamiento y la práctica feministas, que enfatizan el valor del crecimiento mutuo y la autorrealización en todas las relaciones, su bienestar emocional mejorará. Una política feminista genuina siempre nos lleva del cautiverio a la libertad, del desamor al amor.

La asociación mutua es la base del amor. El pensamiento y la acción feministas crean las condiciones bajo las cuales se puede alimentar la reciprocidad .

Un verdadero camarada y defensor de la política feminista, John Stoltenberg, ha instado constantemente a los hombres a desarrollar una sensibilidad ética que les permita amar la justicia más que la virilidad. En su ensayo Curarse de la hombría, comparte que «amar

la justicia más que la hombría, no es solo una búsqueda que merece la pena, es el futuro». Como explica Stoltenberg, «Elegir la lealtad a la hombría por encima de uno mismo conduce inevitablemente a la injusticia... amar la justicia más que la hombría reubica la identidad personal dentro de uno mismo, de manera relacional, recíproca y realista». Él, al igual que otros defensores del pensamiento feminista, sabe de primera mano que no es tarea fácil para los hombres rebelarse contra el pensamiento patriarcal y aprender a amarse a sí mismos y a los demás. La masculinidad feminista ofrece a los hombres una forma de conectarse de nuevo con ellos mismos, descubriendo la bondad esencial de la virilidad y permitiendo que todos, hombres y mujeres, disfruten de una hombría cariñosa

1 Hay traducción en castellano,

2 El feminismo es para todo el mundo , Madrid, Traficantes de Sueños, 2017 [N. del T.].

8.

Cultura popular: la masculinidad mediática

Los medios de comunicación se dedican a adoctrinar continuamente a los chicos y a los hombres, enseñándoles las reglas del pensamiento y la práctica patriarcales. Una de las principales razones por las que la demanda feminista de cuestionar y cambiar el patriarcado tuvo tan poco impacto entre los hombres fue que la teoría se expresó principalmente con libros. La mayoría de los hombres no compraban ni leían libros feministas. Durante los momentos cumbre del movimiento feminista contemporáneo liderado por mujeres blancas, finales de los sesenta y principios de los setenta, los autores masculinos contribuyeron con libros que abordaban los problemas de la masculinidad destructiva, criticando el patriarcado. Libros como The Male Machine, Men's Liberation, The Liberated Man, The Limits of Masculinity, For Men against Sexism, Being a Man, y White Hero, Black Beast cuestionaron la aceptación pasiva masculina de los roles sexuales estereotipados.

Estos libros y las discusiones que generaron no tuvieron ni de lejos el impacto en la conciencia masculina que los libros feministas que se centraban en la feminidad estaban teniendo en la conciencia de las mujeres. En su mayor parte, estos escritores varones blancos no se esforzaron en repensar la masculinidad; en su lugar, alentaron a los hombres a aprender patrones de comportamiento previamente asociados con las mujeres. Todos coincidieron en que los cambios económicos, junto con los cambios en la condición de la mujer, habían producido una crisis de la masculinidad.

Dentro de la sociedad capitalista avanzada moderna, el poder masculino se consideraba tradicionalmente como sinónimo de la capacidad de los hombres para aportar recursos económicamente. Sin embargo, a medida que más y más mujeres han ido ganando acceso a la esfera del trabajo, la esfera de la aportación de recursos,

este atributo tan importante en la definición de la masculinidad patriarcal, ha ido perdiendo importancia. La igualdad de género en el mercado laboral liberó a muchos hombres para poder decir su verdad, que no estaban necesariamente interesados en el papel de proveedores de recursos. Muchos hombres estaban contentos con la idea de que el feminismo les estaba enseñando a las mujeres que debían ganarse la vida por sí mismas. Al mismo tiempo, a medida que el movimiento feminista y la llamada revolución sexual cambiaron la idea de que la acción y la iniciativa sexuales eran competencia exclusiva de los hombres, otro significante de la masculinidad patriarcal perdió significado. Los cambios basados en el género que se dieron en el mercado laboral y en la política sexual significaron que los roles sexuales se modificaron para la gran mayoría de las personas, especialmente para las mujeres, pero, aun así, las nociones patriarcales de masculinidad permanecieron intactas, incluso cuando esas nociones no tenían una base real... De ahí vino la crisis de la masculinidad. Un orden social patriarcal institucionalizado tradicional estaba siendo cuestionado y alterado, aunque no había cambios importantes en el pensamiento sexista.

Los hombres que experimentaban esta crisis podían aferrarse por su seguridad y su protección a los supuestos subyacentes de la ideología patriarcal o podían aliarse con los esfuerzos feministas y luchar para crear nuevas concepciones de la masculinidad, nuevas posibilidades para la formación social de la identidad masculina. Los hombres que eligieron el cambio, que se atrevieron a aliarse con el movimiento feminista, a menudo eran homosexuales o bisexuales o mantenían relaciones heterosexuales con mujeres feministas radicales. Muchas mujeres en estas relaciones vieron que sus compañeros perdieron el interés en transformar la masculinidad cuando el fervor feminista inicial disminuyó.

Los principales medios de comunicación, en particular las películas y la televisión, refiejaron las contradicciones, aunque continuaron reforzando el pensamiento y la acción patriarcal. La mayoría de los hombres optaron por no cambiar, y los medios de comunicación conservadores apoyaron este inmovilismo. La continua lealtad de los hombres a una noción de masculinidad que ya no podía ejercerse como antes les llevó a poner mayor énfasis en su capacidad de dominar y controlar mediante la fuerza física y el

terrorismo psicológico abusivo. Obligados a trabajar en un ámbito público donde los hombres ya no hacían valer el control patriarcal (los supervisores laborales y los jefes de rango superior podían ser mujeres), estos hombres solo podían llevar a cabo plenamente los rituales de dominación patriarcal en la esfera privada. Como consecuencia de ello, a pesar de los cambios feministas en el mundo del trabajo, la incidencia de la violencia masculina contra las mujeres y los niños estaba aumentando. Los medios de comunicación, especialmente los programas de entrevistas de televisión, se centraron en la violencia masculina sin vincular ese enfoque con el fin del patriarcado. La dominación masculina sobre las mujeres simplemente se convirtió en una nueva forma de entretenimiento masivo (de ahí el espectáculo lucrativo del juicio de O. J. Simpson). En las relaciones sociales con otros hombres fuera de la esfera del trabajo, los hombres se vieron más obligados que nunca a practicar rituales de dominación. El homicidio entre hombres negros se convirtió rápidamente en la principal causa de muerte entre los hombres de entre dieciséis y cuarenta y cinco años.

En el mundo de la televisión, los programas dirigidos a los chicos nunca dejaron de crear mitos sexistas. Uno de los programas infantiles más populares con un subtexto sobre la masculinidad era El increíble Hulk. Este programa, que era el favorito de chicos de diversas clases sociales y etnias, fue fundamental para enseñar la noción de que, para un hombre, el ejercicio de la fuerza física (brutal y monstruosa) era una respuesta viable a todas las situaciones de crisis. Cuando un sociólogo preguntó a los espectadores jóvenes qué harían si tuvieran el poder de Hulk, dijeron que aplastarían a sus mamás. Hulk fue el precursor de los juguetes Power Ranger que aún son populares junto con videojuegos más recientes que permiten a los niños participar en juegos ritualizados violentos.

El héroe de El Increíble Hulk, al igual que los muchos héroes de la televisión y del cine que le siguieron, es el candidato perfecto para ser incluido en el libro de Barbara Ehrenreich The Hearts of Men: American Dreams and the Flight from Commitment. Es un hombre siempre en fuga, incapaz de desarrollar lazos duraderos o intimidad. Un científico de formación (la máxima personificación del hombre racional), cuando experimenta ira, se convierte en una criatura de

color y comete actos violentos. Después de ejercer la violencia, vuelve a su yo racional normal de hombre blanco. No recuerda sus acciones y, por lo tanto, no puede asumir la responsabilidad de ellas. Dado que él (como el héroe de una serie popular para adultos, El fugitivo) es incapaz de formar lazos emocionales duraderos con amigos o familiares, no puede amar. Se desarrolla en la desconexión y la disociación. Como los hombres de la Generación Beat, como los hombres más recientes de la Generación X, es el símbolo del último hombre patriarcal: solo, en movimiento, siempre a la deriva, conducido por la bestia que lleva dentro.

El Increíble Hulk vinculó el sexismo y el racismo. El científico varón, blanco, racional, sensato y tranquilo se convertía en una bestia de color cada vez que sus pasiones se despertaban. Atormentado por el conocimiento de esta transformación, busca una cura, una forma de disociarse de la bestia interior. Al escribir sobre la conexión entre el racismo y la construcción de la masculinidad en White Hero, Black Beast, Paul Hoch plantea lo siguiente:

De hecho, existe una estrecha interacción entre la concepción occidental predominante de la masculinidad y la de la dominación racial (y de las especies). La idea, originaria del mito y la fábula, es que la cumbre de la masculinidad, el «héroe blanco», logra su hombría, ante todo, al vencer a la «bestia oscura» o a las bestias bárbaras de otras –en cierto sentido, «más oscuras»– razas, naciones y castas sociales.

Películas recientes como Men in Black, Independence Day y The Matrix se basan en estas narrativas racializadas de oscuridad frente luz para valorar la masculinidad blanca patriarcal en el ámbito de la fantasía. En nuestra vida actual, las políticas imperialistas de supremacía blanca de nuestro gobierno conducen a promover rituales de dominación violenta de hombres blancos en un universo más oscuro, como en la Guerra del Golfo y la guerra más reciente contra Irak. Al hacer parecer que la masculinidad amenazadora –el violador, el terrorista, el asesino– es en realidad un otro oscuro, los patriarcas varones blancos pueden desviar la atención de su propia

misoginia, de su violencia contra mujeres y niños.

La popularización del gangsta rap, encabezada por ejecutivos blancos de la industria de la música, dio una voz pública al patriarcado y al odio a las mujeres. Sin embargo, al promover las voces de los hombres negros jóvenes (muchos de los cuales, al comienzo, provenían de clases bajas), los hombres blancos de la clase dominante podían explotar el deseo de sus clientes por los adornos de la masculinidad patriarcal (dinero, poder, sexo) y al mismo tiempo hacer de sus mensajes antifeministas las lecciones que aprenderían los jóvenes blancos. Al igual que los hombres blancos conservadores que controlan el gobierno utilizan a hombres negros individuales, por ejemplo, Colin Powell, para predicar el evangelio de la guerra al público estadounidense (afirmando la idea de que el otro más oscuro es la amenaza que el heroico hombre blanco debe aniquilar), la demonización que hacen los medios de comunicación de los hombres negros como el epítome de la brutal masculinidad patriarcal desvía la atención de la masculinidad patriarcal de los hombres blancos y de su odio a las mujeres.

Una de las formas en que los hombres blancos patriarcales utilizaron los medios de comunicación para librar la guerra contra el feminismo fue retratar sistemáticamente al hombre violento que odia a las mujeres como aberrante y anormal. Un ejemplo perfecto de los extremos a los que llegarán los hombres blancos patriarcales para negar su violencia patriarcal aparece en el documental de la PBS sobre El estrangulador de la colina. Los espectadores pueden ver a los psiquiatras hablar con un asesino en serie blanco que asesinó a varias mujeres y a dos niñas. Es una historia contada en partes, cada parte es muy dramática y está llena de suspenso. Los espectadores descubren que el acusado es un apuesto chico blanco típicamente estadounidense (uso la palabra «chico» porque los comentaristas se refieren una y otra vez a sus cualidades juveniles) con una hermosa esposa rubia y un hijo pequeño. Se nos dice que no tiene la apariencia de un villano, de un asesino. Nos muestran que es trabajador, querido, etc. Todas estas cualidades hicieron que los detectives y policías (todos blancos y hombres) se mostraran reacios a arrestarlo. Les parecía un «sospechoso poco probable». Después de su arresto, se incorporaron al caso profesionales de la salud mental, varones y blancos, para al menos proporcionar

documentación de que si este hombre, súper estadounidense, blanco, había cometido todos estos crímenes violentos contra esas mujeres, lo había hecho porque estaba loco.

Finalmente, un astuto médico descubre que el acusado ha estado fingiendo estar loco para escapar del castigo. Parece que había estudiado psicología antes de cometer sus delitos para saber cómo parecer loco. Cuando el médico finalmente lo «desenmascara», el estrangulador de la colina dice: «Una mujer no es nada para mí. Puedo matarla en un minuto». Cuando se cierra el juicio y el juez blanco lee sus comentarios finales sobre el caso, les dice a los espectadores que el estrangulador de la colina era un misógino, un hombre que odiaba a las mujeres. Sin embargo, el juez no vincula esta misoginia con el patriarcado, el sexismo o la dominación masculina. En cambio, se nos dice que la madre del hombre le pegaba para expresar su ira hacia un marido jugador, violento y mala persona. En el análisis final, se culpa a una mujer por la violencia de este hombre contra las mujeres, otro caso de «ella me obligó a hacerlo». No se dice nada de su estrategia de disimulo racionalmente planeada o de la forma en que engañó a muchas mujeres y a otras personas fingiendo ser un buen tipo, haciéndose pasar por el patriarca benevolente.

Desde el movimiento feminista contemporáneo, el género de la novela de misterio ha explotado cuestiones feministas como la violencia doméstica, la violación y el incesto para crear villanos masculinos que son misóginos. Desde novelas como Jagged Edge hasta la más reciente The Analysand utilizan temas feministas, aunque defienden la necesidad de la violencia patriarcal. En un mundo real donde más del noventa por ciento de los crímenes violentos son cometidos por hombres, no es sorprendente que la cultura popular ofrezca modelos tanto negativos como positivos de lo masculino. Los hombres dominantes que odian a las mujeres son representados constantemente como solitarios, que pueden haber sufrido abusos cuando eran niños y que no pudieron adaptarse en la sociedad normal. Irónicamente, estos hombres «malos» comparten los mismos rasgos de carácter que los hombres «buenos» que los cazan y los matan. En ambos casos, los hombres disimulan (adoptan diversas apariencias y disfraces para manipular la percepción que tienen los demás de su identidad) y carecen de la capacidad de

conectar emocionalmente con los demás.

En películas contemporáneas como Good Will Hunting se muestra que el hombre sensible tiene un trasfondo violento. En la película, Will es un joven de clase trabajadora que tiene la oportunidad de convertirse en un hombre sano si puede afrontar su traumática infancia y aprender a sentir de nuevo. Es un retrato cinematográfico de un hombre de la cultura patriarcal que intenta recuperar las conexiones. Terrence Real escribe sobre la película:

Como Will Hunting nos muestra, un hombre no puede conectar con otros y permanecer separado de su propio corazón. La intimidad genera demasiados sentimientos fuertes. Lidiar con ellos es un trabajo indispensable para permanecer cerca. Sin embargo, el estoicismo de la desconexión, la estrategia de evitar los propios sentimientos, es precisamente el valor en el que se educa a los chicos... La empatía hacia uno mismo y hacia los demás reside en un ámbito que ha permanecido devaluado e inexplorado: el ámbito de las mujeres... Tanto las raíces del dolor de Will como su derecho a huir de él, infligiéndolo, en su lugar, a aquellos que más le importan, se encuentran en el corazón del patriarcado, el código masculino en el que son educados todos los niños.

Este código patriarcal se transmite de generación en generación. La galardonada película Monster's Ball representa a tres generaciones de hombres blancos: el patriarca gobernante, que es víctima de una vida dura, de beber y fumar, su hijo patriarcal obediente, que trabaja como director de una prisión, y la tercera generación, el nieto, que también sigue los pasos de sus mayores.

Para encarnar el ideal masculino patriarcal, estos hombres blancos deben aprender a desconectarse de sus sentimientos. El patriarca gobernante se dirige a su hijo con insultos y le dice que «tu madre no era una mierda». La vergüenza es la forma en que mantiene el control. Racista y misógino, es seguido ciegamente por su hijo hasta el momento en que el nieto, a quien se considera débil porque es antirracista y capaz de sentir, se enfrenta a su padre. El chico

pregunta por qué el padre no lo ama y luego se dispara en la boca. Su suicidio pone fin al ciclo patriarcal y conduce a la transformación de su padre, que busca la redención entre los negros a los que antes odiaba. Ninguna otra película contemporánea expone la maldad del patriarcado con tanta maestría como Monster's Ball. El camino hacia la redención requiere el repudio del gobierno patriarcal de los hombres blancos. Sin embargo, como en muchas de las películas que retratan a hombres que se oponen al patriarcado, al final el cambio es simplemente un paso de un patriarca dominante violento a un patriarca benevolente y amable.

Los libros y películas contemporáneos ofrecen retratos claros de los males del patriarcado sin ofrecer ninguna orientación para el cambio. En última instancia, envían el mensaje de que la supervivencia masculina exige aferrarse a algún vestigio de patriarcado. En Monster's Ball, el hombre que es realmente diferente, que es humano, sentimental, antirracista y que desea dejar atrás la objetivación pornográfica patriarcal para vivir una intimidad genuina es una víctima. Se suicida. Al ver esta película, ningún hombre se sentirá inspirado para desafiar verdaderamente al sistema. En otra película, Igby Goes Down, el padre, que está en contacto con sus sentimientos, es esquizofrénico. Cuando comparte sus sentimientos de no poder soportar el peso de la responsabilidad patriarcal con su hijo, Igby no puede establecer una conexión emocional. Impulsado por su odio hacia su madre, Igby abraza la crueldad del mundo que lo rodea y solo escapa de ser violento eligiendo convertirse en un fugitivo, un hombre que huye en busca de un yo que no puede encontrar. La gran mayoría de las películas contemporáneas envían el mensaje de que los hombres no pueden escapar de la bestia interior. Pueden fingir, pueden disimular, pero nunca pueden eliminar el control del patriarcado sobre su conciencia.

Hasta que podamos crear una cultura popular que afirme y valore la masculinidad sin defender el patriarcado, nunca veremos un cambio en la forma en que la mayoría de los hombres piensan sobre la naturaleza de su identidad. En Good Will Hunting, ante la posibilidad de conocer el amor, Will debe tomar una decisión. Debe dejar de lado sus sentimientos de humillación y vergüenza engendrados por su traumático pasado, debe elegir la vida sobre la

muerte. Su elección de amar, de vivir, es la ruptura con el modelo patriarcal que libera su espíritu. Como espectadores celebramos su nueva conciencia de su bondad esencial, su redención. Su recuperación nos da esperanza.

Los medios de comunicación son un poderoso vehículo para enseñar el arte de lo posible. Los hombres conscientes deben reclamarlo como el espacio de su voz pública y crear una cultura popular progresista que enseñe a los hombres cómo conectarse con los demás, cómo comunicarse, cómo amar.

9.

El espíritu masculino curativo

Los hombres no pueden hablar de su dolor en la cultura patriarcal. Los chicos aprenden esto en la primera infancia. Cuando era niña, estaba fascinada con un hombre de mi iglesia, un diácono, que se colocaba ante la congregación y hablaba de su amor por el espíritu divino. A menudo, en medio de su testimonio, comenzaba a llorar, enjugando sus lágrimas en un gran pañuelo blanco. Las niñas y los niños que presenciaban su llanto se sentían avergonzados por él, porque a sus ojos se mostraba débil. Cuando lloraba, los hombres que estaban a su lado apartaban la mirada. Se avergonzaban de ver a un hombre expresar un sentimiento intenso.

Recordé a este hermoso hombre con sentimientos en la autobiografía de mi niñez, Bone Black:

Para su mente infantil, los ancianos eran los únicos hombres con sentimientos. No los recordaba oliendo a alcohol y a colonia dulce. Los recordaba como mariposas, moviéndose livianos y hermosos, quedándose inmóviles solo por un momento… Eran hombres de piel morena y rostros serios, los diáconos de la iglesia, los hombres que eran la mano derecha de Dios. Eran los hombres que lloraban cuando sentían su amor, quienes lloraban cuando el predicador hablaba del siervo bueno y fiel. Sacaban pañuelos arrugados de sus bolsillos y vertían lágrimas en ellos, como si estuvieran vertiendo leche en una taza. Ella quería beber esas lágrimas que, como la leche, podían alimentarla y ayudarla a crecer.

Para contrarrestar las representaciones patriarcales de los hombres como personas sin sentimientos, tanto en los libros que escribo para

adultos como en los que escribo para niños y niñas, me he esforzado por crear imágenes de hombres que demuestran la belleza y la integridad de su espíritu.

Aunque rara vez usamos la palabra «patriarcado», todo el mundo sabe cómo la masculinidad sexista ha invadido los espíritus de los hombres. Aunque se equivocaba al culpar implícitamente a las mujeres de la muerte emocional que sienten los hombres, el poeta Robert Bly pedía a los hombres que encontraran al hombre salvaje en su interior con la esperanza de que, en un espacio seguro, dejaran que sus corazones hablaran, que aullaran y lloraran y bailaran y jugaran, encontrando de nuevo el espíritu en su interior. Por supuesto, los hombres que participaban en talleres como los que dirigía Bly, se relajaron por un tiempo y luego regresaron a su mundo patriarcal, dejando atrás el espíritu salvaje. Cualquier lector de la obra de Robert Bly Iron John puede escuchar la culpa hacia la madre en sus palabras. Y Bly tiene razón al exigir que todos veamos el papel que desempeñan las madres en adormecer el espíritu de los niños, pero no reconoce que esas madres, en sus actos de sadismo materno, en realidad están haciendo el trabajo del cuidado patriarcal, están haciendo lo que les han enseñado que debe hacer una buena madre.

Es muy irónico que ahora estemos viviendo en una época en la que se nos dice que nos preguntemos si las madres pueden criar hijos, cuando a tantos hombres patriarcales las madres les han enseñado las creencias y los valores del patriarcado, de primera mano. Muchas madres en la cultura patriarcal expresan la rabia que sienten hacia los hombres adultos dirigiéndola hacia sus hijos. En The Power of Partnership, Riane Eisler lo explica: «Algunas mujeres dirigen su ira reprimida contra los hombres que sienten que son débiles o vulnerables, sus hijos, por ejemplo. El psicólogo David Winter descubrió que las mujeres que viven en países o en períodos de extrema dominación masculina tienden a controlar mucho a sus hijos, que son los únicos hombres contra los que pueden desahogarse sin peligro. Las mujeres que están en estas circunstancias a menudo abusan sutilmente, o no tan sutilmente, de sus hijos». Muchas madres, en la cultura patriarcal, silencian el espíritu salvaje de sus hijos, el espíritu de asombro y de ternura juguetona, por temor a que sus hijos sean débiles, no estén

preparados para ser hombres machistas, hombres de verdad, hombres que otros hombres envidiarán y admirarán.

Gran parte de la ira que los hombres dirigen contra las madres es una respuesta al fracaso de la madre para proteger el espíritu del niño del daño patriarcal. En una de las sesiones de terapia familiar sobre las que escribe Terrence Real en How Can I Get Through You, un hijo describe ese momento en el que la cultura patriarcal interfiere en el vínculo emocional con su madre, y la aquiescencia de esta. El hijo recuerda: «Me estaba diciendo: "Déjame irme, cariño. Solo déjame irme. Sabemos que tu padre es un bruto. Vivimos juntos en un mundo de sentimientos refinados que él nunca podrá comprender. Pero verás, cariño, estoy indefensa, ¿no? ¿Qué voy a hacer?"» Todos los días, las madres están eliminando brutalmente y sin piedad su conexión emocional con sus hijos para entregarlos al patriarcado, ya sea a un padre insensible real o a uno simbólico. Los chicos sienten el dolor y no tienen un lugar donde dejarlo, lo llevan dentro. Lo llevan a un lugar donde se convierte en rabia.

Al aprender a disimular, los hombres aprenden a esconder su rabia, su sensación de impotencia. Sin embargo, cuando los hombres aprenden a crear un falso yo como una forma de mantener la dominación masculina, no tienen una base sólida sobre la cual construir una autoestima saludable. Usar siempre una máscara como forma de afirmar la presencia masculina es vivir siempre en la mentira, estar perpetuamente privado de un auténtico sentido de identidad y bienestar. Esta falsedad hace que los hombres experimenten un intenso dolor emocional. Los rituales de dominación ayudan a manejar el dolor. Proporcionan un sentido ilusorio de uno mismo, una identidad. El poeta y agricultor Wendell Berry en The Unsettling of America: Culture and Agriculture sugiere que «si eliminásemos el estatus y la compensación de las hazañas destructivas que clasificamos como "varoniles", los hombres sufrirían tanto como las mujeres. Veríamos que están sufriendo por la misma razón: están excluidos de la unión con los hombres y las mujeres, que es la conexión más profunda con la unión de todas las criaturas». Muchos hombres de nuestra sociedad no tienen estatus ni privilegios, no reciben ninguna compensación gratuita, no reciben beneficios del patriarcado capitalista. Para estos hombres, la

dominación de mujeres y niños puede ser la única oportunidad de afirmar una presencia patriarcal. Estos hombres sufren. Su angustia y desesperación no tiene límites ni fronteras. Sufren en una sociedad que no quiere que los hombres cambien, que no quiere que los hombres reconstruyan la masculinidad para que el núcleo de la formación social de la identidad masculina no esté basado en una ética de dominación. En lugar de reconocer la intensidad de su sufrimiento, disimulan. Fingen. Actúan como si tuvieran poder y privilegios cuando se sienten impotentes. La incapacidad de reconocer la profundidad del dolor masculino hace que sea difícil para los hombres cuestionar y cambiar la masculinidad patriarcal.

Los lazos emocionales rotos con madres y padres, los traumas del descuido emocional y el abandono que tantos hombres han experimentado y no han podido nombrar, han dañado y herido las mentes de los hombres. Muchos hombres no pueden hablar de su sufrimiento. Como las mujeres, las que más sufren se aferran a los propios promotores de su sufrimiento, negándose a oponerse al sexismo o a la opresión sexista. Su rechazo se basa en el temor de que su debilidad quede expuesta. Temen reconocer la profundidad de su dolor. A medida que su dolor se intensifica, también lo hace su necesidad de ejercer la violencia, de dominar y abusar coercitivamente de los demás. Barbara Deming lo explica: «Creo que la razón por la que los hombres son tan violentos es que saben, en el fondo de sí mismos, que están actuando como una mentira, y por eso están furiosos. No puedes ser feliz viviendo una mentira, y por eso están furiosos, por estar atrapados en la mentira. Pero no saben cómo salir de ella, por lo que simplemente se adentran más en ella». Para muchos hombres, el momento de la conexión violenta puede ser la única intimidad, la única cercanía alcanzable, el único espacio donde se libera la agonía. Cuando las mujeres feministas insisten en que todos los hombres son poderosos opresores que victimizan desde el lugar del poder, ocultan la realidad que muchos victimizan desde el lugar de la victimización. La violencia que ejercen sobre los demás suele ser un refiejo de la violencia ejercida sobre y dentro de uno mismo. Muchas feministas radicales se han irritado tanto por la dominación masculina que no pueden reconocer la posibilidad de que los hombres sufran o perdonen. No examinar la victimización de los hombres nos impide comprender la masculinidad, descubrir el espacio de conexión que podría llevar a

más hombres a buscar la transformación feminista. Cuando anima a las mujeres a superar su miedo a la ira masculina, Barbara Deming escribe que los hombres están «furiosos porque están representando una mentira, lo que significa que en una parte profunda de sí mismos quieren ser liberados de ella, sienten nostalgia por la verdad». Ella explica que «su furia nos da motivos para tener miedo, pero también nos da motivos para tener esperanza».

Ha sido terriblemente difícil para las defensoras del feminismo crear nuevas formas de pensar sobre la masculinidad, paradigmas feministas para la reconstrucción de la masculinidad. A pesar de los éxitos del movimiento feminista, la socialización de los chicos –la creación de la identidad patriarcal masculina– no se ha alterado radicalmente. La escritura feminista, ya sea de ficción o teórica, rara vez se centra en el cambio de los hombres. Siempre me siento molesta cuando estudiantes varones me piden referencias literarias que les sirvan de guía cuando intentan cuestionar el patriarcado y crear identidades progresistas, porque hay muy poca literatura que pueda ofrecerles. Por el contrario, puedo ofrecer innumerables referencias a cualquier estudiante que me diga que está tratando de comprender críticamente y cambiar los roles femeninos sexistas. Es necesario que haya más obras feministas que se dirijan específicamente a los hombres. Necesitan planos feministas para el cambio.

En un curso sobre teoría feminista les pedí a los estudiantes que comentaran un libro, una película, un programa de televisión o cualquier experiencia personal que les ofreciera ejemplos de una masculinidad feminista, reconstruida. En una clase de más de cuarenta alumnos hubo pocas respuestas positivas. Varios estudiantes hablaron sobre la vieja película de John Sayles The Brother from Another Planet y su película más reciente, Sunshine State. Yo destaqué la novela de Alice Walker The Color Purple. A menudo, cuando se habla de esta novela, la transformación de Celie de objeto a sujeto recibe atención, pero nadie habla del hecho de que la novela también narra la transformación de Mister, su alejamiento de la masculinidad patriarcal hacia un yo afectuoso y cariñoso que es capaz de participar en la comunidad.

En la ficción feminista surgen roles radicalmente nuevos para los

hombres. Como fantasía, The Color Purple ofrece una visión utópica del proceso por el cual los hombres que encarnan una masculinidad sexista destructiva cambian. En The Color Purple, Walker retrata las técnicas de dominación patriarcal utilizadas por los hombres para mantener el poder en el hogar, escribiendo relatos gráficos de abuso y terrorismo, pero también retrata el proceso por el cual el hombre dominante adquiere una nueva conciencia y nuevas formas de ser. Su visión utópica de la transformación masculina no coloca la única carga del cambio sobre los hombres.

Celie también debe cambiar sus actitudes hacia los hombres. No solo debe apoyar la transformación de Albert, debe comprenderlo y perdonarlo. Su aceptación le permite volver a unirse a la comunidad, asumir una visión de asociación mutua. Al final de la novela, Celie dice de Albert:

Se te hará raro que no lo odie, después de todo el mal que ha hecho. Y no lo odio por dos cosas. Una, porque él quería a Shug. Y dos, porque Shug lo quería. Además, parece que ahora trata de ser de otra manera. No es solo que trabaja y se organiza y aprecia esas cosas que Dios se permitió el capricho de hacer. Quiero decir que ahora te escucha cuando le hablas y un día, sin venir a cuento, mientras estábamos hablando, me dijo: Celie, me alegro de haber aprendido por fin a vivir en este mundo como un hombre natural. Me parece una nueva experiencia.

Para cambiar, Albert debe entender por qué abusaba de las mujeres. Él ubica ese deseo de abusar en el trauma de su infancia, cuando se ve obligado a elegir contra su verdadero yo como parte de su adoctrinamiento en el patriarcado. Al estar él mismo deshumanizado, le es fácil sentirse justificado para deshumanizar a los demás. Al final del libro, Albert se convierte en un pensador contemplativo que busca comprender la razón de la existencia humana. Dice: «Creo que estamos aquí para refiexionar. Para refiexionar. Para preguntar. Y que al refiexionar sobre las cosas importantes y al preguntar por las cosas importantes aprendes sobre las pequeñas, casi por casualidad. Pero nunca sabes más sobre las

cosas importantes de lo que sabías al principio. Cuanto más refiexiono [dice], más amo». Como patriarca, Albert no podía amar.

A diferencia del personaje ficticio de Walker, Albert, la mayoría de los hombres no se ven obligados a cambiar por circunstancias que escapan a su control. La mayoría de los hombres que sufren una crisis de masculinidad no saben a dónde acudir para buscar un cambio. En la película Antwone Fisher (que se basa en una historia real), el joven negro con problemas expresa su crisis diciendo: «No sé qué hacer». Un futuro feminista para los hombres puede permitir la transformación y la curación. Como defensoras del feminismo que buscamos acabar con el sexismo y la opresión sexista, debemos estar dispuestas a escuchar a los hombres hablar sobre su dolor. Solo cuando nos enfrentemos valientemente al dolor masculino, sin apartarnos, podremos aportar a los hombres la conciencia emocional que requiere la curación.

Para curarse, los hombres deben aprender a sentir nuevamente. Deben aprender a romper el silencio, a hablar del dolor. A menudo, los hombres, para hablar del dolor, primero se dirigen a las mujeres con las que viven, pero estas no les escuchan. En muchos sentidos, las mujeres han asumido la mística patriarcal masculina. Cuando se les pida que vean cómo un hombre expresa sus sentimientos, que escuche esos sentimientos y respondan, es posible que simplemente se alejen. Hubo un tiempo en el que a menudo yo le pedía mi compañero que me contara sus sentimientos. Y, sin embargo, cuando comenzaba a hablar, lo interrumpía o lo silenciaba llorando, enviándole el mensaje de que sus sentimientos eran demasiado intensos para que nadie los soportara, por lo que era mejor que se los guardara para sí. Como nos recuerda el cómic Sylvia que mencioné anteriormente, las mujeres tienen miedo de escuchar a los hombres expresar sus sentimientos. No quería escuchar el dolor de mi compañero porque escucharlo requería que renunciara a mi creencia en el ideal patriarcal del hombre como protector de las personas heridas. Si estaba herido, ¿cómo podría protegerme?

A medida que maduraba, a medida que mi conciencia feminista se desarrollaba para incluir el reconocimiento del abuso patriarcal de los hombres, pude escuchar el dolor masculino. Pude ver a los hombres como camaradas y compañeros de viaje en la aventura de

la vida y no como personas que solo existían para aportar un apoyo instrumental. Dado que los hombres aún tienen que organizar un movimiento de hombres feministas que proclame los derechos de los hombres a la conciencia y a la expresión emocionales, no sabemos cuántos hombres han tratado de expresar sus sentimientos con el resultado de que sus compañeras se han desconectado o se han distanciado. Hablando con algunos hombres, me ha sorprendido que hay hombres que confiesan que cuando comparten sentimientos intensos con un compañero masculino, ese amigo le interrumpe para silenciar la conversación, no le responde o se distancia. Hombres de todas las edades que quieren hablar sobre sus sentimientos aprenden a no acudir a otros hombres. Y si son heterosexuales, es mucho más probable que intenten comunicarse con mujeres con las que han tenido una relación sexual. Las mujeres hablan del hecho de que la conversación íntima con los hombres a menudo tiene lugar en los breves momentos antes y después del sexo. Y, por supuesto, nuestros medios de comunicación muestran una y otra vez la imagen del hombre que acude a una trabajadora sexual para compartir sus sentimientos porque no hay intimidad en esa relación y, por lo tanto, no existe un riesgo emocional real.

Ser «vulnerable» es un estado emocional que muchos hombres intentan evitar. Algunos hombres pasan toda su vida en un estado de evitación y, por lo tanto, nunca experimentan la intimidad. Lamentablemente, todas nos hemos aliado con el patriarcado fingiendo con los hombres, fingiendo niveles de intimidad y cercanía que no sentimos. Les decimos a los hombres que los amamos, aunque sentimos que no tenemos la menor idea de quiénes son en realidad. Les decimos a los padres que los amamos, aunque nos aterroriza compartir nuestra percepción de ellos, nuestro miedo de que, si no estamos de acuerdo, seremos expulsadas, excomulgadas. De esta manera, todas colaboramos con la cultura patriarcal para hacer que los hombres sientan que pueden tenerlo todo, que pueden asumir la hombría patriarcal y seguir queriendo a sus seres queridos. En realidad, cuanto más patriarcal es un hombre, más desconectado debe estar de los sentimientos. Si no puede sentir, no puede conectarse. Si no puede conectarse, no puede tener intimidad.

Es significativo que Terrence Real sugiera que la mayoría de los

hombres no saben qué es la intimidad, que el «mundo de la masculinidad, de estar arriba o abajo, deja poco espacio para la ternura… o estás controlado o eres el que controla, o eres dominante o eres dominado». Él comparte la poderosa percepción de que «cuando hablan de temer la intimidad, lo que realmente quieren decir es que temen la subyugación». Este miedo a la subyugación a menudo es provocado por la realidad de que los niños criados por mujeres patriarcales son controlados a través de su deseo de cercanía materna. En el sadismo maternal, la mujer manipuladora explota la vulnerabilidad emocional del niño para someterlo a su voluntad, para subyugarlo. Esta primera experiencia reside en la base del miedo de muchos hombres a tener intimidad con una mujer adulta. Y puede explicar por qué tantos hombres en la cultura patriarcal buscan intimidad con niñas o mujeres lo suficientemente jóvenes como para ser sus hijas.

Hay poco debate feminista sobre el sadismo materno en relación a los niños porque ha sido difícil para las pensadoras feministas encontrar un lenguaje para nombrar el poder que las madres ejercen sobre los niños en una cultura patriarcal, donde en el contexto social más amplio las madres tienen tan poco poder. Sin embargo, puede ser esa misma impotencia en su relación con los hombres adultos en el patriarcado lo que lleva a tantas mujeres a ejercer un poder emocional sobre los niños de una manera dañina. Por esta razón, los hogares monoparentales donde las madres son disfuncionales y abunda el sadismo materno son un lugar tan poco saludable para criar a los niños como los hogares biparentales disfuncionales, donde el sadismo materno es la norma. En el hogar biparental, el niño puede tener la suerte de contar con un varón adulto que sirve para intervenir contra el sadismo materno, que actúa como un testigo consciente. Esta intervención está ausente en el hogar gestionado solo por una mujer.

Las mujeres no son intrínsecamente más cariñosas que los hombres. Las mujeres pueden cuidar y a la vez ser emocionalmente abusivas. Ha habido una tendencia tan fuerte en la cultura patriarcal a simplemente asumir que las mujeres son cariñosas y capaces de tener intimidad, que el fracaso de la mujer en adquirir las habilidades relacionales que harían posible la intimidad, a menudo pasa desapercibido. A la mayoría de las mujeres se les anima a

aprender habilidades relacionales, sin embargo, la autoestima dañada puede impedirnos aplicar esas habilidades de una manera saludable. Si vamos a comenzar a crear una cultura en la que la masculinidad feminista pueda prosperar, entonces las mujeres que sean madres deberán educarse a sí mismas para la conciencia crítica. En un futuro cercano, podemos esperar tener más datos que nos muestren que a los niños les va mejor cuando tienen padres y madres cariñosos, ya sea juntos o separados, que les enseñan cómo tener intimidad. Mientras tanto, creemos un espacio donde los hombres que carecen de habilidades relacionales puedan aprenderlas.

Como escriben valientemente Zukav y Francis en The Heart of the Soul, «la intimidad y la búsqueda de poder externo –la capacidad de manipular y controlar–, son incompatibles». Antes de que la mayoría de los hombres puedan tener intimidad con otros, deben tener intimidad consigo mismos. Tienen que aprender a sentir y a ser conscientes de sus sentimientos. Los hombres que enmascaran sentimientos o los reprimen simplemente no quieren sentir el dolor. Dado que el dolor emocional es el sentimiento que la mayoría de los hombres han ocultado, adormecido o bloqueado, el viaje de regreso al sentimiento se realiza con frecuencia a través del portal del sufrimiento. Mucha rabia masculina esconde este lugar de sufrimiento: este es el secreto mejor guardado. A menudo, cuando una mujer se acerca al dolor masculino, atravesando la máscara masculina para ver la vulnerabilidad emocional que hay debajo, se convierte en el objeto de la ira.

A menudo la vergüenza por la vulnerabilidad emocional es lo que los hombres cerrados emocionalmente buscan ocultar. Dado que la vergüenza se usa a menudo para socializar a los niños lejos de sus sentimientos, para que asuman la máscara masculina patriarcal, muchos hombres adultos tienen una voz interna de vergüenza. Los estudios indican que los padres patriarcales rara vez son asesinados por sus hijos, las madres son asesinadas más, porque la rabia que sienten muchos varones por la vergüenza del padre suele transferirse a las figuras de autoridad femeninas. Con las mujeres, especialmente, el niño herido que hay dentro del hombre puede enfurecerse sin temor a represalias. Cuanto más íntima es la relación, más probabilidades hay de que ella sea tanto el blanco de

la ira como la guardiana secreta, sin decirle a nadie que él es adicto a la ira. Este es especialmente el caso cuando el hombre maltratado es un hijo que golpea físicamente a su madre o a sus hermanos más débiles. La violencia de los hijos varones, especialmente los adolescentes, hacia las madres rara vez se menciona en nuestra cultura. Ahora que tantos hombres adultos solteros regresan a casa para vivir con parientes que son mujeres, o ni siquiera se van de casa, existe un problema creciente de confiictos domésticos, tanto emocionales como físicos, que están encubiertos.

El terrorismo íntimo en las relaciones de pareja entre hombres y mujeres se identifica como un problema, en particular el abuso emocional. Sin embargo, se dice muy poco sobre el terrorismo íntimo entre hijos/hijas adultos y padres/madres. La reciente película The Piano Teacher mostró gráficamente la violencia sadomasoquista que puede existir entre una hija adulta y una madre, asumiendo la forma de un abuso tanto emocional como físico. En esta película los adultos que se muestran son mujeres, y al público le está permitido interpretar lo que ven de acuerdo con las nociones sexistas tradicionales de la competencia femenina. Sin embargo, en la vida real se da un tremendo abuso emocional en las relaciones de madre sola e hijo o hija adulta que no se menciona. En la cultura patriarcal, las mujeres están capacitadas para encubrir y ocultar el abuso masculino, más aún cuando el culpable es un hijo y la víctima su madre. Estas situaciones de intimidad enfermiza existen debido a nuestro fracaso cultural para enseñar a mujeres y hombres lo que es la intimidad. Y mientras las mujeres sigan siendo las principales cuidadoras de la familia, tendremos la mayor parte de la responsabilidad de aprender a tener intimidad con nosotras mismas y a compartir ese conocimiento con niños y niñas.

Aprender a tener intimidad es una habilidad relacional que nos enseña el valor del autoconocimiento. Gary Zukav y Linda Francis, que ofrecen una definición de intimidad más amplia y significativa que la antigua noción de simplemente estar cerca y ser vulnerable con alguien, afirman que «se crea intimidad cuando se deja de buscar el poder externo –la capacidad de manipular y controlar– y se busca el poder auténtico –la coherencia de tu personalidad con tu alma». En los últimos años se han publicado varios libros de autoayuda que instan a los lectores a cuidar de su alma. Estos libros

de James Hillman, Thomas Moore y Gary Zukav han sido superventas nacionales. Irónicamente, estos hombres hablan de la necesidad de cuidar nuestras almas como si el camino hacia ese cuidado fuera el mismo para mujeres y hombres. En la introducción a Care of the Soul, de Thomas Moore, les dice a los lectores: «El trabajo satisfactorio, las relaciones gratificantes, el poder personal y el alivio de los síntomas son todos regalos del alma. Son particularmente esquivos en nuestro tiempo porque no creemos en el alma y, por lo tanto, no les damos un lugar en nuestra jerarquía de valores... Vivimos en una época de profunda división, en la que la mente está separada del cuerpo y la espiritualidad está reñida con el materialismo. Pero, ¿cómo podemos salir de esta división?». Los pensadores visionarios creen que al exponer la forma en que la lógica de la dominación ha creado la división y al elegir el modelo de interrelación e interdependencia, podemos comenzar el trabajo de restaurar la integridad, y con la integridad viene el cuidado del alma.

Los hombres atrapados en la lógica de la masculinidad patriarcal tienen dificultades para creer que sus almas importan. Quizá es un sesgo patriarcal que lleva a Thomas Moore a sugerir al final de su llamamiento para que todos cultivemos el bienestar del alma que «el cuidado del alma no es un proyecto de superación personal... No tiene nada que ver con vivir correctamente o con la salud emocional». Esta necesidad de negar la relación entre el cuidado del alma y el autocuidado es en sí misma indicativa de las divisiones binarias en la conciencia que critica Moore. Quien se preocupa por su alma adecuadamente experimenta una mejora de su bienestar emocional.

Los hombres necesitan escuchar que sus almas importan y que el cuidado de sus almas es la tarea principal de su ser. Si todos los hombres buscaran descubrir una mayor conciencia en sus vidas en lugar de buscar el poder a través de un modelo de dominación, entonces el mundo tal como lo conocemos se transformaría en algo mejor.

No puede ser un mero accidente del destino que los maestros visionarios que nos están aportando mensajes sobre formas de cuidar el alma que mejorarán la vida en el planeta sean hombres de

color de países pobres, hombres que viven en el exilio, hombres que han sido victimizado por la violencia masculina imperialista. Dos hombres que me vienen a la mente son Su Santidad el Dalai Lama y el monje budista vietnamita Thich Nhat Hanh. En Ethics for the New Millenium, el Dalai Lama pide una revolución espiritual. Él comparte su creencia de que todos los humanos desean la felicidad y que una característica principal de la felicidad genuina es la paz interior, que él vincula con el desarrollo de la preocupación por los demás. Su conmovedor mensaje se hace eco del de las pensadoras feministas que le están diciendo al mundo que los hombres pueden curar sus espíritus desarrollando habilidades relacionales: la capacidad de experimentar empatía, de preocuparse por los demás.

La existencia de maestros visionarios que ofrecen guía espiritual a hombres y mujeres nos recuerda constantemente que el amor y la compasión transforman los corazones de los hombres. En línea con esta idea, el Dalai Lama nos enseña la necesidad de cultivar la práctica de la compasión. Aunque haya hombres que se vean a sí mismos trabajando para acabar con el patriarcado, el hecho es que cualquier hombre que elija el camino de la compasión cura el espíritu y se aleja de la dominación. El Dalai Lama plantea estas sabias palabras:

La compasión es una de las principales cosas que dan sentido a nuestra vida. Es la fuente de toda felicidad y de toda alegría duradera. Y es la base de un buen corazón. Mediante la bondad, el afecto, la honestidad, la verdad y la justicia hacia todos los demás, aseguramos nuestro propio beneficio. Este no es un tema que requiera teorías complicadas. Es una cuestión de sentido común... No se puede negar que nuestra felicidad está indisolublemente ligada a la felicidad de los demás. No se puede negar que si la sociedad sufre, nosotros mismos sufrimos... Podemos rechazar todo lo demás: religión, ideología, toda sabiduría recibida. Pero no podemos escapar de la necesidad del amor y la compasión.

Este es el cuidado del alma al que deben atender hombres y mujeres si queremos mantener la vida en el planeta, si queremos vivir

plenamente y vivir bien.

La mayoría de los hombres de nuestra sociedad cree en poderes superiores y, sin embargo, han aprendido a devaluar la vida espiritual, a violar su propio sentido de lo sagrado. Por ello el trabajo de recuperación espiritual –de ver las almas de los hombres como sagradas– es esencial si queremos crear una cultura en la que los hombres puedan amar. Cuando los corazones de los hombres están llenos de compasión y abiertos al amor, entonces, como dice el Dalai Lama, «no hay necesidad de templo o iglesia, de mezquita o sinagoga, no hay necesidad de complicadas filosofías, doctrinas o dogmas para nuestro el corazón, nuestra propia mente es el templo y la doctrina es la compasión».

Cuando el movimiento feminista contemporáneo estaba en su punto más militante, a las que adoramos a deidades masculinas a menudo nos hacíamos sentir como si fuéramos unas traidoras. Sin embargo, a muchas de nosotras nos resultó especialmente útil para mantener nuestro amor por los hombres y el aprecio por el carácter sagrado del alma masculina, separar la ideología patriarcal de las poderosas imágenes de bondad amorosa y enriquecedora encarnadas en las figuras religiosas masculinas. A muchas de nosotras, que éramos hijas heridas con una formación cristiana, nos resultó útil meditar diariamente sobre el salmo veintitrés porque nos evocaba la imagen de un padre que cuida de nuestras almas, que nos afirma y nos asegura que sobreviviremos, que recibiremos la bondad y la misericordia y que el padre nos mantendrá para siempre a su cuidado.

Esta imagen de paternidad cariñosa encarna la masculinidad feminista en su forma más divina. Sanando el espíritu, cuidando las almas de los chicos y los hombres, debemos atrevernos a proclamar nuestra adoración, a inclinarnos ante el varón no como dominador, sino ante el varón como un espíritu divino encarnado con el que podemos unirnos en el amor, sin amenazas de separación, conociendo un amor perfecto que no tiene miedo.

10.

Reivindicar la integridad del hombre

Curar la crisis que hay en el corazón de los hombres requiere de todos y todas un deseo de afrontar el hecho de que la cultura patriarcal ha exigido a los hombres que sean almas divididas. Sabemos que hay hombres que no han sucumbido a esta exigencia, pero la mayoría de los hombres han renunciado a su capacidad de ser completos. La búsqueda de la integridad es el viaje heroico que puede curar la crisis de la masculinidad y preparar los corazones de los hombres para dar y recibir amor.

Aprender a usar una máscara (esa palabra que está ya incluida en el término «masculinidad») es la primera lección de masculinidad patriarcal que aprende un chico. Aprende que sus sentimientos básicos no se pueden expresar si no se ajustan a los comportamientos aceptables que el sexismo define como masculinos. Cuando se les pide que renuncien a su verdadero yo para asumir el ideal patriarcal, los niños aprenden a traicionarse a sí mismos temprano y son recompensados por estos actos de asesinato del alma. El terapeuta John Bradshaw explica la división que tiene lugar cuando un niño aprende que la forma en que se siente orgánicamente no es aceptable. En respuesta a esta lección de que su verdadero yo es inapropiado y equivocado, el niño aprende a asumir un falso yo. Bradshaw lo explica: «La sensación de que he hecho algo mal, que realmente no sé qué es, de que hay algo terriblemente equivocado en mi ser, conduce a una sensación de absoluta desesperanza. Esta desesperanza es el corte más profundo del estado de confusión. Significa que no hay posibilidad para mí tal como soy; no hay forma de que pueda importar a nadie, o de ser digno del amor de nadie mientras siga siendo yo mismo. Debo encontrar la manera de ser otra persona, alguien a quien puedan querer. Alguien que no soy yo». Los roles sexistas limitan la formación de la identidad de los niños y niñas, pero el proceso es

mucho más dañino para los niños porque no solo los roles que se les requieren son más rígidos y limitados, sino que es mucho más probable que reciban un castigo severo cuando se desvían de estos roles.

El movimiento feminista contemporáneo creó un espacio socialmente valorado donde las niñas pueden crear una imagen de sí mismas que es distinta a la de las definiciones sexistas. Esta misma libertad no se ha ampliado a los niños. No es de extrañar, por tanto, que los niños de la cultura patriarcal mantengan la tradición de crear un falso yo, de estar divididos. Esa división en los niños y los hombres a menudo se caracteriza por la capacidad de compartimentar. Esta división en la mente y el alma de los hombres, que en el fondo es muy dañina, es el caldo de cultivo para la enfermedad mental. Cuando se requiere que los hombres usen la máscara de un falso yo, su capacidad de vivir plena y libremente se ve severamente disminuida. No pueden sentir alegría y nunca podrán amar de verdad.

Cualquiera que tenga un falso yo debe ser deshonesto. Las personas que aprenden a mentirse a sí mismas y a los demás no pueden amar porque su capacidad para decir la verdad está dañada y, por lo tanto, no pueden confiar en nadie. Este es el núcleo del daño psicológico infiigido a los hombres en el patriarcado. Es una forma de abuso que esta cultura sigue negando. Los niños socializados para convertirse en patriarcas están sufriendo abuso. Como víctimas de abuso infantil a través de la socialización en la dirección del ideal patriarcal, los niños aprenden que no se les puede amar. Según Bradshaw, aprenden que «las relaciones se basan en el poder, el control, el secreto, el miedo, la vergüenza, el aislamiento y la distancia». Estos son los rasgos que a menudo se admiran en el hombre adulto patriarcal.

Los chicos heridos emocionalmente son socialmente aceptables, e incluso son los que demanda la cultura patriarcal. Negarles su derecho a sentirse plenos, a tener integridad, no solo se promueve, sino que se ve como la forma correcta de hacer las cosas. Terrence Real dice que «forzamos a nuestros hijos a salir del estado de plenitud y de la conexión en la que comienzan sus vidas» y luego les alentamos a «enterrar lo más profundo de sí mismos, a dejar de

hablar o de prestar atención a la verdad, a tener desconfianza, o incluso desprecio, hacia el estado de cercanía que todos, por nuestra naturaleza, más anhelamos». Cuando expone la dura realidad del impacto psicológico del patriarcado, Real tiene el valor de decir esta verdad: «Vivimos en una cultura antirrelacional, que desprecia la vulnerabilidad, que no solo falla a la hora de promover las habilidades de conexión sino que las teme activamente». Enseñar a los niños a despreciar su vulnerabilidad es una forma de socializarlos para que cometan un asesinato del alma autoinfiigido. Esta herida en el espíritu masculino, causada por actos aprendidos de escisión, disociación y desconexión, solo puede curarse mediante la práctica de la integridad. Los varones heridos deben recuperar todas las partes del yo que abandonaron para atender las necesidades de la masculinidad patriarcal. Esta recuperación es la base necesaria para restaurar la integridad del ser masculino.

Hablando sobre el significado de la integridad en su libro más reciente, Living a Life That Matters, el rabino Harold Kushner ofrece esta clara definición: «Integridad significa un ser completo, no estar roto, no estar dividido. Describe a una persona que ha unido las diferentes partes de su personalidad, para que ya no haya una división en el alma». El patriarcado anima a los hombres a renunciar a su integridad y vivir vidas en la negación. Al aprender las artes de la compartimentación, el disimulo y la disociación, los hombres pueden verse a sí mismos actuando con integridad en casos en que no lo hacen. Su estado aprendido de negación psicológica es severo. Abundando en la definición de integridad en el libro Further along the Road Less Traveled, M. Scott Peck analiza el significado de la raíz del término «integridad», que es el verbo «integrar», enfatizando que esto es lo opuesto a la compartimentación. «Los individuos sin integridad se compartimentan naturalmente. Y la masculinidad patriarcal normaliza la compartimentación masculina».

Peck sostiene que la compartimentación es una forma de evitar sentir dolor: «Todos estamos familiarizados con el hombre que va a la iglesia el domingo por la mañana, creyendo que ama a Dios y la creación de Dios y a sus semejantes, pero que, el lunes por la mañana, no tiene ningún problema con la política de su empresa de verter residuos tóxicos en las aguas de la ciudad. Puede hacer esto

porque tiene la religión en un compartimiento y sus negocios en otro». Dado que la mayoría de los hombres han sido socializados para creer que la compartimentación es una práctica positiva, se sienten bien, se sienten cómodos. Practicar la integridad, entonces, es difícil, duele. Peck señala un punto crucial: «La integridad es dolorosa. Pero sin ella no puede haber plenitud». Para sentirse plenos, los hombres deben practicar la integridad.

La integridad es necesaria para una autoestima saludable. La mayoría de los hombres tienen baja autoestima porque constantemente mienten y disimulan (adoptando apariencias falsas) para desempeñar el papel masculino sexista. Cuando identifica la práctica de la integridad como un pilar central de la autoestima en su obra pionera sobre el tema, Six Pillars of Self-Esteem, Nathaniel Branden habla sobre cómo mentir hace daño a la autoestima. Confiesa que, como muchos hombres, una vez se convenció a sí mismo de que era importante decir mentiras para proteger a otras personas, pero finalmente tuvo que enfrentarse a la verdad de que «las mentiras no funcionan». Para honrar su autoestima, para practicar la integridad, aprendió que había que decir la verdad, que «al postergar y retrasar las cosas, simplemente hacía que las consecuencias fueran más terribles para todos». Además, escribe, «no logré proteger a nadie, y menos a mí mismo. Aunque parte de mi motivación era salvar a las personas que me importaban, les infiigí un dolor peor del que habrían experimentado de otra manera. Aunque parte de mi motivación era proteger mi autoestima evitando un confiicto entre mis valores y mis lealtades, fue mi autoestima la que quedó dañada». Esta lógica defectuosa que describe, es la misma que usan muchos hombres patriarcales para evitar decir la verdad y practicar la integridad.

Con demasiada frecuencia se nos hace creer que los hombres obtienen más poder mediante la mentira y la compartimentación. Simplemente no es así. El estrés de cuidar y proteger un falso yo es dañino para el bienestar emocional masculino, erosiona la autoestima. Gran parte de la depresión que sufren los hombres está directamente relacionada con su incapacidad para sentirse completos. A pesar de que han sido socializados para crear y mantener falsos yoes, la mayoría de los hombres recuerdan el verdadero yo que alguna vez existió. Y es ese recuerdo de la pérdida

–junto con la rabia contra el mundo, que promovió el abandono del yo– lo que genera la depresión. Este sufrimiento, cuya fuente a menudo no se identifica en los varones adultos, es constante. Lleva a muchos hombres a la adicción, ya sea a la adicción al trabajo o al abuso de drogas.

La adicción al trabajo es la adicción más común en los hombres porque generalmente se recompensa y no se toma en serio como algo que es perjudicial para su bienestar emocional.

El trabajo es a menudo el espacio donde los hombres se desprenden de los sentimientos. Zukav y Francis describen la adicción al trabajo como una huida de las emociones: «Es una droga que es tan efectiva como el anestésico más poderoso... La adicción al trabajo es un sueño profundo. Es un trance autoinducido que mantiene temporalmente las emociones dolorosas alejadas de tu conciencia». En el momento en que las adicciones dejan de mantener a raya el dolor, muchos hombres se hunden en la depresión. Y como ocurre con tanto dolor masculino, solo en los últimos años se les ha otorgado permiso social a los hombres para enfrentarse a la depresión. Los hombres sufren depresión con frecuencia debido a sus propias expectativas incumplidas o a su perfeccionismo (que nunca puede satisfacerse ya que ser humano supone ser imperfecto). A menudo se sugiere que el movimiento feminista ha quitado o socavado el «poder masculino» y, como consecuencia de ello, los hombres se sienten vacíos. Detrás de esta noción está la idea de que las mujeres son las culpables de la depresión de los hombres, aunque es difícil creer que los hombres se sientan amenazados por las muchas mujeres que acceden al mercado laboral, donde reciben salarios más bajos que los hombres y que, cuando regresan a casa después de una larga jornada, deben hacer allí un segundo turno. Como una mujer fuera del hogar ya no está bajo el gobierno del cabeza de familia patriarcal individual, este movimiento externo puede amenazar el poder masculino más que lo que hacen las mujeres fuera de casa.

Una dimensión del movimiento feminista que tuvo un impacto profundo en los hombres fue su insistencia en que las mujeres tenían derecho a criticar a los hombres tanto colectiva como individualmente. En el hogar patriarcal en el que me crie, un

importante aspecto del poder de papá era que estaba más allá de toda crítica. A pesar de que mamá nunca se convirtió en feminista, después de cuarenta años de sumisión comenzó a criticar a papá de una manera que se hacía eco de las críticas feministas al poder y al privilegio masculino. Como muchas mujeres, criticó la falta de compromiso emocional de su esposo. Como muchas mujeres, ella hubiera querido que él se interesara por el crecimiento personal. Durante años, la cultura patriarcal ha enseñado a los hombres que su individualidad, su hombría, se reafirma con la falta de interés por el crecimiento personal; de repente, a raíz del movimiento feminista, las mujeres bombardearon a los hombres con nuevas expectativas emocionales. Los hombres respondieron colectivamente con un sentimiento de depresión.

El popular psicoterapeuta M. Scott Peck nos recuerda que cada vez que una persona da pasos importantes para crecer, pasamos por un proceso de negación, ira, negociación, depresión y aceptación (las mismas etapas que Elisabeth Kübler-Ross identificó como aquellas por las que pasamos cuando nos enfrentamos a la muerte). Él da el ejemplo de cómo fue criticado por sus defectos de carácter por sus seres queridos y por oponerse a las críticas:

Si realmente me quieren lo suficiente como para seguir criticándome, entonces tal vez llegue un momento en el que piense: «¿Podrían tener razón? ¿Podría haber algo que va mal en el gran Scott Peck?» Y si respondo que sí, entonces es deprimente. Pero si puedo aguantar esa idea deprimente, que tal vez realmente hay algo que está mal en mí, y empiezo a preguntarme qué podría ser, si lo observo, lo analizo, lo aíslo y lo identifico, entonces puedo iniciar el proceso de matarlo y librarme de ello. Cuando haga la elaboración de la depresión –y la termine completamente–, surgiré en el otro extremo como un hombre nuevo, un ser humano resucitado, una persona mejor.

A menudo, sin embargo, los hombres se encuentran atrapados en el lugar de la ira.

No es de extrañar entonces que muchos hombres que buscan sentirse completos deban expresar primero la intensidad de su ira y el dolor que esta enmascara. Sabiendo que se está muriendo, Joseph Beam escribe una confesión en De hermano a hermano: Palabras desde corazón:

Lo que es más importante para mí debe ser hablado, verbalizado y compartido, incluso a riesgo de que eso haga daño o se malinterprete. Conozco la ira. Mi cuerpo contiene tanta ira como agua. Es el material con el que he construido mi casa: ladrillos rojo sangre que lloran bajo la lluvia... Es el rostro y la pose que muestro al mundo. Es la forma, a veces la única, de que se me conceda una audiencia. A veces es la forma que tengo de mostrar afecto. Estoy enfadado por el trato que se me da como hombre negro. Esa ira ardiente se alimenta con los combustibles del desprecio y del rechazo que me muestra mi comunidad porque soy gay. No puedo volver a casa tal y como soy.

La ira a menudo esconde depresión y un profundo dolor.

La depresión a menudo enmascara la incapacidad de llorar. Los hombres no tienen espacio emocional para llorar. Niñas y mujeres podemos llorar, podemos expresar dolor a lo largo de nuestra vida. Podemos simplemente dejarlo salir. A los hombres todavía se les enseña a mantenerlo dentro y, lo que es peor, a negar que tienen ganas de llorar. Donald Dutton en su capítulo« Amor y rabia» dice que la negativa de los hombres a reconocer la pérdida es un componente clave de la rabia masculina:

Hay pocos modelos masculinos para el duelo... Los hombres, en particular, parecen incapaces de sentir el duelo y llorar de forma individual. Quizás por eso el blues es tan popular entre los hombres. Sirve como una forma de expresión socialmente autorizada para este proceso perdido e inalcanzable... Cuando el artista de blues Robert Johnson canta: «Me han tratado mal y no me importa

morir», una multitud de hombres puede sentir sus propios deseos insatisfechos y asentir con la cabeza.

Muchas adolescentes atraviesan un proceso de duelo a medida que pasan de ser pequeñas a ser chicas maduras. A las niñas se les permite sentir duelo por los cambios. Los hombres no tienen rituales de duelo, ni de pequeños ni de adultos.

Una de las razones por las que la iglesia ha sido tan importante en la vida de los hombres negros es que es uno de los lugares donde se les permite expresar emociones, donde pueden llorar. James Baldwin describe esta liberación de emociones en la iglesia en The Fire Next Time: «Nada de lo que me ha sucedido desde entonces es igual al poder y la gloria que a veces sentí cuando, en medio de un sermón, supe que de alguna manera estaba, por algún milagro, realmente llevando, como ellos decían, "la Palabra", cuando la iglesia y yo éramos uno. Su dolor y su alegría eran míos, y los míos eran de ellos: se entregan a su alegría, y yo les entregué la mía». Fue en la iglesia de mi infancia donde vi por primera vez a los hombres llorar.

Para crecer psicológica y espiritualmente, los hombres necesitan llorar. Los hombres que están haciendo el trabajo de autorrecuperación declaran que solo cuando son capaces de sentir el dolor pueden comenzar a sanar. Con valor y perspicacia, Neale Lundgren habla de esta lucha interior en su ensayo autobiográfico sobre su infancia, La noche en que el sueño despertó, confesando su deseo de encontrar un modelo paterno, de reconectar con la hombría. «Justo cuando pensaba que había agotado mi búsqueda del padre, comencé a buscar ayuda terapéutica. Después de varios episodios de depresión crónica e inexplicable, tomé la decisión de finalmente dejar de evitar el dolor y la ira. Con la ayuda y el apoyo de hombres y mujeres con conocimientos terapéuticos, comencé a explorar el temido terreno de mi corazón herido. Comencé a hacer el duelo por pérdidas y apegos del pasado». Cuando se detiene la capacidad emocional de un hombre para hacer el duelo, es probable que se congele en el tiempo y no pueda completar el proceso de crecimiento. Los hombres necesitan hacer el duelo del viejo yo y crear el espacio para que nazca un nuevo yo si quieren cambiar y

transformarse por completo.

Si un hombre no está dispuesto a romper las reglas patriarcales que dicen que nunca debe cambiar, especialmente para satisfacer a otra persona, particularmente a una mujer, entonces elegirá tener razón antes que ser amado. Se alejará de sus seres queridos y elegirá su hombría sobre su propia persona, el aislamiento sobre la conexión. El terapeuta George Edmond Smith recuerda haber aprendido temprano que los hombres responderán con rabia y rechazo si se les percibe como personas que están fuera de control o cometiendo un error:

También recuerdo a temprana edad que cuando le hice a mi padre una pregunta para la que no sabía la respuesta, se enojó, como diciendo: «¡Mira, no sé la respuesta a tu pregunta y por eso debería darte una paliza!». Por supuesto, me di cuenta de esto casi de inmediato y dejé de buscar respuestas en mi padre. Quizás hubiera debido tomarse un momento para decirme: «Hijo, no sé la respuesta a eso, busquémosla juntos y averigüémoslo».

Solo un padre capaz de sentirse pleno puede tener la integridad de reconocer la ignorancia a su hijo sin sentirse infravalorado.

Los hombres íntegros pueden expresar su miedo sin vergüenza. No necesitan usar la máscara falsa de la valentía. Los padres no han podido compartir con sus hijos que tienen miedo. Temen no estar a la altura de las expectativas de los hijos. Temen que el hijo vea sus celos y sienten envidia del niño que aún no ha roto su relación con el sentimiento, que no está emocionalmente cerrado. Escribiendo sobre su infancia, Neale Lundgren recuerda: «Sentía miedo de mi padre, y a menudo yo sentía que él me tenía miedo a mí. Tal vez se sintió intimidado por mi corazón, que era como solía ser cuando era niño: grande, pleno, abierto, fuerte y tierno».

Incapaces de reconocer los sentimientos, los padres a menudo los ocultan con rabia, bloqueando cruelmente su propio apego hacia el hijo y rechazando su amor y admiración. El modelo de práctica

competitiva del patriarcado enseña a los hombres que son padres que un hijo es o será su adversario, que tiene que temer que el hijo le robe la gloria. Nuestros mitos e historias religiosas están llenos de narrativas en las que se representa al hijo como el enemigo del padre, siempre dispuesto a robar su poder. El modelo disfuncional les sugiere a los hombres que la separación solo puede hacerse mediante la violencia y la muerte. Solo el hombre que elige un modelo saludable –en el que la figura paterna es un hombre adulto íntegro, el guía que alberga, protege y alimenta al hijo– puede ayudar adecuadamente a promover la sana autonomía de su propio hijo.

Cuando las figuras paternas son saludables, saben cuándo dejarlo ir, pueden afirmar al niño en cada paso del camino. Como declara Thomas Moore en su ensayo sobre la niñez, Han encontrado a un niño, «si los padres nos hablan, podemos preservar nuestros mejores espíritus. Padres e hijos se necesitan mutuamente, porque se sostienen mutuamente. Necesitamos dejar que nuestros padres crezcan lentamente... Necesitan tomarse en serio nuestras tonterías infantiles, dando la vida por ellas, para que nosotros mismos podamos ser padres desde nuestro lugar en el sol». Los padres cariñosos, con fuerza, audacia e integridad, protegen los corazones tiernos y abiertos de sus hijos, protegiéndolos de los duros ataques del patriarcado.

Cuando los hombres practican la integridad, aceptan que parte del trabajo de la plenitud es aprender a ser fiexibles, aprender a negociar, a aceptar el cambio de pensamiento y acción. La capacidad de criticarse a uno mismo, cambiar y escuchar las críticas de los demás es la condición esencial que nos hace capaces de ser responsables.

Para poder responder a familiares y amigos, los hombres deben tener práctica en asumir responsabilidades. Este es otro componente de una autoestima saludable. Nathaniel Brandon equipara nuestra capacidad de ser responsables con nuestra capacidad de experimentar la alegría, de estar empoderados personalmente. Este sentido de agencia personal nos permite romper con los roles sexuales impuestos. Esta es la verdadera libertad e independencia:

Soy responsable de aceptar o elegir los valores con los que vivo. Si vivo de acuerdo con los valores que he aceptado o adoptado de forma pasiva e irreflexiva, es fácil imaginar que son simplemente «mi naturaleza», simplemente «quién soy», y evitar reconocer que eso implicaba una elección. Si estoy dispuesto a reconocer que las elecciones y las decisiones son cruciales cuando se adoptan valores, entonces puedo analizar mis valores con otros ojos, cuestionarlos y, si es necesario, revisarlos. Una vez más, es asumir la responsabilidad lo que me libera.

El modelo patriarcal que le dice a los hombres que deben tener el control en todo momento está reñido con cultivar la capacidad de ser responsables, que requiere saber cuándo controlar y cuándo ceder y dejarse llevar.

Los hombres responsables son capaces de autocriticarse. Si más hombres estuvieran haciendo el trabajo de la autocrítica, entonces no se sentirían heridos, lastimados o disgustados cuando los critican otras personas, especialmente las mujeres con las que tienen intimidad. La autocrítica permite a los hombres responsables admitir sus errores. Cuando han hecho daño a otros, están dispuestos a reconocer las malas acciones y a hacer las paces. Cuando otros les han hecho daño, pueden perdonar. La capacidad de perdonar es parte del proceso de acabar con el perfeccionismo y aceptar la vulnerabilidad.

Al mismo tiempo, la crítica constructiva solo funciona cuando está vinculada a un proceso de afirmación. Ser positivo es un acto de cuidado emocional. Los hombres heridos no suelen decir nada positivo. Son unos tíos gruñones y quejicas, envueltos en el cinismo, se mantienen a una distancia emocional de sí mismos y de los demás. La afirmación nos acerca. Es la máxima comprensión de la compasión y la empatía con los demás. Uno de los aspectos negativos de las críticas feministas antihombres de la masculinidad era la ausencia de cualquier valoración de lo que es positivo y potencialmente positivo en el ser masculino. Cuando algunas personas, incluyéndome a mí, escribían sobre la necesidad de valorar a los hombres e identificarlos como camaradas en la lucha, a menudo se nos etiquetaban como identificadascon-los-hombres.

Las mujeres que nos atacaban no comprendían que era posible criticar el patriarcado sin odiar a los hombres. De hecho, reconocer todas las formas en que los varones han sido víctimas del patriarcado (aunque recibieran recompensas) fue una forma de incluir a los hombres en el movimiento feminista, de dar la bienvenida a su presencia y valorar su contribución.

El análisis crítico es útil cuando promueve el crecimiento, pero nunca es suficiente. El trabajo de afirmación es lo que nos une. Cuando los hombres aprenden a valorarse a sí mismos y a los demás, cuidando su alma, entonces están en el camino hacia la plenitud. Cuando los hombres pueden hacer pequeños actos de consideración, pueden estar en comunicación con los demás sin necesidad de dominar. Como ya no están separados, ya no están apartados, viven una plenitud que se puede conectar con la plenitud de los demás. Esto es la relación entre los seres. Como personas plenas, pueden experimentar alegría. A diferencia de la felicidad, la alegría es un estado duradero que se puede mantener incluso cuando no todo es como queremos que sea. En el ensayo Celebrar la vida, el sacerdote jesuita Henri Nouwen declara que «donde hay alegría, hay vida». Nouwen dejó sus prestigiosas cátedras en las universidades de la Ivy League[6] para trabajar en una comunidad para personas con discapacidad mental. Como guía espiritual y cuidador práctico, vio afirmada su integridad a través del acto de servir a los demás. El terapeuta George Edmond Smith en Walking Proud: Black Men Living beyond the Stereotypes declara que su crecimiento psicológico mejoró cuando comenzó a «hacer cosas muy simples y desinteresadas». Les dice a los lectores que, si los hombres «se comprometieran con el bien y no con el mal a lo largo del día, sus vidas cambiarían drásticamente».

Los hombres íntegros no se avergüenzan por servir. Son cuidadores, guardianes, vigilantes del fuego. Conocen la alegría. He escrito en alabanza a mi abuelo, el hombre que me quiso en mi infancia de manera constante e incondicional, en las memorias de mi niñez, Bone Black: «Sus olores llenan mi nariz con el aroma de la felicidad. Con él, todos los fragmentos y pedazos rotos de mi corazón vuelven a juntarse». Este es el verdadero significado del reencuentro, vivir el conocimiento de que el daño se puede reparar, que podemos estar completos nuevamente. Es la máxima satisfacción, que llega cuando

los hombres se atreven a desafiar y cambiar el patriarcado.

6 La Ivy League (Liga de la Hiedra) está formada por las ocho universidades más prestigiosas de EE. UU. [N. del T.].

11.

Hombres cariñosos

Cuando era niña, conocí a mi padre como el hombre fuerte que no hablaba, que no mostraba sentimientos, que no te prestaba tiempo o atención. Él era el que aportaba recursos, el protector, el guerrero que custodiaba la puerta. Él era el extraño en la casa. No se nos permitía conocerlo, escuchar sus historias de infancia, deleitarnos con sus recuerdos. Su vida estaba envuelta en un misterio. Lo buscábamos. De pie frente a las fotos de él cuando era un joven soldado, de él como boxeador, papá triunfante en el salón de billar, papá en la cancha de baloncesto. Nos parábamos frente a la foto de la unidad de infantería, todas personas negras, en la que sirvió durante la Segunda Guerra Mundial. Uno de los juegos favorito de nuestra infancia era encontrar a papá en la foto, a nuestro padre, el patriarca por excelencia, un hombre de su época, criado para la guerra.

Para escribir sobre los hombres y el amor, debo hablar de la guerra. Una y otra vez se nos ha dicho que la civilización no puede sobrevivir si hay amor en los hombres, porque si los hombres aman, no podrán matar si reciben la orden. Sin embargo, si los hombres fueran asesinos natos, programados por la biología y el destino para quitar la vida, entonces no habría necesidad de que la socialización patriarcal los convirtiera en asesinos. El estilo guerrero hiere a niños y a hombres, ha sido la fiecha que atravesó el corazón de su humanidad. El estilo guerrero ha llevado a los hombres a un empobrecimiento de espíritu tan profundo que amenaza toda la vida en el planeta Tierra.

Shepherd Bliss, en el ensayo Mi historia de guerra, escribe abiertamente sobre su infancia y el estilo guerrero, que es «un hijo del trauma, un tipo específico de trauma: un trauma militar, un trauma de guerra». Habiendo crecido en el ejército, convertido en

soldado y luego convertido en un defensor de la paz, Bliss se opone a la guerra y al estilo guerrero:

La ética guerrera nos ha dañado. A medida que avanzamos hacia el siglo

xxi

, debemos madurar más allá de la guerra y los guerreros. No estoy de acuerdo con los escritores y activistas del movimiento de hombres que hablan tan bien del guerrero. Aprecio algunos de sus rasgos, como el coraje, el trabajo en equipo, la lealtad, pero el arquetipo en sí está en crisis en este momento de la historia. Seguramente necesitamos guardianes, defensores de las fronteras, agricultores y ciudadanos. Si queremos sobrevivir en este planeta, tan amenazado por la guerra y los guerreros, debemos ir más allá del arquetipo obsoleto del guerrero y valorar imágenes como el mediador, el compañero y el agricultor que se preocupa por la tierra y los animales.

Aunque la guerra esté fracasando como estrategia para mantener la vida y crear seguridad, los líderes de nuestro país nos obligan a ir a la batalla, dando nueva vida al patriarcado agonizante.

La guerra, en sus formas más tempranas, incluía a mujeres y hombres. Cuando narra su historia en Blood Rites, Barbara Ehrenreich nos recuerda que «al asignar al depredador triunfante un estatus solo para los hombres, los humanos se han ayudado a sí mismos a "olvidar" esa prehistoria de pesadilla en la que eran, varones y mujeres, presa de animales más grandes y más fuertes... El género, en otras palabras, es una idea que casualmente borra nuestro pasado común como presa, y establece que el estado de depredador es innato y "natural", al menos para los hombres». Ehrenreich llama la atención sobre el hecho de que la guerra no ha sido simplemente una ocupación masculina sino más bien «una actividad que a menudo ha servido para definir la hombría en sí misma», y sostiene que «la guerra y la masculinidad agresiva» se

refuerzan mutuamente. La naturaleza de la guerra marcada por el género hace que los hombres sean depredadores y las mujeres presas. No podemos hablar de hombres y amor, de amor entre mujeres y hombres, sin hablar de la necesidad de acabar con la guerra y con todo el pensamiento que la hace posible.

El lema «Haz el amor, no la guerra» fue popular en ese momento de la historia de nuestro país cuando los hombres individuales eran más conscientes de su necesidad de oponerse a la masculinidad patriarcal. No es casualidad que Daniel Berrigan, encarcelado por actividades antibélicas, hablara con Thich Nhat Hanh sobre la necesidad de la solidaridad, de que todos aprendamos a hacer comunidad. Estos dos hombres íntegros hablan en The Raft Is Not the Shore sobre la necesidad de comunidades de resistencia. Thich Nhat Hanh dice lo siguiente:

Y la resistencia, en el fondo, creo que debe significar más que una resistencia contra la guerra. Es una resistencia contra todas las cosas que son como la guerra. Porque al vivir en la sociedad moderna, uno siente que no puede mantener fácilmente la integridad, la plenitud. Se nos roba permanentemente la humanidad, la capacidad de ser uno mismo... Entonces, tal vez, sobre todo, resistencia significa oposición a ser invadido, ocupado, asaltado y destruido por el sistema. El propósito de la resistencia, aquí, es buscar la curación de uno mismo para poder ver con claridad... Las comunidades de resistencia deben ser lugares donde las personas puedan volver a sí mismas más fácilmente, donde las condiciones sean tales que puedan curarse y recuperar su sentido de plenitud.

Berrigan pide que las relaciones, las asociaciones comprometidas, sean vistas como comunidades vitales de resistencia.

En las culturas de dominación, la mayoría de las familias no son lugares seguros. La disfunción, el terrorismo en las relaciones íntimas y la violencia los convierten en caldos de cultivo para la guerra. Como todavía tenemos que acabar con la cultura patriarcal, nuestras luchas para acabar con la dominación deben comenzar

donde vivimos, en las comunidades que llamamos hogar. Es allí donde experimentamos nuestro poder para crear revoluciones, para hacer cambios transformadores de vidas. Ya sabemos que los hombres no tienen por qué permanecer casados con el patriarcado. Los hombres individuales han planteado una y otra vez una demanda diferente, reclamando sus derechos a la vida y al amor. Son faros de esperanza que encarnan la verdad de que los hombres pueden amar.

Si queremos crear una cultura en la que todos los hombres puedan aprender a amar, primero debemos volver a imaginar la familia en todas sus diversas formas como un lugar de resistencia. Debemos estar dispuestos/as a ver la niñez de manera diferente, no como un momento en que los niños son adoctrinados en una hombría que trata sobre la violencia y la muerte, sino más bien como un momento en el que los niños aprenden a celebrar la conexión con los demás, en la diversión y la alegría de la intimidad, que es el deseo humano esencial. Deberíamos seguir las sabias palabras de Thomas Moore cuando pide una valoración no patriarcal del niño:

Qué misterio es ser un niño, tan cerca de la muerte y del nacimiento, tan poco educado y, por tanto, tan fresco y tan poco cínico. Debemos poner fin a nuestro menosprecio hacia los niños, hacia nuestra propia inmadurez, hacia nuestra tardanza en crecer, hacia nuestro puro deleite en la belleza, hacia nuestro amor por el sol, hacia nuestros deseos de trepar y hacia nuestras errancias y grandes caídas... Podríamos decirle palabras de aliento a este niño donde lo encontremos: en nuestros amigos y estudiantes, en nuestras instituciones y en nuestros propios corazones. Si no le hablamos así, estará perdido, y habremos perdido con él toda la ternura y la gracia.

Para crear una cultura que permita a los niños amar, debemos ver que la familia tiene como función principal dar amor (proporcionar comida y refugio son actos de amor).

Al aprender a amar en la vida familiar, los niños (y las niñas)

aprenden las habilidades relacionales necesarias para construir una comunidad en el hogar y en el mundo. El poeta Wendell Berry habla de este movimiento como un retorno al respeto por la sacralidad innata de todos los seres:

Si en nuestra infancia tenemos la suerte de estar rodeados de adultos que nos aman, entonces nuestro sentido de plenitud no es solo el sentido de plenitud en nosotros mismos, sino también el sentido de pertenencia a los demás y a nuestro lugar, es un saber inconsciente de comunidad, de tener algo en común. Quizá este doble sentido de integridad singular y de pertenencia comunitaria sea nuestro criterio personal de salud mientras vivamos... parece que sabemos instintivamente que la salud no está dividida.

Cuando nuestras familias son funcionales y no están moldeadas por un modelo dominador y por el pensamiento patriarcal que este conlleva, el modelo de salud que describe Berry puede convertirse en la norma.

En un mundo así, los niños pueden pensar en juegos que no se basen en causar dolor, en la creación de la muerte, sino que de hecho serán formas de juego que celebrarán la vida y la plenitud. Y las diferencias individuales que surgen entre los niños, y entre niños y niñas, no necesitarán interpretarse como una causa para la dominación, para que uno gobierne sobre el otro, sino que se convertirán en ocasiones de exploración, de intercambio de conocimientos y de invención de nuevas formas de ser. Los padres y madres cariñosos ya ven que, si no se imponen roles de género rígidos a los niños, ellos tomarán sus decisiones sobre la individualidad en relación con sus pasiones, sus deseos, sus dones. No podemos atender a los niños correctamente, protegiendo sus vidas emocionales, sin acabar con el patriarcado. Pretender lo contrario es colaborar con el asesinato de almas que se da actualmente y que se difunde con el pretexto de convertir a los niños en hombres.

Sin duda siempre habrá chicos que elegirán actividades más duras,

que exijan fuerza física y un elemento de riesgo, pero también habrá chicos que buscarán placeres más tranquilos, que se alejarán del riesgo. Habrá chicos cuyas personalidades estarán en algún lugar entre estos dos paradigmas. Si los chicos son educados para ser empáticos y fuertes; autónomos y conectados; responsables con uno mismo, con la familia y los amigos, y con la sociedad; capaces de crear una comunidad arraigada en el reconocimiento de la relación entre las personas, entonces tendrán ya una base sólida y podrán amar.

Para crear esta base sólida, los hombres deben dar ejemplo atreviéndose a curarse, atreviéndose a hacer el trabajo de recuperación relacional. Independientemente de sus preferencias sexuales, los hombres en proceso de autorrecuperación suelen comenzar por regresar a la niñez y evaluar lo que aprendieron sobre la masculinidad y cómo lo aprendieron. A muchos hombres les resulta útil señalar los momentos en que se dieron cuenta de quiénes eran, lo que sentían, y que luego suprimieron ese saber porque desagradaba a los demás. Comprender las raíces de la enfermedad masculina ayuda a muchos hombres a comenzar a reparar el daño. Los hombres gais progresistas de nuestro país, en particular aquellos que han resistido al pensamiento patriarcal (que a menudo son etiquetados como «femeninos» por ser emocionalmente conscientes), han estado a la vanguardia de la recuperación relacional. Los hombres heterosexuales y los hombres gais patriarcales pueden aprender de ellos.

Los hombres están en el camino del amor cuando eligen volverse emocionalmente conscientes. Zukav y Francis ven esto como un proceso: «La conciencia emocional es algo más que aplicar técnicas a esta circunstancia o a aquella. Es una expresión natural de una orientación que dirige su atención hacia la parte más noble, satisfactoria, alegre y empoderadora del yo que se pueda alcanzar. Eso es tu alma». Las mujeres quieren que los hombres sean más conscientes emocionalmente. Esto es especialmente cierto para las mujeres que desean tener una relación amorosa con los hombres. Sin embargo, así como hay una crisis en los hombres, las mujeres están experimentando una crisis de fe en lo que respecta a los hombres. La forma que toma esta crisis es una pérdida de la esperanza en la capacidad de los hombres para realizar cambios

constructivos, para alcanzar la madurez emocional, para crecer.

La idea de que las mujeres lesbianas están contra los hombres siempre se ve que es falsa cuando grupos de mujeres se reúnen y hablan sobre los hombres. Los comentarios más fuertes de odio a los hombres siempre los hacen las mujeres que están con hombres y que planean estar con ellos para el resto de sus vidas. Después de cuarenta y nueve años de matrimonio, mi madre está enfadada con nuestro padre. La perfecta esposa subordinada, ahora que ambos tienen más de setenta años, está molesta porque él no es más generoso emocionalmente. Como no es feminista, no ve que sea una contradicción esperar que este patriarca de la vieja escuela le dé su amor de repente. Su ira le sorprende y lo enfurece. La ira de mamá enmascara su temor de que cualquier día podría morir sin sentirse amada por el hombre al que ha dedicado toda su vida. Al igual que los hombres que sienten que la promesa del patriarcado no se ha cumplido, mamá siente que se queda con promesas rotas, sin la recompensa por desempeñar el papel de subordinada que le dijeron que debía realizar una buena mujer.

Las mujeres que no son feministas, las mujeres que apoyan el patriarcado, que no tienen problemas con el sexismo, comparten con las mujeres feministas y antisexistas el deseo de que los hombres sean más cariñosos. Shere Hite documentó este deseo en su extenso estudio Women and Love: A Cultural Revolution In Progress. Su capítulo «Hombres cariñosos y su momento en la historia» comienza con la observación de que «es extraño, es inquietante que la mayoría de las mujeres de este estudio, ya sean casadas, solteras o divorciadas, de todas las edades, dicen que aún no han encontrado el amor que buscan». El amor que las mujeres buscan en las relaciones con los hombres se basa en la reciprocidad en esa relación. La reciprocidad es algo diferente a la igualdad.

En una época las mujeres creían que los hombres nos respetarían más si demostrábamos que éramos sus iguales. En un mundo donde la desigualdad de género es para la mayoría de la gente una norma aceptada, los hombres no respetan a las mujeres. La raíz de la palabra «respeto» significa «mirar». Las mujeres quieren ser reconocidas, ser vistas y cuidadas por sus parejas masculinas. Deseamos respeto, exista igualdad de género en todos los ámbitos o

no. Cuando una mujer y un hombre se han comprometido a darse amor, a apoyarse mutuamente, a cuidarse mutuamente, al compromiso, al conocimiento, al respeto, a la responsabilidad y a la confianza, aunque haya circunstancias de desigualdad, ninguno de ellos utiliza esa diferencia para imponer la dominación. El amor no puede coexistir con la dominación. El amor puede existir incluso en circunstancias donde la igualdad no esté a la orden del día. La desigualdad, en sí misma, no genera dominación. Puede aumentar la conciencia de la necesidad de ser más cariñoso.

Muchas mujeres pierden la esperanza en los hombres porque creen que, en última instancia, los hombres se preocupan más por ser dominantes que por ser unos compañeros cariñosos. Creen esto porque muchos hombres se niegan a hacer los cambios que harían posible el amor mutuo. Las mujeres no han demostrado que se preocupen lo suficiente por el corazón de los hombres, por su bienestar emocional, como para desafiar al patriarcado en nombre de aquellos hombres con quienes quieren conocer el amor. Leemos libros de autoayuda que nos dicen todo el tiempo que no podemos cambiar a nadie, y esta es una obviedad útil. Sin embargo, es igualmente cierto que cuando damos amor, amor real –no el intercambio emocional de te daré lo que quieres si me das lo que quiero, sino cuidado, compromiso, conocimiento, responsabilidad, respeto y confianza verdaderos–, puede servir como un catalizador seductor para el cambio. Toda mujer que apoye el patriarcado y luego afirme que ama a los hombres con quienes comparte su vida, o se siente frustrada porque estos no la aman, o se encuentra en un estado de negación.

Las mujeres que quieren que los hombres puedan amar saben que eso no puede suceder realmente sin una revolución de la conciencia en la que los hombres rechacen el pensamiento y la actividad patriarcal. Debido a que los roles sexistas siempre han dado apoyo a las mujeres para el desarrollo emocional, nos ha sido más fácil a las mujeres encontrar nuestra manera de amar. No amamos más, o mejor, que los hombres, pero nos resulta más fácil entrar en contacto con los sentimientos porque incluso la sociedad patriarcal apoya este rasgo en nosotras. Los hombres nunca recibirán apoyo de la cultura patriarcal para su desarrollo emocional. Pero si como testigos conscientes ofrecemos a los hombres que amamos (nuestros

padres, hermanos, amantes, amigos, camaradas) la seguridad de que pueden cambiar, así como la seguridad de que los aceptaremos cuando cambien, la transformación no parecerá tan difícil.

A medida que los hombres se han vuelto más conscientes de la falta de amor que hay en sus vidas, también han reconocido que echan de menos el amor. Este reconocimiento no significa que los hombres sepan qué deben hacer. Es importante destacar que cuando los hombres aman, cambia la naturaleza de su sexualidad, tanto la forma en que piensan sobre el sexo como su forma de practicar el sexo. Muchos hombres temen aprender a amar porque no pueden imaginar una sexualidad más allá del modelo patriarcal. En un mundo donde los hombres amen, un interés en el eros y en el erotismo reemplazará naturalmente la obsesión masculina por el sexo. Todos los hombres podrían tener la oportunidad de disfrutar del placer sexual –y eso incluye las fantasías sexuales– en sí mismo, y no como un sustituto de fantasías de dominación o como una forma de afirmar la virilidad en lugar de su propio ser; esto les enseñaría a disfrutar de un erotismo saludable.

A menudo, los hombres utilizan la fantasía sexual perversa (en particular, el consumo de pornografía patriarcal) como escondite para la depresión y el dolor. La pornografía patriarcal es el lugar donde los hombres pueden fingir que la promesa del poder patriarcal siempre se puede cumplir. Michael Kimmel explora este aspecto del deseo sexual masculino en su ensayo Combustible para la fantasía: «La utopía pornográfica es un mundo de abundancia, abandono y autonomía, un mundo, en resumen, completamente diferente al que vivimos... La mayoría de los hombres no se sienten especialmente bien consigo mismos y viven vidas de “silenciosa desesperación”... La fantasía pornográfica es una venganza contra el mundo real de la vida de los hombres. Transformar esas fantasías requiere que también transformemos esa realidad». Transformar el mundo real que habitan los hombres requiere nuestra voluntad colectiva de repensar el cuerpo y la esencia del hombre como un lugar de belleza, placer, deseo y posibilidad humana. En The Soul of Sex, James Hillman afirma lo siguiente:

Uno de los primeros logros en la reconciliación del cuerpo y el

espíritu, que es un requisito previo para una sexualidad profunda y con alma, es el redescubrimiento de la virtud y el valor del erotismo del cuerpo... Para encontrar el alma del sexo tenemos que arrancarlo del cuerpo materialista y mecanicista que hemos creado por medio de nuestras filosofías modernas y unirlo al cuerpo mitológico, sutil y lleno de fantasía de la imaginación.

Dañados en ese lugar a corazón abierto donde podían imaginar libremente, los hombres deben desarrollar una restauración curativa del deseo de imaginar antes de que puedan romper con un modelo de sexualidad que genera adicción mientras les niega el acceso a una sexualidad que les satisfaga.

Steve Bearman explica la compulsión masculina por el sexo como eros interrumpido en su ensayo Por qué los hombres están tan obsesionados con el sexo:

Directa e indirectamente, se nos ofrece la sexualidad como el único vehículo a través del cual aún sería posible expresar y vivir aspectos esenciales de nuestra humanidad que nos han arrebatado lenta y sistemáticamente. El sexo era y es presentado como el camino hacia la intimidad real, a la proximidad total, como el escenario en el que está bien amar abiertamente, ser tierno y vulnerable y, sin embargo, permanecer a salvo, no sentirse tan profundamente solo. El sexo es el único lugar donde la sensualidad parece estar permitida, donde podemos ser amables con nuestros propios cuerpos y permitirnos nuestra pasión desbordante. El placer y el deseo, la vitalidad y la emoción que aparentemente quedaron atrás en algún lugar que ni siquiera podemos recordar, vuelven a ser imaginables.

Conmovedora y poderosamente evocadora, esta es la promesa de la sexualidad dentro del patriarcado, pero es una promesa que, en última instancia, nunca podrá cumplirse. Los hombres y los niños que la asumen están condenados a estar eternamente anhelando, estar eternamente en un estado de carencia. Bearman señala que

una vez que se les ha enseñado a obsesionarse con el sexo a través del condicionamiento patriarcal, los hombres somos «después sometidos a un condicionamiento continuo para reprimir la sensualidad, adormecer los sentimientos, ignorar nuestros cuerpos y separarnos de nuestra proximidad natural con los seres humanos». Continúa así: «Nos prometen todas estas necesidades humanas a través del sexo y la sexualidad... Pero de ninguna manera el sexo puede satisfacer completamente estas necesidades. Tales necesidades solo pueden satisfacerse curando los efectos del condicionamiento masculino y sintiendo cada aspecto de nuestras vidas con empatía y vitalidad». Al proponer que los hombres se opongan a la represión y elijan la pasión cuando recuperan sus vidas sentimentales, Bearman identifica la pasión como el «mayor aliado» que los hombres pueden elegir en sus esfuerzos por liberar su humanidad completa. El significado de la raíz de la palabra latina patior es «sufrir». Para reclamar pasión, los hombres deben aceptar el dolor, sentir el sufrimiento, pasar por él y llegar al mundo del placer que les espera. Este es el viaje heroico de los hombres de nuestro tiempo. No es un viaje que conduzca a la conquista y la dominación, a desconectar y separarse de la vida, es un viaje de recuperación donde los pedazos y las partes del yo se encuentran y se juntan nuevamente, se completan.

Cuando los hombres se esfuerzan por sentirse completos, el sexo asume el lugar que le corresponde como un placer entre otros muchos placeres. A diferencia del sexo patriarcal adictivo, la pasión arraigada en una ética erótica que valora la vida, profundiza la conexión emocional. Según Zukav y Francis:

La intimidad sexual cariñosa... supone cuidado y aprecio. Es un dar mutuo, no un tomar mutuo. Es un campo en el que los individuos se alimentan unos a otros en lugar de explotarse unos a otros. En la intimidad sexual cariñosa, las parejas sexuales no son intercambiables. Son únicas en sus historias, aptitudes, luchas y alegrías. Se conocen y se preocupan por los demás. Empatizan. Están interesados el uno en el otro. Usan la intimidad física para profundizar su intimidad emocional... Están comprometidos a crecer juntos.

Los hombres que han encontrado el camino de regreso a un sentido restaurado de lo erótico, al eros como fuerza vital, necesitan compartir su alegría con los hombres en general. Bearman nos dice lo siguiente:

Mi idea, para mí y para todos los hombres, es que recuperemos cada parte de nuestra humanidad que nos ha sido negada por nuestro condicionamiento. La obsesión por el sexo se puede curar cuando recuperamos todos los aspectos esenciales de la experiencia humana que hemos aprendido a manejar sin ellos: nuestra afinidad unos con otros, las conexiones afectuosas con personas de todas las edades, orígenes y géneros, el disfrute sensual de nuestros cuerpos, la autoexpresión apasionada, el deseo estimulante, el amor tierno por nosotros mismos y por los demás, la vulnerabilidad, la ayuda en nuestras dificultades, el descanso tranquilo, acercarse y permanecer cerca de muchas personas en muchos tipos de relaciones.

Las mujeres que aman a los hombres comparten esta visión.

Deseamos que los niños y los hombres encuentren su camino hacia el amor propio. Anhelamos que los niños y los hombres pasen del amor propio a un compañerismo sanador entre ellos. Ningún hombre que desee pasión para su vida teme la pasión en otro hombre. No es homofóbico, porque serlo sería un rechazo a la autoaceptación y la aceptación de los demás que es esencial para la formación y el mantenimiento de la autoestima. Si todos los hombres estuvieran en contacto con la pasión positiva primaria, las categorías de homosexuales y heterosexuales perderían la carga de su significado.

En A Queer Geography, Frank Browning hace una útil distinción entre la política de la identidad LGTBI, que a menudo cierra la conexión, y un compromiso con el eros y el erotismo que amplía las conexiones:

Por erótico, me refiero a todas las poderosas atracciones que podríamos tener: por dar consejos y ser aconsejados, por un flirteo irrealizable, por un tropiezo intelectual, por una sudorosa amistad entre hombres en el juego o en el trabajo, por el éxtasis espiritual, por recibir apoyado en un dolor silencioso, por la rabia explosiva contra un enemigo común, por el sublime amor de la amistad. Todas estas formas de amar pueden estar relacionadas o no con el hecho de que normalmente tenga sexo con hombres, porque todos estos amores pueden suceder y suceden tanto con hombres como con mujeres en mi vida.

El patriarcado ha buscado reprimir y domar la pasión erótica precisamente por su poder de atraernos a una comunión cada vez mayor con nosotros mismos, con aquellos que conocemos más íntimamente y con los desconocidos.

El feminismo cambió la vida íntima de mujeres y hombres al ofrecer a todas las personas una visión de las relaciones basada en la reciprocidad, una visión de alianzas sin dominación. Esta seductora promesa solo podrá cumplirse cuando el pensamiento patriarcal deje de dominar la conciencia de mujeres y hombres, de niñas y niños. Si queremos curar las heridas infiigidas por el patriarcado, tenemos que ir a la fuente. Tenemos que mirar a los hombres directamente, cara a cara, y decir la verdad de que ha llegado el momento de que los hombres tengan una revolución de los valores. No podemos apartar nuestro corazón de los niños y los hombres y luego refiexionar sobre por qué la política de la guerra sigue determinando nuestra política nacional y nuestra vida romántica íntima.

Hay una guerra entre los sexos en esta nación, entre aquellos que creen que están destinados a ser depredadores y aquellas que se consideran presas. La resistencia a la dominación de género ha intensificado esa guerra. A medida que el pensamiento y la práctica feministas pierden visibilidad, muchas mujeres buscan en el patriarcado su salvación. Más que nunca antes en la historia de nuestro país, se anima a las mujeres a asumir la máscara patriarcal

y a enterrar sus emociones tan profundamente como lo hacen los hombres. Las mujeres adoptan este paradigma porque sienten que es mejor dominar que ser dominadas. Sin embargo, esta es una visión perversa de la igualdad de género que ofrece a las mujeres igualdad de acceso a la casa de los muertos. En esa casa no habrá amor.

La mayoría de las mujeres aún tienen que asumir colectivamente las teorías y prácticas alternativas que los pensadores visionarios, hombres y mujeres, pero especialmente feministas, han planteado para sanar nuestros corazones heridos y nuestro planeta sufriente. A diferencia de la mayoría de los hombres, a la mayoría de las mujeres se les enseñan habilidades relacionales. Sin embargo, está claro que la mayoría de las veces las mujeres han utilizado esas habilidades al servicio de la dominación, del patriarcado, y no para buscar la libertad o el amor. Reconociendo este hecho, vemos que la mayoría de las mujeres no están más avanzadas que los hombres como grupo. En ambos grupos, los individuos buscan la salvación, buscas la plenitud, atreviéndose a ser radicales y revolucionarios, pero en su mayor parte la gran mayoría de la gente todavía no está segura de tomar el camino que terminará con la guerra de género y hará posible el amor. Aunque es evidente que muchos hombres no están tan dispuestos a explorar y seguir el camino que conduce a la autorrecuperación como lo están las mujeres, no podemos llegar muy lejos si los hombres se quedan atrás. Ejercen demasiado poder para ser simplemente ignorados u olvidados. Aquellas de nosotras que amamos a los hombres no queremos continuar nuestro camino sin ellos. Los necesitamos a nuestro lado porque los amamos.

Comparto con Terrence Real la visión de la recuperación relacional, que invita a regresar a hombres que han estado fuera del círculo del amor. El viaje masculino hacia el amor nunca será fácil ni sencillo en la cultura patriarcal. Al igual que las mujeres, que hemos atravesado un terreno difícil para abrir nuestro corazón, para encontrar el amor, los hombres necesitan concienciación, grupos de apoyo, terapia, educación. Emocionalmente necesitados y bloqueados, los hombres, enfermos por el dolor de la falta de amor, necesitan que sus seres queridos realicen intervenciones positivas como las que se nos anima a hacer cuando el problema es la adicción a las drogas. Como dice Real, «ahí fuera hay un duro

mundo antirelacional. Las viejas ideas han estado con nosotros durante mucho tiempo. Deberíamos esperar quedar atrapados en ellas a veces, perdiendo nuestro camino. Es entonces cuando la ayuda de quienes nos conocen y nos aman es esencial». Los hombres que buscan ayuda a menudo tienen dificultades para encontrar apoyo. Les pedimos que cambien sin crear una cultura de cambio para apoyarlos y ayudarlos.

Una y otra vez, cuando luchaba por mejorar mi relación amorosa con una pareja masculina que no cambiaba, me dijeron que lo diera por imposible, que lo echara a la calle. Me dijeron que estaba perdiendo el tiempo. Todas estas respuestas negativas me hicieron pensar sobre si existen lugares de curación a los que los hombres heridos puedan ir, donde no se les rechace, especialmente cuando el cambio positivo no está ocurriendo rápidamente o no lo suficientemente rápido. Las mujeres que han sido víctimas de los hombres, las mujeres que han sufrido un daño continuo a manos de los hombres, lógicamente son prudentes sobre la energía que pueden gastar para ayudar a los hombres a curarse. Sin embargo, hay muchas mujeres que han sido ayudadas y heridas por los hombres. Kay Leigh Hagan confiesa que los hombres buenos que ha conocido en su vida han cambiado su sentimiento de odio a los hombres:

Tanto para hombres como para mujeres, los hombres buenos pueden ser algo perturbadores porque, por lo general, no actúan de la manera que se asocia a los típicos hombres; escuchan más de lo que hablan; reflexionan sobre su comportamiento y sus motivos, se educan activamente sobre la realidad de las mujeres conociendo la cultura de las mujeres y escuchándolas... Evitan utilizar a las mujeres para la expresión emocional indirecta… Cuando se equivocan, y se equivocan, preguntan a las mujeres para que les orienten y aceptan las críticas con gratitud. Consiguen soportar la incertidumbre mientras esperan una nueva forma de ser que les revele alternativas que no habían considerado al comportamiento controlador y abusivo. Intervienen en el comportamiento misógino de otros hombres, incluso cuando las mujeres no están presentes, y se esfuerzan por reconocer y cuestionar el suyo. Quizás lo más

sorprendente es que los hombres buenos perciben el valor de una práctica feminista para ellos mismos, y la defienden no porque sea políticamente correcto, o porque quieran gustar a las mujeres, o incluso porque quieran que las mujeres tengan igualdad, sino porque entienden que el privilegio masculino les impide no solo convertirse en seres humanos completos y auténticos, sino también conocer la verdad sobre el mundo... Son la prueba de que los hombres pueden cambiar.

Hombres así son nuestros verdaderos compañeros de lucha. Su presencia en mi vida mantiene mi esperanza.

Los hombres que sufren, en crisis, están gritando. Si no estuvieran gritando, no sabríamos que están sufriendo. Mientras escuchamos sus historias, escuchamos que quieren estar bien y que no saben qué hacer. Basada en una historia real, la película Antwone Fisher narra la búsqueda de un hombre por un camino hacia la curación. El poema de Fisher ¿Quién llorará por el niño?, da voz al sufrimiento que el hombre herido ya no puede ocultar. Demostramos nuestro amor por la masculinidad, por los hombres, trabajando para sanar las heridas de los hombres que sufren y de las personas que los acompañamos. Muchas personas hemos vivido el hecho de que reconocer cómo nos hieren es a menudo un proceso más simple que encontrar y mantener una práctica de curación. Vivimos en una cultura en la que se ha aceptado e incluso alentado que las mujeres apoyen incondicionalmente a los hombres cuando cometen actos destructivos. Sin embargo, todavía tenemos que crear un mundo que nos pida que estemos al lado de un hombre cuando está buscando curación, cuando está buscando recuperación, cuando está trabajando para ser un creador.

El trabajo de recuperación relacional de los hombres, de reconexión, de crear intimidad y hacer comunidad nunca se puede hacer solo. En un mundo donde los niños y los hombres están perdiendo a diario su camino debemos crear guías, señales, nuevos caminos. Se está gestando una cultura de curación que empodera a los hombres para cambiar. La curación no se produce de forma aislada. Los hombres que aman y los hombres que desean amar lo saben. Tenemos que apoyarlos, con el corazón y con los brazos

abiertos. Necesitamos estar listas para abrazarlos, ofreciéndoles un amor que pueda proteger a sus espíritus heridos mientras buscan encontrar el camino a casa, mientras ponen en práctica el deseo de cambiar.